

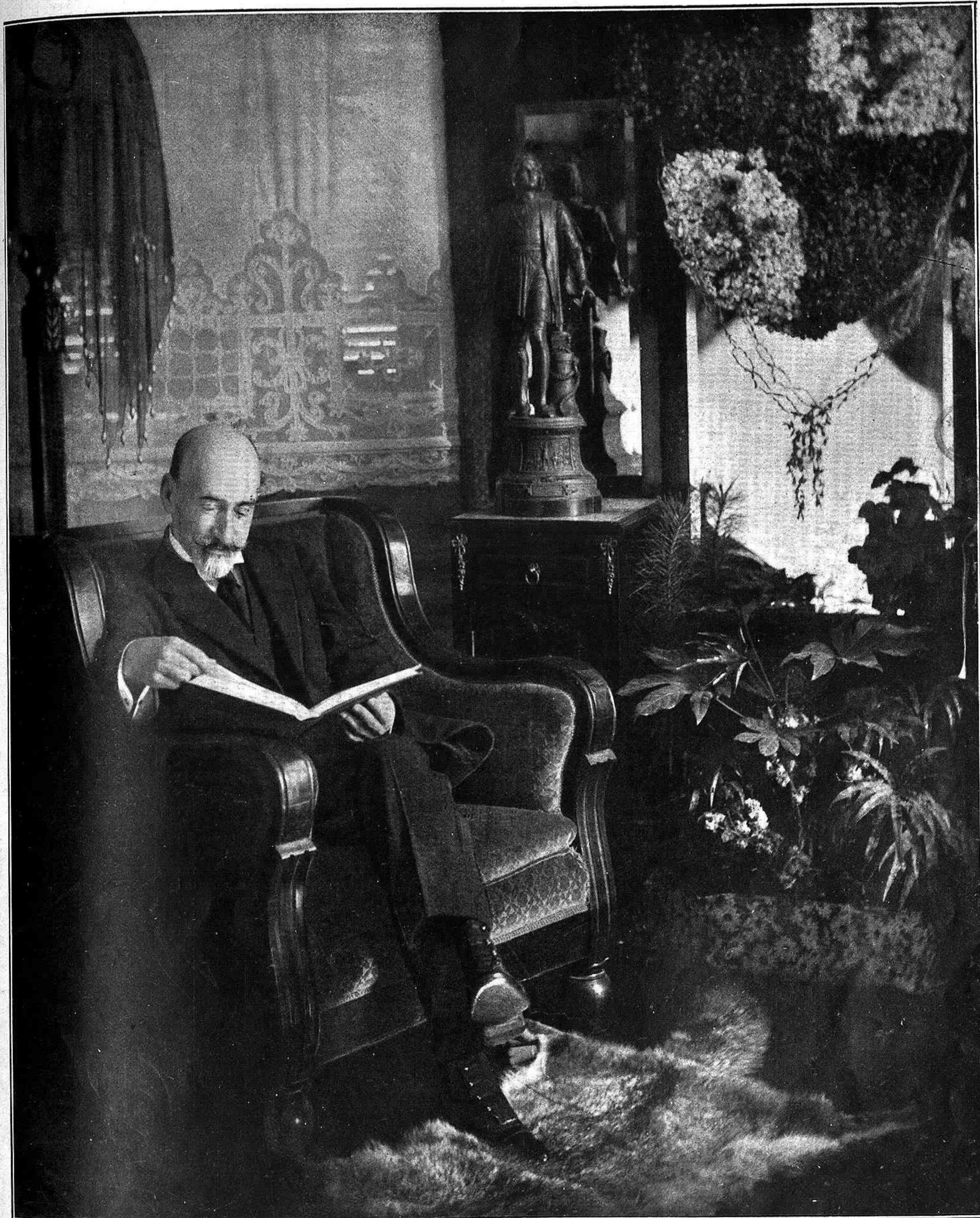
La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 778

MADRID, 1 DICIEMBRE 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



JACINTO BENAVENTE

Príncipe de la dramaturgia española, que ha enriquecido la larga y gloriosa serie de sus grandes creaciones con el estreno de «Pepa Doncel», magnífica comedia cuyo triunfal estreno en el Teatro del Centro es la nota culminante de la actualidad artística

FIGURAS HISPÁNICAS

DOS CREADORES DE SENDAS CIENCIAS

HABRÉIS visto no pocas veces cuadros y estampas representando santos, que hubieron de escribir algo memorable, ó doctores de la Iglesia, con los ojos subidos hacia el empíreo y como amamantándose de la etérea, invisible leche, ciencia infusa y divina revelación, la mano diestra, igual que el espíritu abortivo, suspensa en alto, la peñola de oca entre el índice y el pulgar, con el meñique doblado en curvatura elegante y un tanto femenil; tales el omnisciente obispo de Hipona, la presciente Teresa de Jesús ó Iñigo de Loyola, en el momento de alumbrar sus famosos ejercicios espirituales en la cueva de Montserrat. Pues—salvando la distancia, más que interestelar, que separa lo celestial de lo terreno, y con todo linaje de excusas por la aparente irreverencia—así me he visto yo también no pocas veces con la pluma y el ánimo suspensos, en imprecación vehemente de ciencia infusa, y como al cabo no me asistiese este don gracioso (ni á mí ni á nadie en estos tiempos, si bien para muchos definidores desenfadados no es menester), abatidos por fin ánimo y pluma, hubé de renunciar melancólicamente al empeño. Esto que digo me ocurrió siempre que después de haber leído y releído un libro de D. Ramón Menéndez Pidal pretendí pergeñar un comentario crítico para el público. Es tanta la ciencia, y tan segura, tal y tan serena la autoridad que campean en todas y cada una de las obras de este hombre eminente, que en el punto de intentar una incursión en torno á cualquiera de ellas me siento sobrecogido y reputo como osadía ó temeridad el intento, á no ser, repito, que por modo súbito y sobrenatural me viera favorecido con un raudal de ciencia infusa con que llenar el gran vacío del saber positivo que me falta. Los libros del señor Menéndez Pidal son magistrales. Por mi parte, no me es permisible enfrentarme con ellos sino en la actitud del discípulo inóculo que nada sabe y lo tiene que aprender todo, ó, lo que es todavía más difícil, en el trance del alumno viciado que posee algunas nociones torcidas y entiende que debe rectificarlas. Si yo discursiese sobre la obra de Menéndez Pidal—he pensado con frecuencia—, podría interpretarse que me permitía juzgarla; lo cual me avergonzaría. Cabe un recurso: hablar de ella en tono modesto y sumario, para propaganda y divulgación de sus doctrinas é ideas. Pero es que precisamente este procedimiento es el que exige más sólida y ágil preparación, el más expeditivo señorío y manejo de la materia que uno aspira á resumir y divulgar. Por todas estas razones y escrúpulos de probidad profesional, he ido dilatando (con renuencia afligida) la ocasión de platicar con mis lectores acerca de D. Ramón Menéndez Pidal. Este aplazamiento no puede ser indefinido. Acertadamente advierte Cervantes que si dejamos de dar ejecución á las buenas intenciones

hasta que alcancemos la certidumbre de llevarlas á términos de perfección, nunca se haría cosa mediana ni buena. Dice el proverbio que el infierno está lleno de buenas intenciones. Más apropiado sería declarar que la mayor parte de las contrariedades de la vida provienen de las buenas intenciones (propias y ajenas) que no llegaron á convertirse en acto; esto es, de las omisiones. La coyuntura presente de dar satisfacción á un anhelo, continuo de muchos años, me lo ofrece la publicación reciente de dos nuevos libros del maestro: *El romancero. Teorías é investigaciones*, obra menor, por sus dimensiones, que en cuanto á la calidad, como todos los partos de ese mismo espíritu clarividente, colmado de saber, es insuperable por la copia de documentación, siempre fidedigna y convincente en su doctrina, y *Flor nueva de romances viejos*, el más pulcro y fresco r. millete (como recién cortado y todavía enjovado con rocío matinal) de la auténtica poesía popular castellana.

Esto que ahora paso á declarar no trae novedad alguna; pero no huelga insistir sobre las más reconocidas verdades. En nuestra España de hoy, D. Ramón Menéndez Pidal es á la ciencia literaria lo que D. Santiago Ramón y Cajal á la ciencia biológica. Antes de ellos, en ambas disciplinas, existían sendas actividades precientíficas, ó quizás aspiraciones y conatos científicos, cuando no (en la mayoría de los casos) mero deleitamiento y aficionadismo. Ellos crean y fijan precisamente la ciencia biológica y la ciencia literaria en nuestro país. Ellos son cabeza, tronco y raíz de respectivas familias de trabajadores é investigadores, conforme á métodos estrictos y eficaces; de hombres de ciencia á la moderna que, así en la filología é historia literaria como en diversas ramificaciones biológicas, han realizado en pocos años una labor magnífica, de grado y de volumen, y se han impuesto á la nombradía universal. Es natural que la ciencia experimental, la cual tanto para la observación como para la experimentación dispone del mismo dato, ó hecho, repetido sin tasa, ó lo reproduce á su arbitrio y en las condiciones requeridas, obtenga, como fruto de su aplicación y afanes, conclusiones demostrables y convincentes. No así en la ciencia literaria, que se ve forzada á operar sobre hechos ó fenómenos pretéritos, remotos, irreductibles á la experimentación y casi siempre disimulados ó ambiguos á la observación. Y, sin embargo, el resultado de las investigaciones, y subsiguientes hipótesis (ó teorías), literarias de Menéndez Pidal se manifiesta siempre con un poder suasorio de convicción, de evidencia, de comprobación consumada é irrefutable, semejante al de las ciencias experimentales.

RAMÓN PEREZ DE AYALA

SEMANA TEATRAL

«Pepa Doncel»

La comedia *Pepa Doncel*, nuevo é indiscutible acierto de Jacinto Benavente, tiene en el teatro del maestro una filiación clara y conocida; es sucesora directa de otra que hace muchos años logró también un clamoroso éxito en Lara, el teatro á que tantas veces se ha calumniado, suponiéndole mero asilo de señoras y caballeros bien colocados en la vida, de los que tienen por lema de su existir burgués «tranquilidad y buenos alimentos», de damitas insustanciales y de polletes incomprensivos.

Aquella comedia, *Los malhechores del bien*, pintaba, como esta estrenada ahora, la sociedad tartufa, tan obstinadamente pueblerina, de una de esas ciudades viejas que abundan en España y tal vez también fuera de nuestro país, en que las falsas virtudes sirven de disfraz, de que las cáretas son transparentes, á la más aterradora degradación moral.

Entonces y ahora, Benavente, con valentía y generosidad de pensamiento, que eleva el teatro á una categoría de arte superior enormemente distante de las divagaciones cinematográficas actuales, se lanza contra ese tartufismo, y prueba evidente de que el mal es soportado, pero ni desconocido ni voluntariamente aceptado por los más, es la aquiescencia unánime y clamorosa con que las frases más duras y las acusaciones más descarnadas y terribles son acogidas por el público.

Benavente muestra al público la posibilidad de una vida mejor: una vida sincera, sin convencionalismos utilitarios, ni cobardes deserciones del deber, y el público responde afirmando con sus aplausos un intenso anhelo de vivir esa vida.

Tal vez *Pepa Doncel*, como en otros días *Los malhechores del bien*, pueda ser discutida desde el punto de vista un poco miope que atiende, más que á la realización literaria—dramática en la especie—de un pensamiento noble y elevado, á minucias de detalle y, sobre todo, de técnica, como si en dramaturgia hubiese verdaderos cánones y, de haberlos, tuviesen, por su origen, el sello de la infalibilidad; pero no podrá negarse en el estreno, y seguramente igual en representaciones sucesivas, el público, todo el público, para que nadie pueda alegar que se trata de una obra populachera, subrayaba con aplausos muy ruidosos y aclamaciones muy sinceras lo que más que expresión del pensamiento del poeta le parecía expresión del propio pensamiento, silencioso quizás, más que por falta de medios adecuados de expresión—¿y quién los tiene como Benavente?—por cobardía, por ese pavor general inexplicable de que viven en presidio los barateros y en sociedad los tartufos. Benavente opone á esa cobardía general que permite á unos cuantos esterilizar toda obra generosa y pía, un acto de valor indiscutible más de apreciar cuanto más desinteresado; Benavente no es el guerrillero audaz que se lanza contra el monstruo para conquistar una posición; muy al contrario, como al Galdós de *Electra*, generoso y valiente también, sólo puede ocurrirle que su gesto ponga en peligro la posición trabajosamente conquistada y más trabajosamente sostenida. Los que creyeron al autor de *Gente conocida* rendido al fin, no de las ideas conservadoras, sino á ambiente malsano que las utiliza en provecho propio, dolidos al ver su presa libre arremeterán de nuevo contra él; tal vez muchos de los que aplaudieron calurosamente durante el estreno, cuando la emoción estética, ensanchando su corazón, los ponía en trance de sinceridad, sean los primeros en zaherir cuando las conveniencias sociales y más aún la conveniencia privada, con sus hielos, tengan tiempo para apagar el calor de los nobles entusiasmos.

Y la valentía de Benavente—la valentía del público que aplaudió con tanto calor—aparece aumentada, porque Benavente, más audaz cada



Un gesto de Lola Membrives, intérprete admirable del papel de «Pepa Doncel» en la magnífica comedia nueva de Benavente (Fot. Walken)



Lola Membrives en otro momento de «Pepa Doncel», comedia en que ha hermanado su triunfo con el del autor
(Fot. Walken)

día, extrema la demostración llevándola a los terrenos que Bernard Shaw exploró con menos atrevimiento y menos arte en *Non olet* y en *La profesión de la señora Warren*. La protagonista de *Pepa Doncel* es mujer de historia; pero las gentes de Moraleda—lugar de acción de la nueva comedia—saben perdonar; todo consiste en el precio que se ponga al perdón.

De todas las formas de infringir la moral, la más dañosa es esa especie de amnesia que sería noble si fuese fruto de la verdadera caridad ó de amplia comprensión, y es en el fondo simonía que pone precio á cosa tan santa como la piedad humana: una de las bases indestructibles del decálogo.

Pepa Doncel justifica en la comedia de Benavente su pasado con frases duras, y Cira, su amiga y compañera de andanzas extralegales, compara más aceradamente aún dos sociedades antagónicas; fueron los anatemas de las dos mujeres las frases de la obra que más sonoras y duraderas ovaciones determinaron. Excusa de la propia culpabilidad ó de la propia cobardía, aquellos aplausos tenían todo el aspecto de confesión de un pecado. ¡Lástima que para ser útil no trajese aparejado el propósito de la ermienda!

Abandonos que engendran miserias sociales; injusticias que no saben remediarlas; hipocresías que fingen virtudes y dañan más que pecados: *Pepa Doncel* es una acusación formidable que llegó muy hondamente al corazón del público. ¡Lástima que haya de ser también una lección perdida!

Pero séalo ó no, la lección está dada. Benavente, cuando el público le obligó á hablar, terminado el estreno, pidió á los autores jóvenes que siguieran su camino. ¡Lástima, también, que, acuciados únicamente por un ansia inagotable de novedad, no precisen, como el maestro, que por encima de todas las novedades, las normas clásicas siguen imponiendo al teatro un fin social!

•••••

Desde el punto de vista puramente literario, *Pepa Doncel* es también una excelente comedia. Vista, en su forma como en su fondo, en la realidad, los personajes que sirven en ella al pensamiento del autor son personas reales, conocidas. Algunas semejantes á otras hermanas-suyas, con muy marcado carácter de familia, no son enteramente nuevas, ni hace falta que lo sean, en el teatro de Benavente. Otras están pintadas con tanto vigor de dibujo y tanto calor cromático, que parecen menos familiares. En otras, en la figura capital de la protagonista, sobre todo, viven dos seres distintos; no el consciente y el subconsciente, como diría un freudiano, sino el real y el fingido, el que hubiera querido ser, si el ambiente social lo hubiese permitido, y el que es, porque el ambiente social impone la máscara como condición para que un ideal pueda ser realizado; pero ambos son igualmente reales y verdaderos: tan real la mujer enamorada de Gonzalo como la mujer que se casa con Silverio. Tan verdadera la mujer que hubiese podido ser á un tiempo honrada y feliz, si la sociedad no hubiera hecho más fácil el camino de la desgracia y la deshonra, como la que, cuando logró cuanto para sí pudo apetecer, aún tiene que estrujar despiadadamente su corazón para que su hija sea feliz.

De la realidad de las figuras resulta la verdad de las escenas: todas son reales; pero lo parece más, por la energía ya señalada de la pintura, la final del primer acto entre las dos amigas, que recuerdan otros tiempos para ellas, por ser de más verdad, mejores.

Aquella escena tiene, además, la enorme fuerza del contraste. Después de las iniciales de la comedia, en que el escenario queda saturado del pesado ambiente mundanamente clerical, con una especie de frialdad húmeda y angustiadora de claustro cerrado, el diálogo entre las dos mundanas es como una ráfaga purificadora—por inapropiada que pueda parecer esta palabra—de aire y de luz, que no tiene sólo el mérito de mostrar el carácter, la dualidad del carácter de Felisa-Pepa, sino de dar un sentido, un amplio sentido á la comedia toda, planteando, si en la forma un contraste, en el fondo una contraposición muy fecunda.



Una escena de «Pepa Doncel» en que Benavente muestra una vez más la valentía de su espíritu

(Fot. Walken)

Para Pepa Doncel, vuelta á ser Felisa tras de su redención, la vida tiene un problema fundamental: librar á su hija del peligro de que el pasado vuelva. Cuando, en el acto segundo, sus labios se unen con los de su perdurable y único amor—Gonzalo—, poniendo así remate á la copla que selló siempre sus reconciliaciones, parece rendida á la verdad de su vida; cuando, en el acto tercero, afirma que esa copla es «una tontería», se rinde á su ideal. Mejor fuera huir de un espejismo engañoso y perturbador de la vida; pero, ¿es tan ilógico admitir que la eterna víctima de las conveniencias sociales quiera poner á su hija por encima y al abrigo de ellas?

Sin ese ideal, tan fuertemente afirmado de un modo constante en la comedia con actos y con palabras, la obra no tendría sentido: Felisa podría huir al conflicto en cualquier momento. Con un ideal menos elevado, de pura vanidad, tampoco tendría suficiente justificación; con el amor materno por guía de un alma que forzosamente ha de tener de la vida el concepto que la sociedad impone, queda explicado que el conflicto surja, perdure y determine un desenlace que si no es el más humano, es, evidentemente, el más «social», en un sentido inferior de la palabra.

Benavente ha sentido, con seguridad, que necesitaba explicar muy reiteradamente ese estado de alma. La insistencia, sobre todo en las escenas finales, podrá parecer excesiva y excesivamente prolongadora del diálogo; pero es indudable que, aun con ella y todo, las gentes pueden seguir preguntándose por qué Felisa, que

declaró sus preferencias en la magna escena final del acto primero, no las afirma con sus actos, llegando á la solución natural, humana, del conflicto, y dando así á la comedia un desenlace completamente contrario al que ahora tiene.

Todas las figuras que se mueven en torno de la protagonista sienten igual miedo ante el posible choque con las consecuencias y las hipocresías sociales. A todas las frena, las coarta, las reduce la personalidad el mismo temor. No es sólo Felisa la que cede ante esa fuerza incoercible.

•••••

De la forma externa no es necesario hablar. Benavente, en ese punto, conserva totalmente la fuerza y la frescura de sus años mozos. Las frases culminantes de *Pepa Doncel*, constantemente subrayadas con aplausos durante el estreno, tienen esta vez, bajo su envoltura ingeniosa, su dardo agudo: sería difícil determinar lo que el público encontró en ellas más de su gusto.

De todos modos, y precisamente de ello resulta la dificultad para discernir entre la impresión producida por el fondo y la determinada por la forma de esas frases, puede sacarse de ellas el convencimiento pleno de que el ingenio de Benavente, en sus comedias como su obra total, no se emplea sin más finalidad que la de lograr la sonrisa ó la carcajada de quien escucha ó lee, sino que, por el contrario, sus frases agudas tienen siempre un contenido que pretende pasar de la epidermis y llegar mucho más

hondo y llevan en su fondo un interés moral un interés social.

Aun en las comedias que podríamos llamar primitivas del gran dramaturgo, su vena no es cómica á la manera vulgar que algunos toman aún tan indebidamente por sátira, sino verdaderamente satírica y satírica trascendental.

Aquellas frases que tanto hacían reír al público durante las representaciones de *Gente conocida*, por ejemplo, son tremendamente crueles; y al señalar vicios de una determinada clase social, pueden ser entendidas como frases demolidoras; pero deberían ser tanto ó más entendidas como frases con anhelos purificadores. Cosa análoga ocurre ahora con las de *Pepa Doncel*: los intransigentes empeñados en no ver ese mal ó en que el mal subsista, pensarán que no pueden tener otro fin que demoler un estado social; los que tengan más amplitud de criterio pensarán seguramente que no había necesidad de demoler si se siguiera el camino evidentemente más fácil y útil modificar.

•••••

Lola Membrives y Amparo Astort hicieron admirablemente la escena final del primer acto, poniendo en ella calor y emoción de vida. Fué una interpretación de las que perduran en la memoria mucho tiempo. La Membrives, en el resto de la comedia, nada fácil para la primera actriz, acertó también plenamente. Los demás artistas no estuvieron—¿por qué no decirlo?—á la altura de esas dos primeras figuras.

ALEJANDRO MIQUIS

DEL LEJANO ORIENTE

Las fiestas de la coronación del Emperador Hirohito

ESTAS solemnidades oficiales dieron principio en el Japón el día 10 del pasado, ofreciendo ellas un carácter tan *sui generis*, tan pintoresco y sugestivo, que juzgamos ha de interesar su conocimiento á aquellos de nuestros lectores no familiarizados con las costumbres del Imperio del Sol Naciente.

Las fiestas referidas consisten en las ceremonias del Entronamiento y en el llamado Gran Festival. Su extensión es tal, que duran algo más de un año, y no se limitan á los grandes centros de población, como Tokio y Kioto, sino que tienen su eco en las provincias más lejanas, cual ocurre con las de Ise y Yamato, tradicionalmente relacionadas con la Corte imperial desde tiempos remotos.

Al finar el año de duelo por el Emperador muerto, es designada una comisión que se encarga de organizar y ejecutar las grandes ceremonias de la Coronación del nuevo Soberano.

Para la ocasión presente hubieron de ser nombrados, el 30 de Diciembre de 1927, entre otros altos personajes palatinos, los Príncipes Kanin y Fumimaro Konac.

Las ceremonias relativas al Entronamiento son aquellas en que el Emperador entra en posesión de los *Tres Tesoros Sagrados* (el *Espejo*, la *Espada* y la *Joya*), que han ido transmitiéndose á los soberanos del Japón desde su divina antecesora imperial Amaterasu-

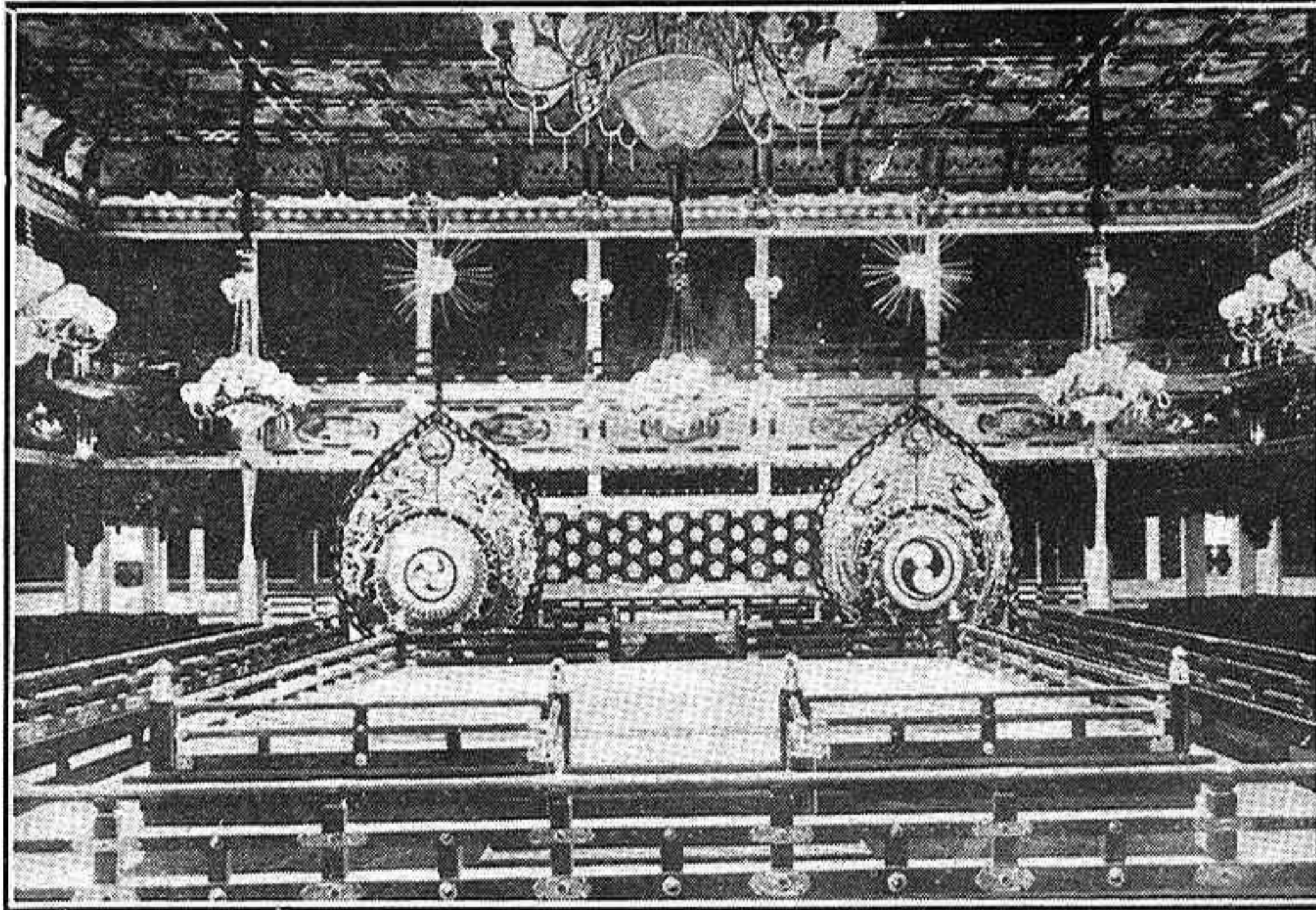
Omikami, la diosa del Sol, y que son guardianes y emblemas al mismo tiempo del Trono del Imperio. Durante la mencionada ceremonia, el nuevo Soberano notifica personalmente á los Espíritus de sus antecesores, y anuncia luego á la nación que ha ascendido al más alto puesto del Imperio japonés, y que desde aquel instante se encarga de la gobernación del país.

Las restantes ceremonias, ó sean las del Gran Festival, giran en torno, por decir así, de la ofren-

da á los Espíritus Ancestrales y á los dioses del Cielo y de la Tierra, de la nueva cosecha de arroz. El *Mikado* prueba el arroz ofrecido á los Espíritus, imitándole seguidamente los miembros del Gobierno y los altos funcionarios palatinos. A este propósito añadiremos que entre los dioses del Cielo y de la Tierra están incluidos aquellos simples mortales que hubieron de ser divinizados á su fallecimiento por razón de altos servicios prestados á la nación.

El arroz que ha de ofrendarse y consumirse en el Gran Festival es cultivado especialmente en campos llamados sagrados, cuya elección se deja á los espíritus. En una fecha próxima á la siembra, dos funcionarios oficiales someten á la acción del fuego dos caparazones de tortuga, y según la dirección de las hendiduras, se fija la situación aproximada del arrozal sagrado. En la actual coronación, los campos designados fueron los de las prefecturas de Shiga y Fukuoka.

Las ceremonias de la Coronación dan comienzo cuatro días antes del Entronamiento. Los Emperadores se dirigen á Kioto, la antigua capital del Imperio, llevando consigo los *Tres Tesoros Sagrados*. No bien apunta el día, verificase un solemne rito en el *Kashiko-Dokoro*, el santuario más venerado del Japón, emplazado en el Palacio Imperial, y en el que se custodian el «Espejo Imperial» (*Jatano Kagami*), la «Espada»



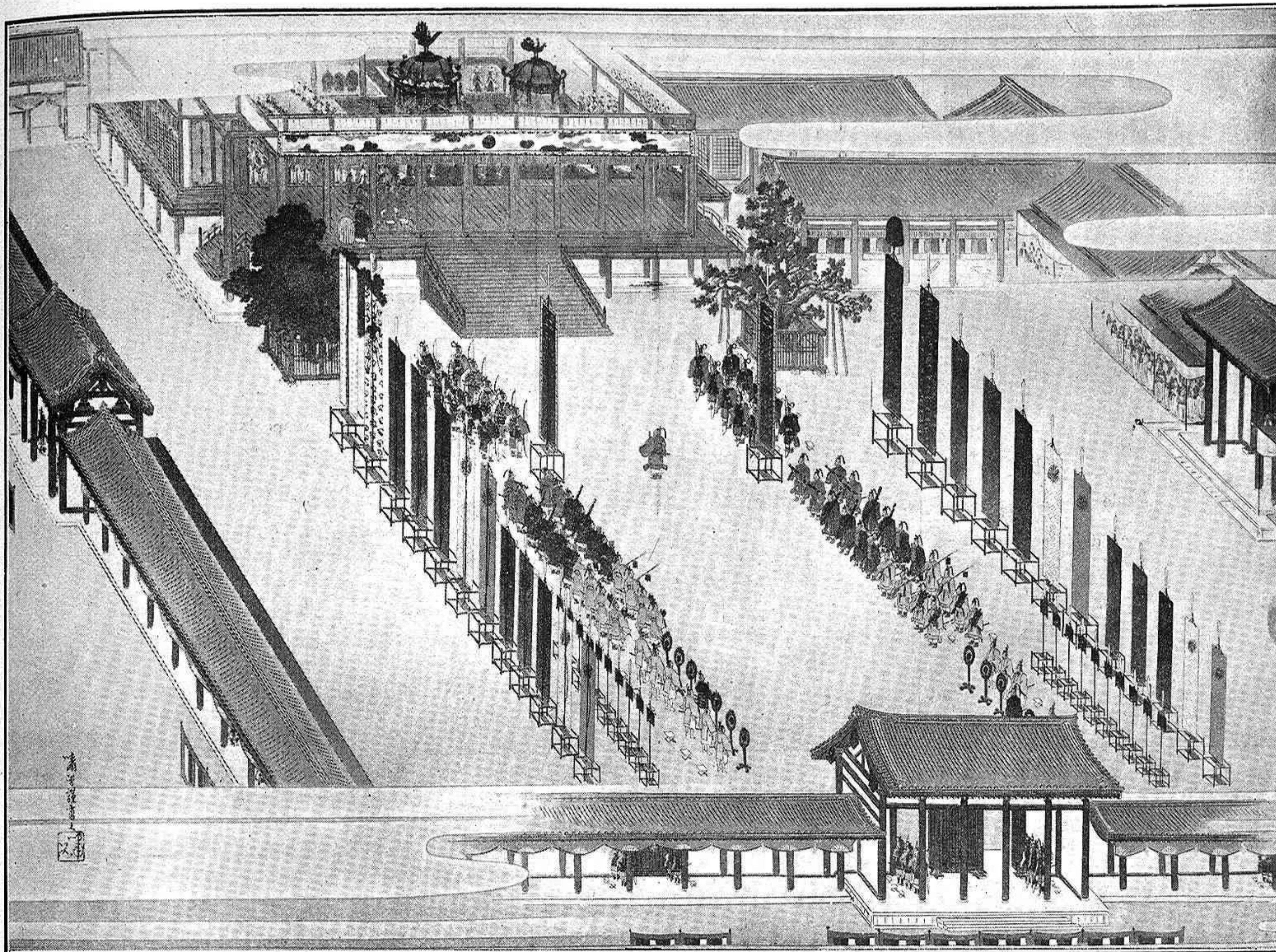
Sala del Trono, en el palacio imperial de Kioto, donde se celebró el 11 de Noviembre la coronación del nuevo Mikado



El nuevo Emperador del Japón, Hirohito, vistiendo el traje tradicional con que asistió á su coronación



La Emperatriz Nagako con el costoso traje japonés antiguo que usó durante la coronación de la coronación



Ceremonia final de la coronación del Emperador del Japón ante el pabellón sagrado que lleva el nombre de «Shishinden», y en la que el primer ministro saluda al nuevo Soberano con el grito de «¡Banzai!»

(*Kusanagi no Tsurugi*), y la «Joya» (*Maga Tama*). De dichos tres objetos sagrados, uno de ellos, el Espejo (los otros dos los lleva siempre consigo el Emperador en sus jornadas oficiales), es instalado en un palanquín, el *Onhaguruma*, que avanza al frente de la comitiva imperial en su traslado a Kioto, y que conducen diez y seis campesinos de Jasé, ataviados a la antigua usanza rústica. Siguen inmediatamente al palanquín: la guardia de honor constituida por dignatarios de la Corona, el Gran Maestro de Ceremonias y altas personalidades civiles y militares, en gran uniforme; la carroza de Estado, con el Emperador, la de la Emperatriz y las que conducen a los individuos de la familia imperial, ayudantes de campo de S. M., ministros y Gran Chambelán. La longitud total de la comitiva es de unos seiscientos metros, invirtiendo dos días en llegar a Nagoya y otros cuatro en arribar a Kioto. El «Espejo» sagrado se deposita inmediatamente en el salón llamado *Shunkyoden*, perteneciente al Palacio Imperial de dicha ciudad, y veinticuatro horas después dan principio las ceremonias del Entronamiento, que son las más importantes de las fiestas. Constan de dos partes, una que se verifica por la mañana y otra que se celebra por la tarde. La primera es la denominada «Ceremonia ante el Kashikodoro», y la segunda, «Ceremonia ante el Shishinden». El rito empieza a las ocho de la mañana, anunciándose su iniciación con tres redobles de tambores y otros tantos toques de campana.

Mientras una orquesta, formada por instrumentistas típicos, ejecuta antiguos himnos religiosos, ábrense lentamente las puertas del Kashikodoro y se efectúan las ofrendas de alimentos de varias clases (*shinsen*) y de túnicas de seda roja y blanca (*heimotsu*). El Maestro de Ceremonias lee entonces el *Norito*, ó saludo a los

Espíritus, presenciando el acto el Soberano, los Príncipes de la familia imperial, el primer ministro, el depositario del sello imperial. El Mikado viste el antiguo traje de ceremonia llamado *Haku-no-Goho*, de seda blanca purísima. La Emperatriz lleva un traje análogo, é idéntico atavío los individuos de la familia imperial. Una vez que el Emperador y la Emperatriz han rendido homenaje a los Espíritus, lee el primero la notificación a los mismos de su ascensión al trono, retirándose acto seguido con su comitiva.

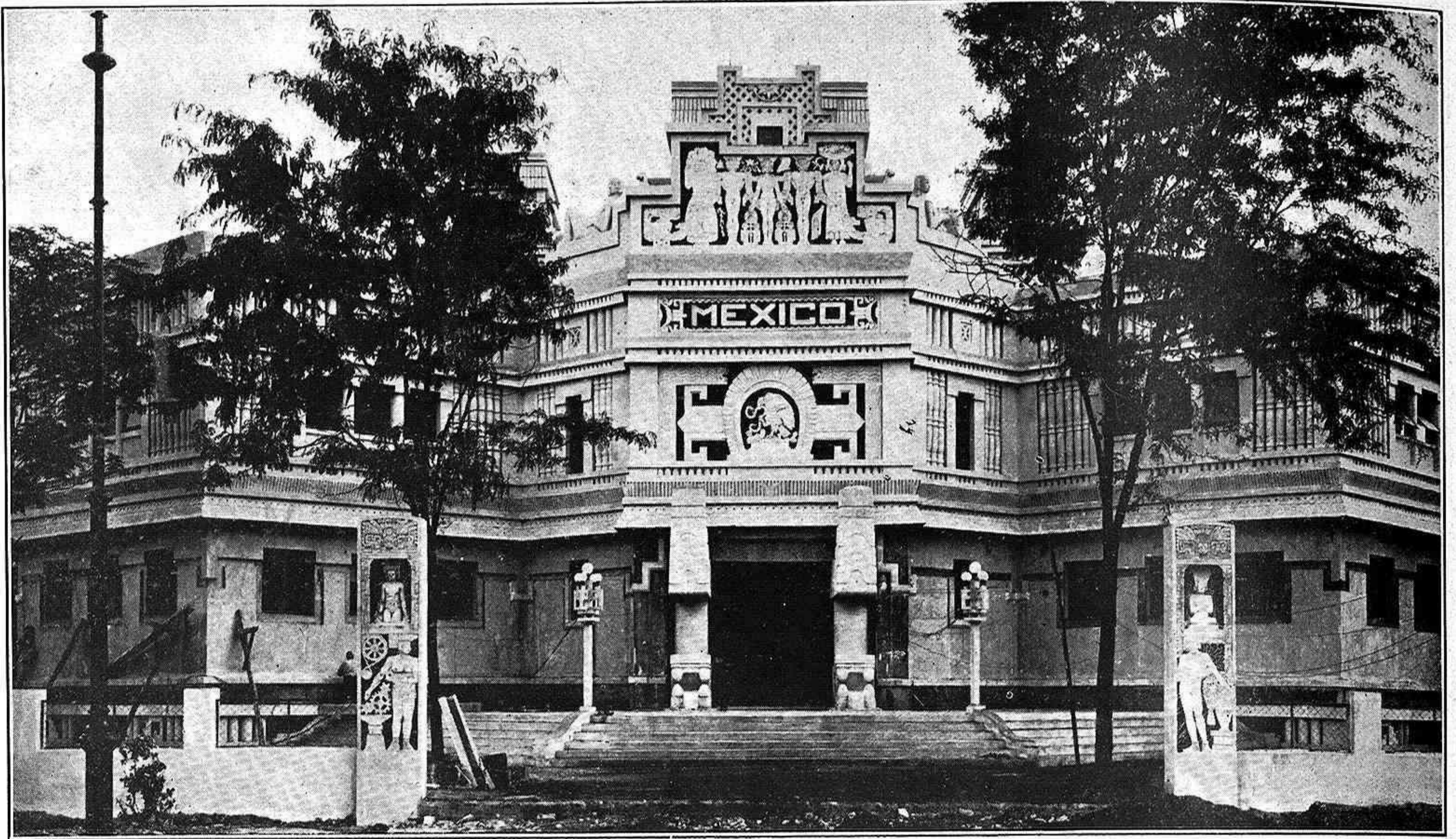
La ceremonia vespertina ó del *Shishinden* es la principal de cuantas constituyen la Coronación, puesto que durante ella es cuando el Mikado, dirigiéndose al pabellón *Shishinden* y subiendo al elevado trono llamado *Takamikura*, notifica a sus súbditos que ha asumido la gobernación del Estado. El primer ministro contesta a la notificación imperial, saludando al soberano en nombre de la nación. La comitiva regia se encamina, por último, al gran patio de banderas del Palacio, ó *Nantei*, y lanza ante el pueblo los tres *Banzai* (vivas) protocolarios, a los que contestan con creciente entusiasmo la muchedumbre y los dignatarios que custodian las sagradas enseñas y que visten los trajes tradicionales. Las tres banderas mayores guardan íntima relación con leyendas del tiempo de Jimmu, el primer Emperador japonés. Una de dichas banderas es la del «Milano de oro», y rememora el auxilio prestado a Jimmu durante un combate por dicha ave, que hubo de guiarle con su vuelo al lugar más favorable para la batalla. La bandera del *Banzai* ostenta cinco pescados y un jarro de *saké*. Su leyenda es no menos poética. Momentos antes de acometer Jimmu al ejército enemigo, elevó sus plegarias a los dioses y sumergió un jarro de *saké* en las aguas del río anunciando a los guerreros que si los peces flotaban en

seguida en la superficie de las aguas alcanzarían la victoria las armas imperiales. Ocurrió el prodigio, y Jimmu resultó, en efecto, vencedor en el combate. La tercera gran enseña, ó del Cuervo, simboliza un hecho de armas análogo al que conmemora la bandera del Milano de Oro.

Los dos grandes banquetes de Estado se verifican en el Palacio Imperial de Kioto al sexto y séptimo día inmediatos al Entronamiento. La primera de dichas fiestas es iniciada por el Emperador que bebe en dorada copa el *saké* blanco y negro ceremonial. Pero el detalle más pintoresco de los referidos festines es la danza que acompaña a los mismos. Denomínase *gosechimai*, nombre dado a la misma por los cinco brillantes colores que presentan los trajes de las danzarinas, elegidas entre las familias de más rancia nobleza del Japón. El *gosechimai* se baila a los sonos de flautas y harpas, mientras los cantantes de Palacio entonan una antigua balada nipona. Terminados los banquetes oficiales, se celebran en la mansión imperial dos grandes fiestas coreográficas, el *Manzairaku* y el *Taiheiraku*. Ambas son de origen chino, y vienen siendo conservadas por los músicos de la Corte desde hace más de mil años. La danza *Manzairaku* tiene carácter congratulatorio, mientras la *Taiheiraku* significa la alegría después de la victoria en los combates.

Una vez que dan fin las ceremonias de Kioto, el Emperador abandona la antigua capital y marcha a Isé para visitar el santuario de la Diosa Sol y las tumbas del primer Emperador y de sus antepasados más inmediatos. Terminadas por parte del elemento oficial las fiestas de la Coronación, inaugúrase la serie de festejos populares en todo el imperio, que, como dijimos antes, duran largo tiempo.

D. R.



Pabellón de Méjico.—Fachada principal

LA interesante iniciativa de que cada país representado en la Exposición Iberoamericana envíe á Sevilla una mujer, como delicado y bello símbolo de las respectivas naciones, necesitaba, indudablemente, su complemento. Si la figura femenina representativa había de reinar como soberana de unas horas, ó de unos días, sobre esa singular Nación, distinta y, sin embargo, armónica, que será el Certamen sevillano, era necesario preparar, además del Reino correspondiente, el reinado ideal, con toda suerte de prerrogativas y suntuosidades.

- El Reino lo forman, bajo el milagro del cielo

CRÓNICA DE SEVILLA

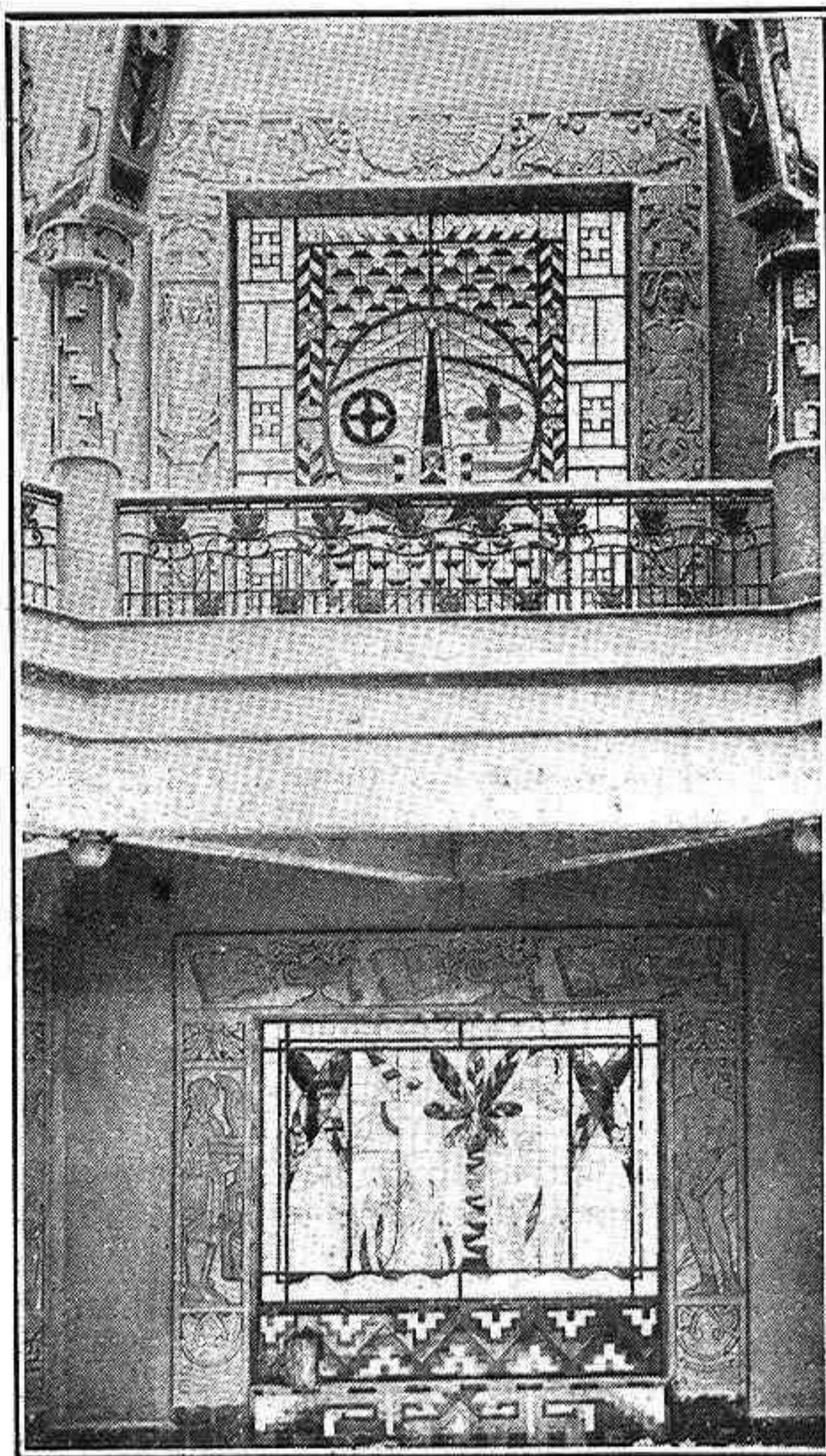
Homenajes á las Repúblicas durante la Exposición

de Sevilla, España y los países de su estirpe con esos espléndidos edificios que se alzan entre las frondas de los más bellos jardines del mundo, para contener en sí las demostraciones del alma y del esfuerzo de las naciones representadas y de nuestra propia nación, provincia por provincia. Por una sola vez, el mundo hispánico se junta sobre la tierra fecunda de la madraza progenitora, y crea, cordialmente, un solo pueblo ejemplar, exento y soberano, que durante un año entero dictará sus leyes de amor y paz, tan ungidas de idealismos como de realidades positivas.

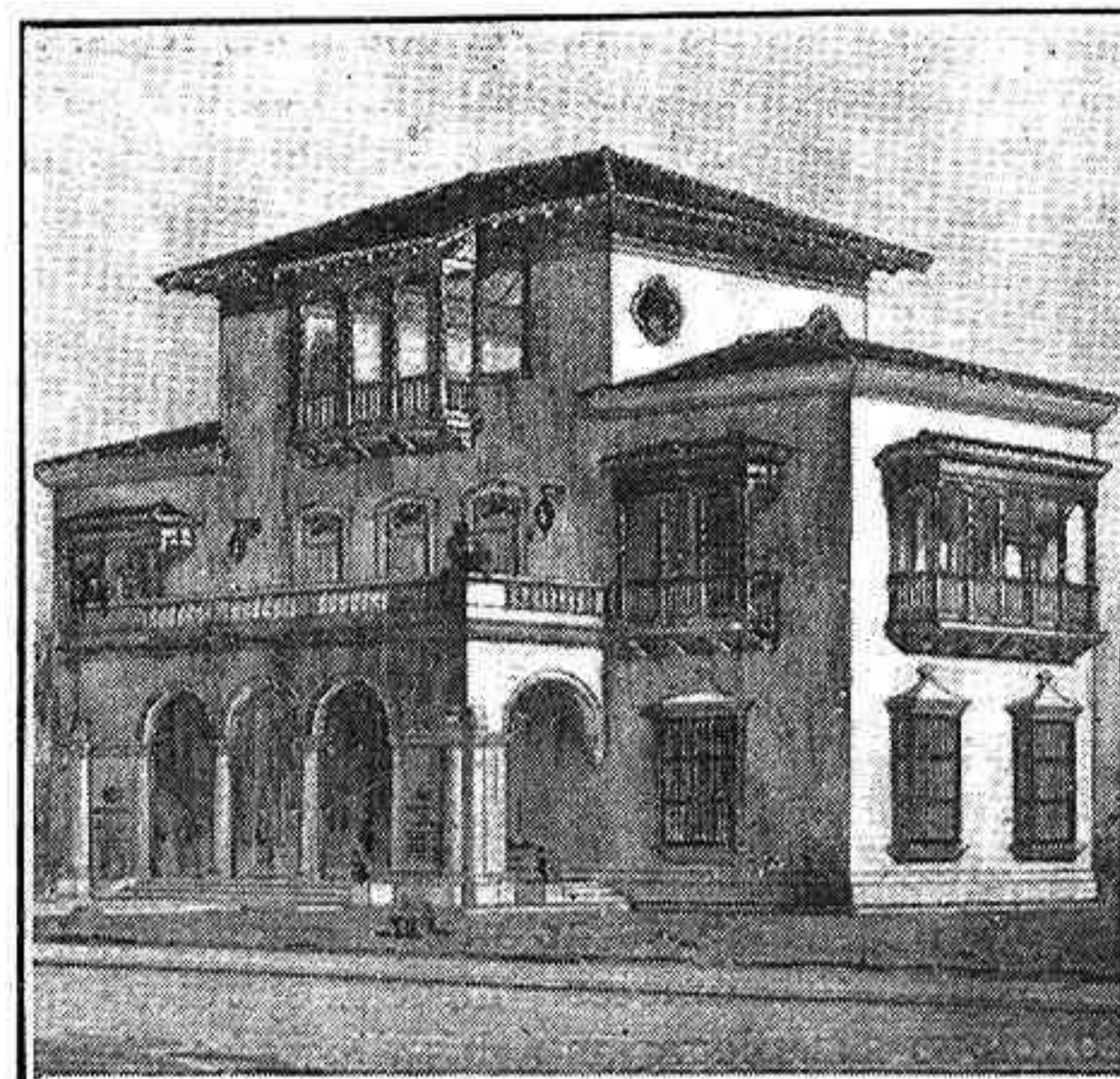
Estaba creado el Reino, pero no se había preparado el reinado ni discernido la soberanía. Era un problema de difícil solución: España, madre experimentada en todos los trances y sus-

ceptibilidades de índole familiar, no podía señalar como único príncipe á cualquiera de sus hijos, porque esto produciría disgusto entre los excluidos. Tampoco debía atribuirse el cetro, porque estimó necesario eliminarse del dominio efectivo y colocarse, mejor como hermana que como madre, en la fila, sin jerarquías, de los pueblos concurrentes.

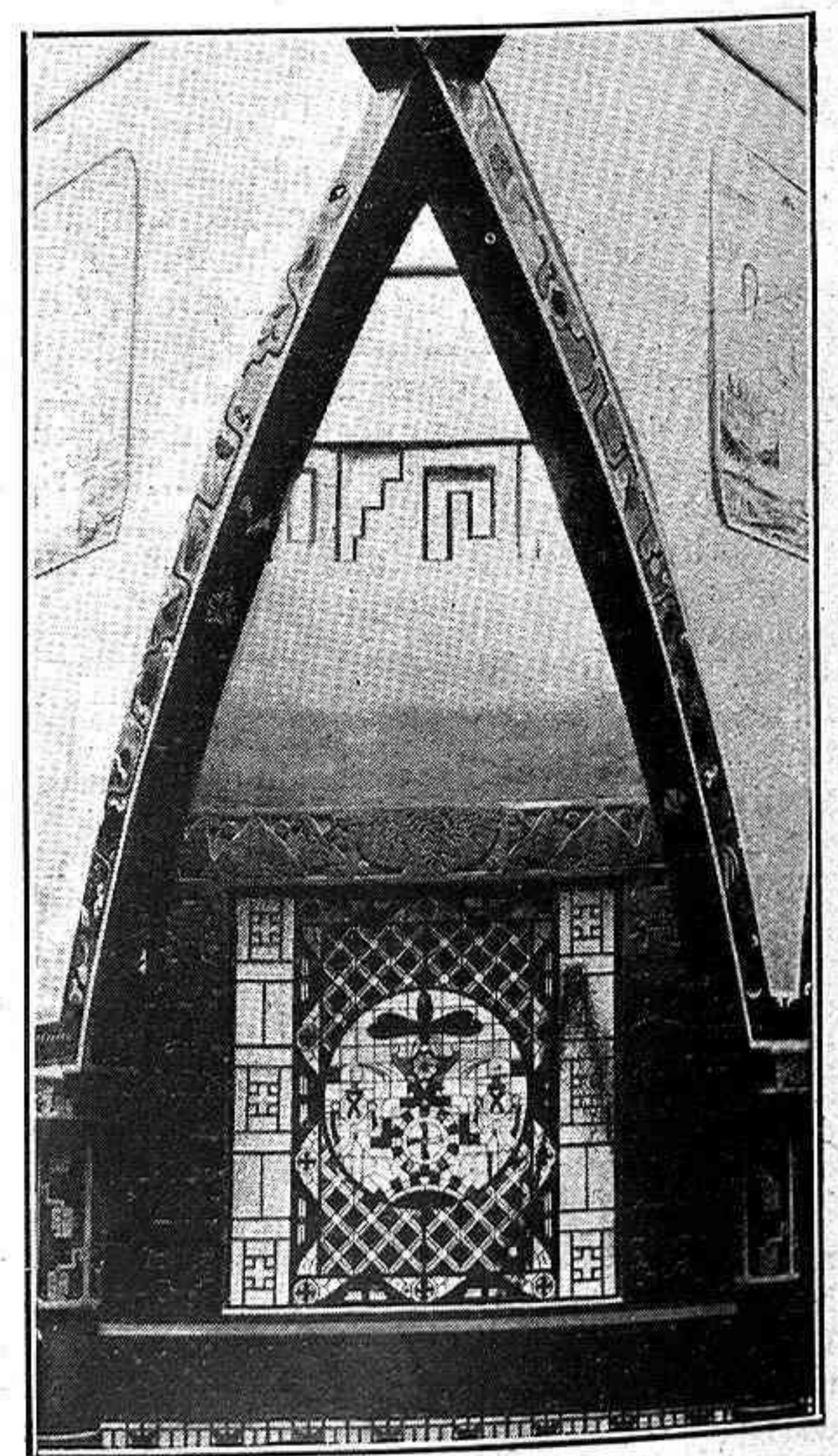
Era un problema..., pero ya dejó de serlo. Le ha resuelto con una feliz iniciativa—una más que acumular al innumerable historial acreditativo de su éxito—, el director de la Exposición, D. José Cruz Conde, con la sencillez de toda



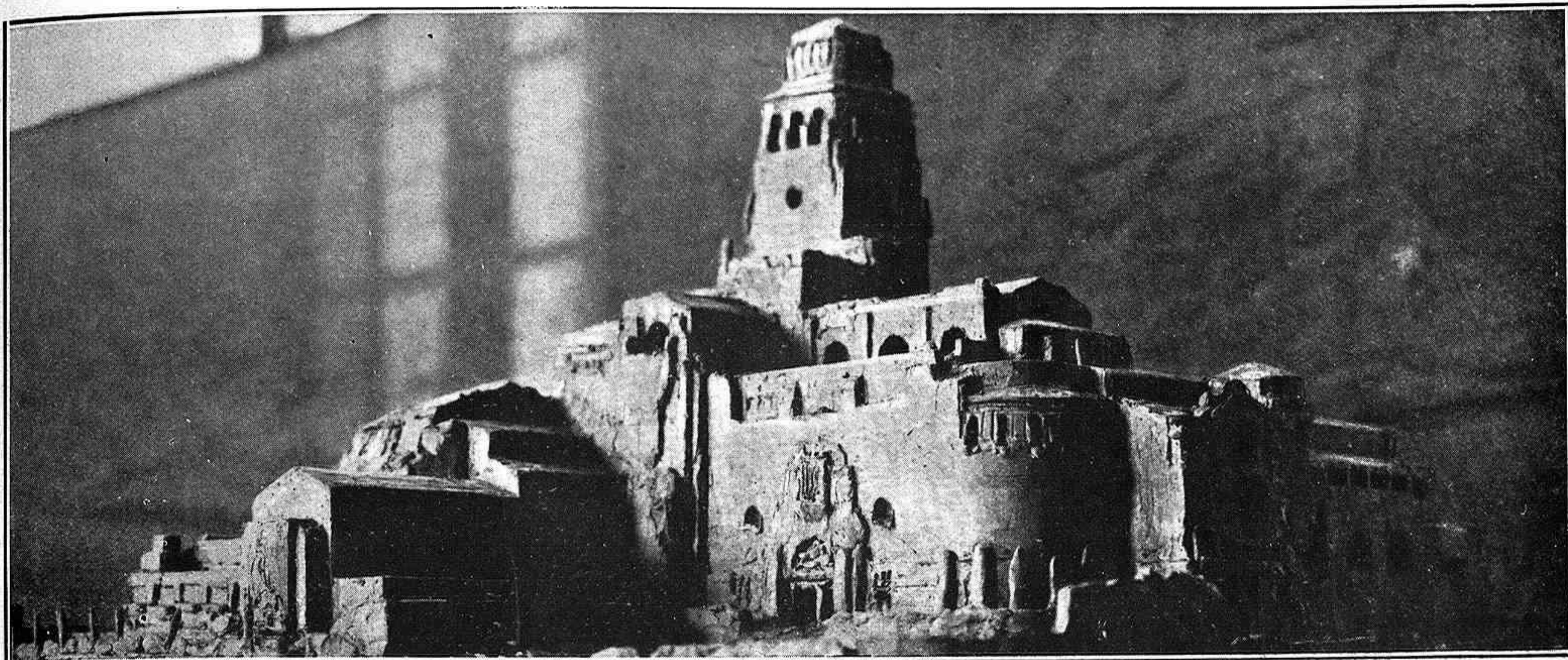
Pabellón de Méjico.—Detalle del gran patio



Pabellón de la República de Cuba



Pabellón de Méjico.—Detalle del interior



Pabellón de la República de Chile

idea certera; que en el fondo de las iniciativas dignas del triunfo no hay nunca otra cosa que la sencilla claridad de la inspiración.

Sobre la Nación de Naciones reinará con soberanía absoluta, por toda una semana, cada una de ellas. La idea fué expuesta por el Sr. Cruz Conde, en la comida que organizara en el Ritz, de Madrid, hace poco, en honor de los embajadores y ministros de los países que tienen pabellón ó palacio representativo en el recinto del Certamen.

El pensamiento del activo y perspicaz director, acogido con beneplácito por las citadas representaciones diplomáticas y transmitido inmediatamente á sus respectivos gobiernos, merece ser conocido en toda su integridad: El Comité ejecutivo de la Exposición Iberoamericana, deseoso de enaltecer y honrar á las Repúblicas que darán brillo y altura al Certamen, desea y ofrece á estas naciones una intervención activa en el desenvolvimiento de la vida social del mismo, circunscribiendo este ofrecimiento á los países que, por contar con pabellón ó palacio propio, estén en condiciones de realizar del modo más eficaz dicha cooperación.

Para dar forma á esta idea, el Comité sugiere la iniciativa de dedicar una semana á cada uno de estos países, durante las cuales, tanto las ac-

tividades del Comité como las del Ayuntamiento de Sevilla, se orientarán hacia el propósito de rendir un homenaje, alto y afectivo, á la nación respectiva, por medio de solemnidades y festejos, entre los que habrían de figurar una ó dos conferencias de carácter histórico y literario. Por su parte, el Embajador, Ministro ó Representante oficial de la Nación que celebrase su semana, tendría las máximas facilidades, por parte de dichos organismos, para todo aquello que su país creyese oportuno realizar en el recinto de la Exposición ó dentro de su edificio representativo.

La principal ventaja de esta iniciativa será la de, una vez de acuerdo en la ordenada designación de las sucesivas semanas, poder espaciar y clasificar, en cierto modo, la masa de viajeros de cada nación, ya que es lógico suponer que los huéspedes de Sevilla preferirán, para su permanencia aquí, los días en que se celebren las fiestas en honor de su país.

Por otra parte, esta ordenada y sucesiva intervención en el desenvolvimiento de la vida social del Certamen de todas y cada una de las repetidas naciones, justificará, más cumplidamente que obedeciendo á un simple gesto galante, la invitación que tanto se honra en reiterar el Comité á la dama que, libremente designada por el

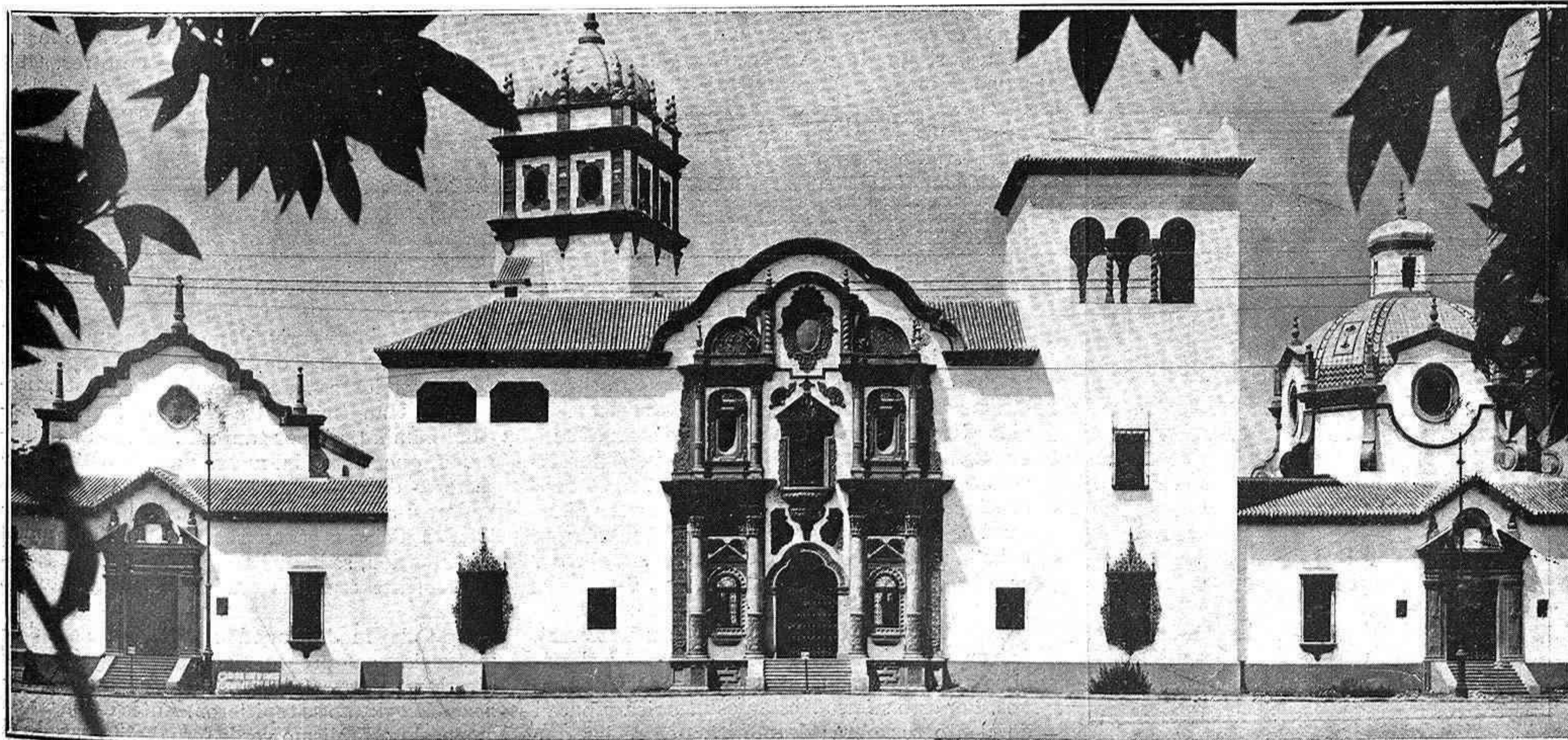
Gobierno de cada país, habrá de venir á Sevilla. Huésped esta representación femenina del noble pueblo español, representado por el Comité de la Exposición, parece lógica, y aun necesaria, en el sentido social, su presencia, para dar el matiz bello y simpático de la representación femenina en la presidencia de todas aquellas fiestas y solemnidades que se organicen en honor de la nación representada.

La magnífica idea de Cruz Conde fué compartida y aprobada por el Presidente del Gobierno, y, como decimos, acogida con satisfacción por los representantes diplomáticos que se apresuraron á transmitirla á sus respectivos Gobiernos para la sanción definitiva.

Tan bello propósito no ha sido contrariado con ninguna objeción de cancillería, sino, por el contrario, ha tenido, en absoluto, el asentimiento cordial que merece por su nobleza de intención.

Con nobleza es como se resuelven todos los problemas humanos; y este gesto de la hidalguía española, que cede al huésped la soberanía de su casa, lleva en sí toda la llaneza altiva del señorío de la raza, y por eso fué bien comprendido y estimado por aquellos pueblos á quienes calienta el corazón la misma sangre gloriosa.

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ



Pabellón de la Argentina.—Fachada principal

DRAMATURGO MUERTO

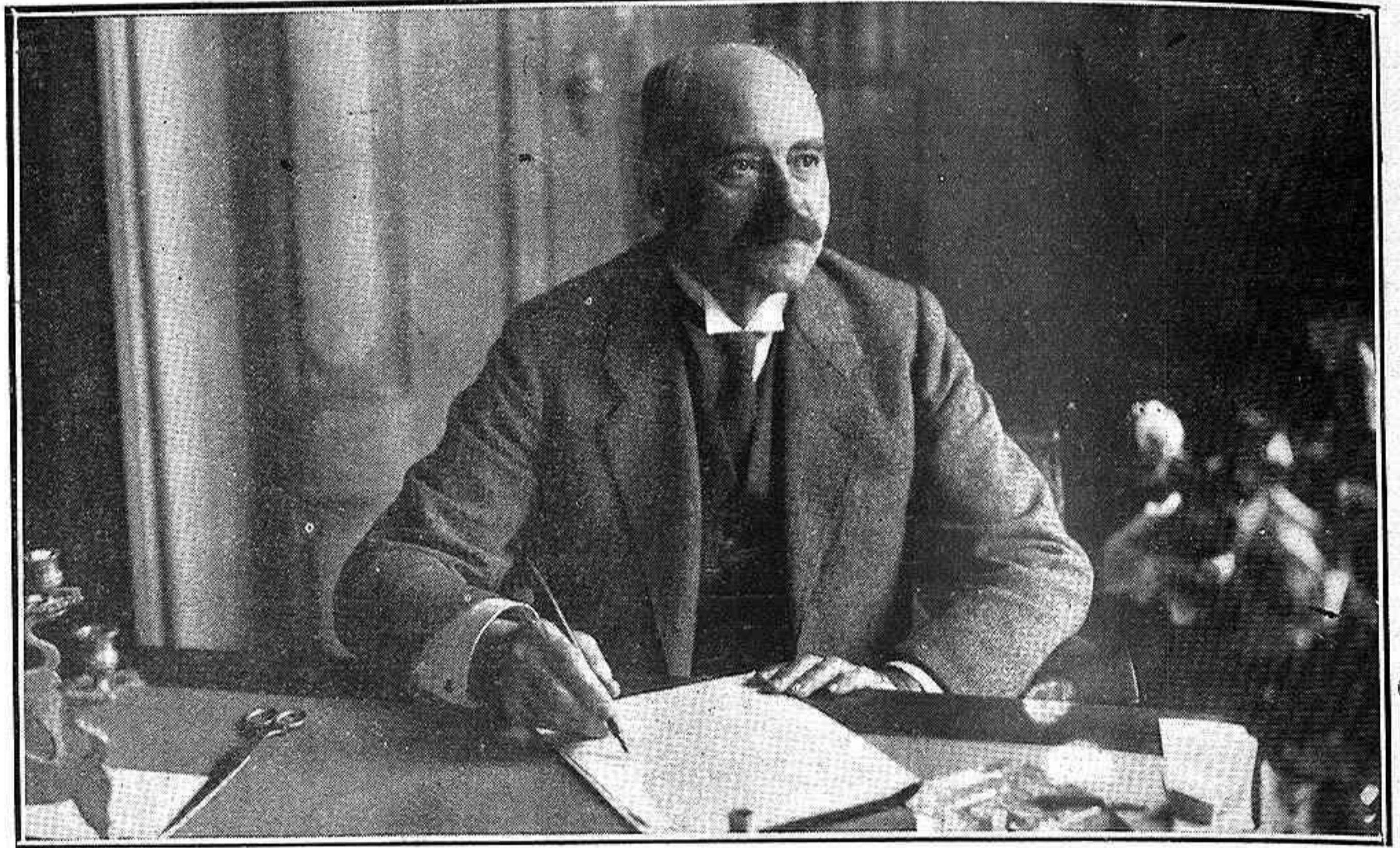
HERMANN SUDERMANN

HA muerto Sudermann á los setenta y un años; había nacido en Prusia en 1857; pero desde hace mucho parecía muerto para el arte dramático. Su tiempo, que fué breve, pasó.

Periodista y autor de cuentos y novelas, que pasaron inadvertidos, desde los veintidós años, al terminar su carrera en la Universidad de Berlín, hasta los treinta y uno, no consiguió ver representado su primer drama, *El honor*, que le dió renombre universal y fué traducido á casi todos los idiomas, incluso, con más ó menos variantes, que alteraban excesivamente su fondo, al español.

Sudermann se anticipó cuatro ó cinco años á la renovación del teatro alemán, que se hizo dos ó tres años después del estreno de *El honor*, y bajo la bandera de Ibsen, que no era alemán y al principio fué mal acogido por los germanos, pero que al cabo, á partir de 1889, sobre todo, se convirtió en ídolo y norte de los dramaturgos alemanes jóvenes. Sudermann fué uno de los primeros en seguirle, y lo hizo antes de que surgiera realmente el movimiento regenerador propiamente dicho: su primer drama subió á la escena un año después de lo que Adler ha llamado «el gran año de Ibsen» en Alemania; fué representado en 1888; en 1887 fueron representados, á la vez, en Berlín, cuatro dramas de Ibsen: *Los aparecidos*, *El amigo del pueblo*, *Rosmersholm* y *Villanlen* (*El pato silvestre*); diez años antes había sido representado, simultáneamente, en cuatro teatros de Alemania, *El sostén de la sociedad*, que fué la primera obra de Ibsen que conocieron los alemanes.

Sería, sin embargo, no conocer á Sudermann suponer que su espíritu y su técnica de dramaturgo fueron puramente ibsenianos. De Ibsen tomó, además del empaque de sus figuras, sobre todo en alguno de los primeros dramas, la afición á los temas de moral social, y á ella responde, por ejemplo, el asunto de *El honor*; pero tanto ó más que de literatura dramática septentrional, estaba impregnado de vieja dramaturgia francesa. Se ha dicho que si Sudermann fué más universalmente conocido que otros dramaturgos alemanes de su época, de mayor talla, como Hauptman, y tal vez su imitador, Max Halbe, más fuertes que Sudermann, más preocupados,



Ultimo retrato de Sudermann

como un ibsenianismo imperioso mandaba, por la nostalgia moral de un porvenir; pero por el hecho mismo de ser más puramente ibsenianos, más en discordancia con las mismas ideas alemanas dominantes, en el teatro, hasta 1889, y más aún con las inspiradoras de las dramaturgias meridionales.

Sudermann logró fundir, por previa impregnación de su espíritu, mediante lecturas copiosas y reiteradas, las fórmulas dramáticas del Norte y del Sur; pero á costa de una originalidad y, sobre todo, de una personalidad de que el autor prusiano carece, no obstante su renombre y á pesar de que se le considera como uno de los fundadores del teatro alemán moderno.

Adler, que estudió, hace veinte años, las obras dramáticas de Sudermann, encuentra en ellas reminiscencias y reflejos no sólo de Ibsen, á quien parece imitar constantemente el dramaturgo alemán, como lo demuestran las semejanzas entre la *Nora*, de Sudermann, que fracasó en su estreno, y *Casa de muñecas*, y otras semejantes, si no de otros dramaturgos franceses, como Dumas (hijo), y aun ingleses: en la *Salomé*, de Oscar Wilde, parece visto uno de los dramas más famosos del prusiano.

El estudio de uno de los personajes capitales de *El honor* (Roberto) sirve á Adler para demostrar la semejanza de aquel y de otros personajes aparentemente creados por el autor, con otros anteriores de Alejandro Dumas; del personaje así analizado dice finalmente: «Es un Olivier de Talin que vende café.»

A Sudermann puede reprochársele, además, lo artificioso de sus construcciones dramáticas; su cualidad fundamental de dramaturgo es precisamente la constructiva: fué una personificación viviente de lo que se dió en llamar «un hombre de teatro»; pero en ese sentido pecó por exceso, y el pecado hizo perder fuerza á sus concepciones dramáticas. Al afán de construir buscando siempre el efecto escénico, sobre todo, se debe la menor fuerza de las ideas en sus obras y su diferencia fundamental con los ibsenianos puros de su época.

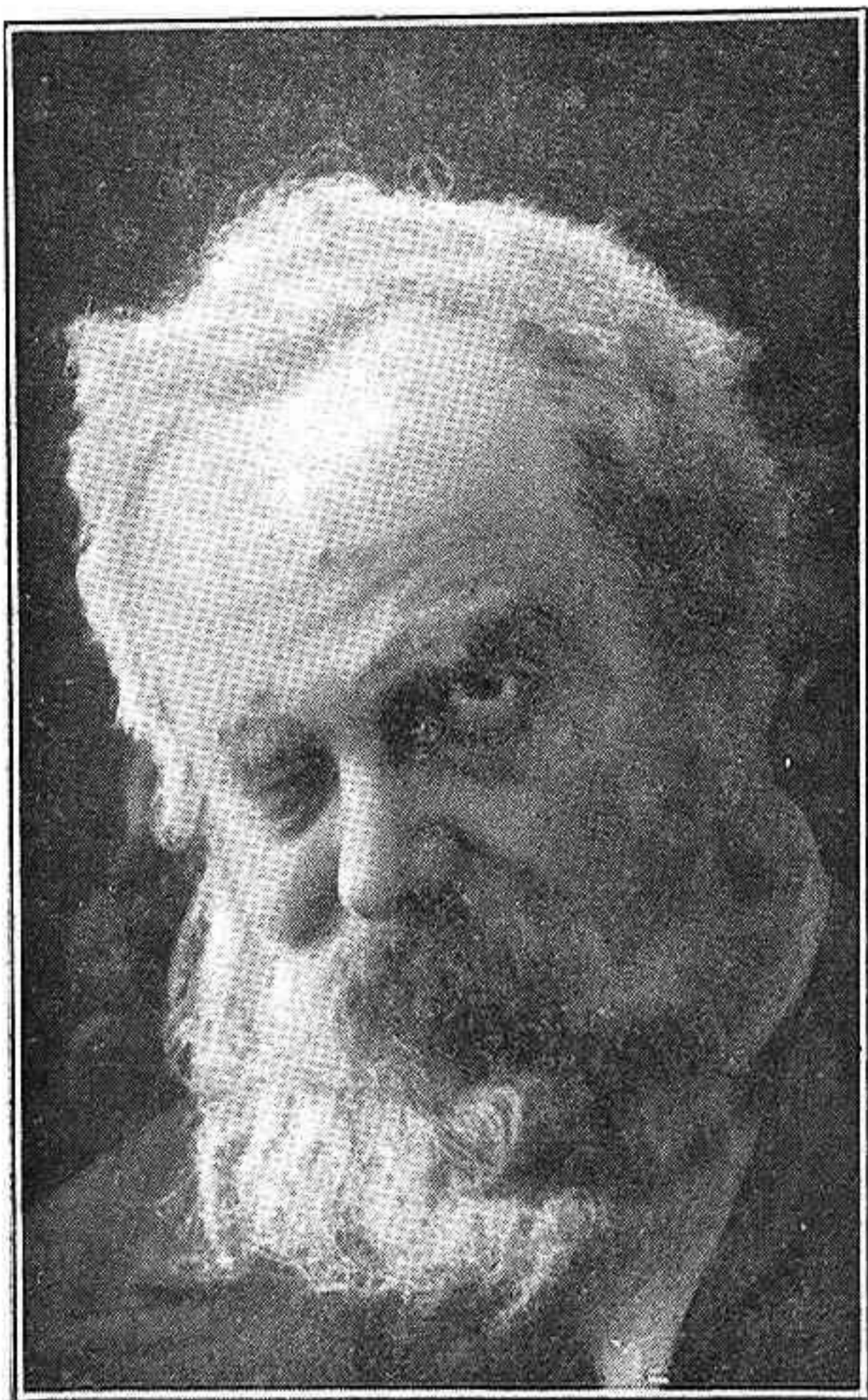
Tal vez por eso, al par que más universal, fué más solicitado por las Empresas y el público que otros dramaturgos contemporáneos suyos. Por esto su producción es más rica y pasan de ciento sus obras dramáticas, entre las que culminan: *El fin de Sodoma*, *Batalla de mariposas*, *El rincón de la dicha*, *Magda* y algunas más.

Sudermann fué conocido en España antes que otros dramaturgos alemanes y aun antes que los mismos septentrionales, que en parte, al menos, le formaron. Un crítico muy celebrado en su época, Fernández Villegas, *Zeda*, tradujo, con variantes que, por atenuables, desvirtuaban la obra, y que fueron comentadas, *El honor*, al que puso por rótulo *El bajo y el principal*. Fué estrenado ese drama en la Comedia; después fueron traducidos al castellano *Magda*, que creó Tallaví; *El rincón de la dicha*, *Batalla de mariposas*, *El fin de Sodoma* y *El hogar*. Todas ellas habían sido dadas á conocer antes á nuestro público por las Compañías italianas, que hacían por entonces en Madrid, también en la Comedia, sus temporadas primaverales.

El tono melodramático á que antes aludí, y que fué uno de los motivos de boga de los dramas de Sudermann en Alemania ante públicos más sencillos y cándidos, teatralmente hablando, que el español, fué, en cambio, naturalmente, motivo para que esas traducciones no lograsen excesiva popularidad entre nosotros. Otra causa fué la profundidad más ó menos real de sistemas: los problemas de moral social no interesaban aún á los espectadores españoles, y la supuesta demagogia de los dramas de Sudermann, sincera ó no, no podía tener tampoco la eficacia que en la tierra del autor, porque entre nosotros sus dramas no llegaron á los teatros populares en que seguramente la dramaturgia de Sudermann hubiese encontrado ambiente más propicio.

No deja de ser curioso que en las campañas del famoso *Teatro libre* de París en que fueron dado á conocer los grandes dramaturgos septentrionales, y Hauptman entre ellos, no figurase nunca el nombre, ni, por tanto, las obras de Sudermann, que, sin duda, nunca parecieron á los directores de aquel teatro suficientemente innovadoras; así podría decirse que lo que sus cualidades hicieron ganar al teatro de Sudermann en extensión, se lo hicieron perder en intensidad conveniente espíritus ganosos de dramaturgia nueva.

De todos modos, puede repetirse que esa dramaturgia pasó pronto. Sudermann siguió escribiendo; pero sus éxitos primeros, los de *El honor* y *Magda*, no se repitieron. Antes de pasar de moda el naturalismo verdadero, había pasado el suyo, que si aparentemente era más cálido, tenía, en cambio, menos sinceridad.



Tallaví, uno de los intérpretes españoles de Sudermann, en «Magda»

EN EL UMBRAL DE LA VIDA



DETENTE, hija mía, en este instante; en los catorce años de tu existencia. Entra en la vida con pasos menudos; escúchame; no tengas prisa. Empieza por observarte á ti misma; procura ser siempre la que ahora eres: piadosa, indulgente para todos; dócil; con deseo de hacer el bien. Conserva tu carácter alegre, pero con ese punto de seriedad que tienes ahora. Sí; ríe; sé crédula. Goza la vida; pero para poder creer en los hombres y en las cosas juzga bien todo lo que se presente. Hay un instinto, un sentimiento espontáneo en los corazones nobles como el tuyo, que no engaña, que es más rápido y que guía, algunas veces, más derecho que todas las reflexiones. Hasta esta edad he cultivado tu inteligencia y formado tu alma con el mayor celo y la mayor ternura; en adelante seguirás tus inclinaciones más que mis indicaciones, y para ese momento son mis consejos.

Vas hacia lo desconocido, y vas impaciente. La juventud es ávida de novedades; ignora que en la vida todo es viejo; somos nosotros quienes le damos novedad cuando somos jóvenes. No dejes apagar la llama que ilumina tu juventud! ¡Ríe; cree para combatir el dolor! En medio de la eterna ilusión con que vivimos, una sola cosa es cierta: ¡el dolor! Pon siempre tu suerte en ma-

nos de la Providencia; ella sola sabe lo que puede convenirnos, y entonces avanza con paso seguro. Cumple con el deber que la vida te vaya marcando; llena ese deber con bondad, con delicadeza, con seguridad en ti misma, con la fuerza de alma y de voluntad que requiera, y en el deber encontrarás la felicidad.

Para hacer bien una cosa no basta saberla y comprenderla; es necesario complacerse en ella y no encontrarla fastidiosa. Haz de tu vida un ejemplo de sencillez, de modestia, de caridad, de resignación. Si tu alma es pura, encontrarás todas las cosas fáciles y bellas; todas las ideas, todas las imágenes que nos formamos de las cosas no corresponden á las cosas mismas, sino á los estados de nuestra alma. Haz el bien hasta á tus enemigos; no descuides de agradecerles; el que crea vengarse mejor haciéndose desagradable, se hace mayor mal á sí mismo que el que ha querido hacer á los demás.

Todas las madres tenemos un ideal para el porvenir de nuestras hijas. ¡Qué pocas lo vemos realizado! Te diré cuál sería el mío para ti: un marido inteligente y de mérito, que merezca todo tu cariño, tu amistad y tu completa confianza. Te quisiera en la vida del campo; en un carmen en Granada; tu casa en medio de un jar-

dín entre verduras y flores, con árboles que den sombra ocultándote la vida y de la vida á ti. Verte ocupada y absorta por los cuidados maternos; recorriendo tu casa, afanosa, desde la sala hasta la cueva; las flores, la fruta, el vino, la lencería, reclamando tu solicitud. El orden y la paz en todo lo que te rodee. Esta vida no será austera con un marido á quien quieras infinitamente, y te quiera. Es la vida más favorable á la práctica de la virtud, á la duración de todos los gustos y de todas las costumbres que aseguran la felicidad.

Conserva un sentimiento infinito por las Artes; ama el estudio; lee en todos los ratos libres que te dejen tus tareas. Que en la vida sea como esas aguas tan puras y tan transparentes que fluyen sin esfuerzo de los manantiales naturales.

Y yo, regocijada, cerca de ti, viéndote ir y venir, acurrucada en un rincón, procurando ocupar muy poco sitio, silenciosa, bendiciendo á Dios de que me haya concedido vivir hasta ese instante, de que haya dulcificado, con tu felicidad, las llagas de mi alma, y en ese momento soñado, oyendo tu canto al lado de la cuna de tu hijo y con el crucifijo entre las manos, ¡quisiera morir!

AGLAE

LA ACTUALIDAD DEL PIRINEO

PAU Y SU CASTILLO

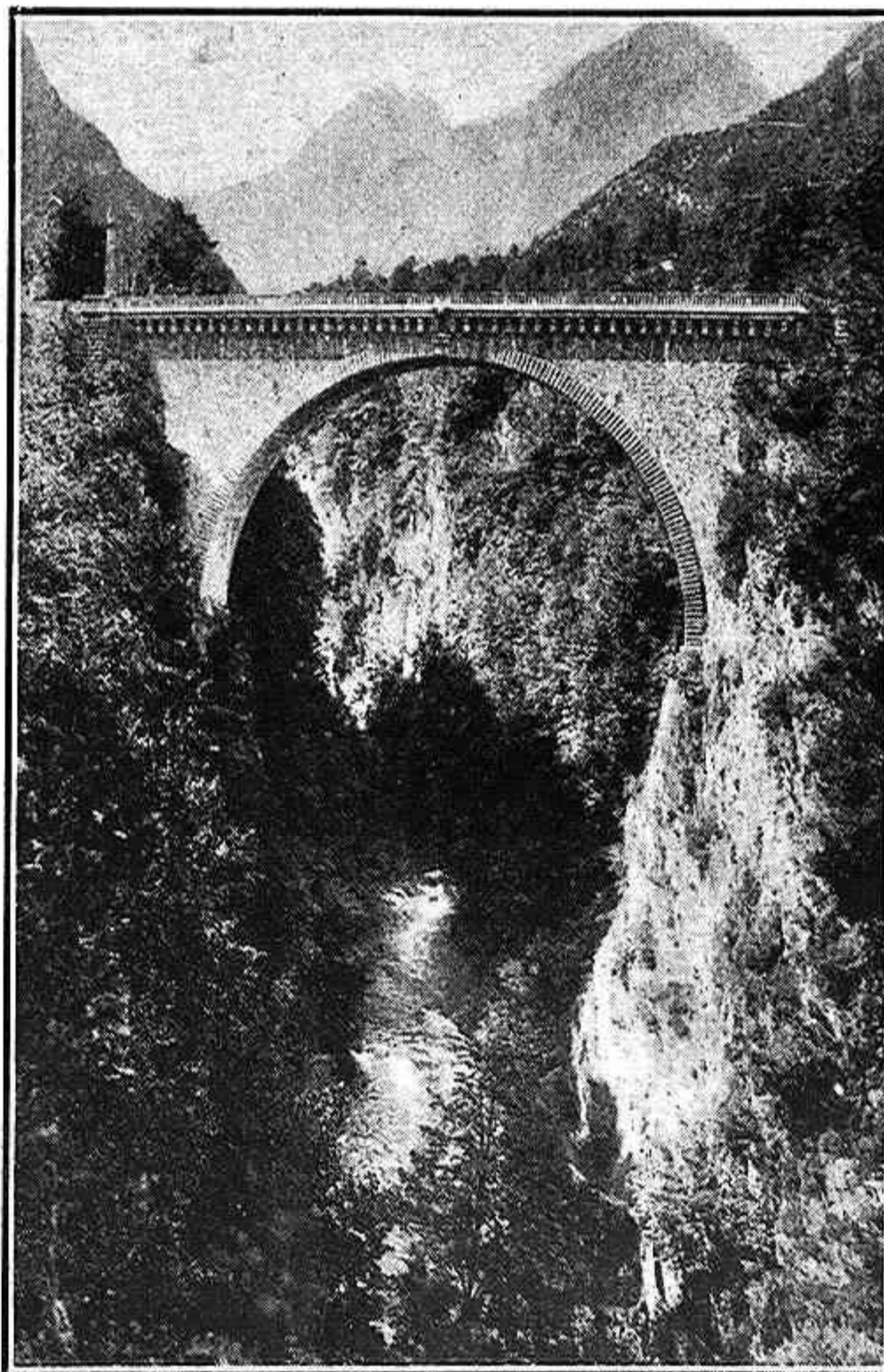
La colaboración francoespañola, que ha traído la pacificación de Marruecos, tiene otro aspecto aún más simpático, si cabe, de guerra contra la Naturaleza rebelde que en épocas terciarias alzase la barrera pirenaica, el *Pyrene* cantado por Verdagner, pretendiendo aislar á dos naciones hermanas que viven malamente una sin otra.

Nadie lo ignora. En el día de hoy no se pasa normal y cómodamente de España á Francia, ó viceversa, sino por las dos «puertas marítimas» de Irún-Hendaya y Port-Bou-Cervera. ¡Del Cantábrico al Mediterráneo sin un ferrocarril más, cuando ya iban á ser seculares los ferrocarriles!

Aunque España tenga en la cuenca del Garona francés el Valle de Arán, con el que no se puede comunicar directamente, á causa de las nieves durante casi la mitad del año, y aunque Francia tenga soberanía en el Valle del Baliza, afluente andorrano del Ebro, los ferrocarriles españoles se detienen todavía hoy en Pamplona, de Navarra; en Jaca y Barbastro, de Aragón; en Balaguer, Guardiola de Bagá, San Juan de las Abadesas y Olot, de Cataluña, como aún se detienen en Cambó, Olorón, Larnus, Cauterets, Bagnères de Luchón, Vernet, etc., los ferrocarriles franceses.

Es la primera línea en importancia la recientemente inaugurada de Zueza á Olorón, ó sea de Jaca, por Canfranc, á Pau, y que resultará la vía más directa para los rápidos «París-Madrid»; obra titánica que ha supuesto la corrección de seis torrentes, la construcción de ciclópeos muros contra los aludes y la esmerada repoblación forestal de la cuenca donde se asienta la siempre comprometida estación internacional de Los Arañones.

La segunda vía en construcción es la de Lérida á Saint Girons, ó sea Tarbes-Toulouse, llamada también, por la cuenca que remonta, de Noguera-Pallaresa, que espera abrir el tráfico con Aragón á todo el Pirineo central; y la vía tercera, recientemente inaugurada, es la de Ripoll á Tosas, cerca de Puigcerdá, paso natural á la Cerdaña histórica, y que pone en comunicación la zona española de por bajo de Andorra, una de las más aisladas de Aragón y Cataluña, con el occidente de Perpiñán, testigo de viejas gestas entre ambos pueblos. Su largo túnel de Tosas pasará á la historia de la ingeniería moderna como una de las notas más terribles del indomable esfuerzo humano, porque, abierto en la entraña misma de un Pirineo que geológica-



El puente de Napoleón en la carretera de Gavarnie

men. ¡Un vive y palpita como nacido ayer, toda perforación tendía á cerrarse en el acto, cual las heridas en un cuerpo vivo, y las pizarras recién agujereadas se hinchaban á poco, reventando las entibaciones más poderosas, y al aliojar por los puntos de ataque las otras rocas, estallaban con atronadoras detonaciones cuando se retiraban los escombros de los barrenos.

La cuarta vía proyectada es la estrecha de Noguera-Ribagorzana, ó sea la de Viella, capital del Valle de Arán, y cuyo túnel, de unos cinco kilómetros, perforará la mole de Bizberri, rodeada de lagos de montaña, y enlazará con Pont du Roi, junto á Bagnères de Luchón, yendo á Montréjeau, exactamente á la mitad del camino de Pau, por Lourdes y Tarbes, á Toulouse. Ella dejará no lejos, al oeste, como la de Canfranc le deja al este, al valle y parque nacional de Orde-

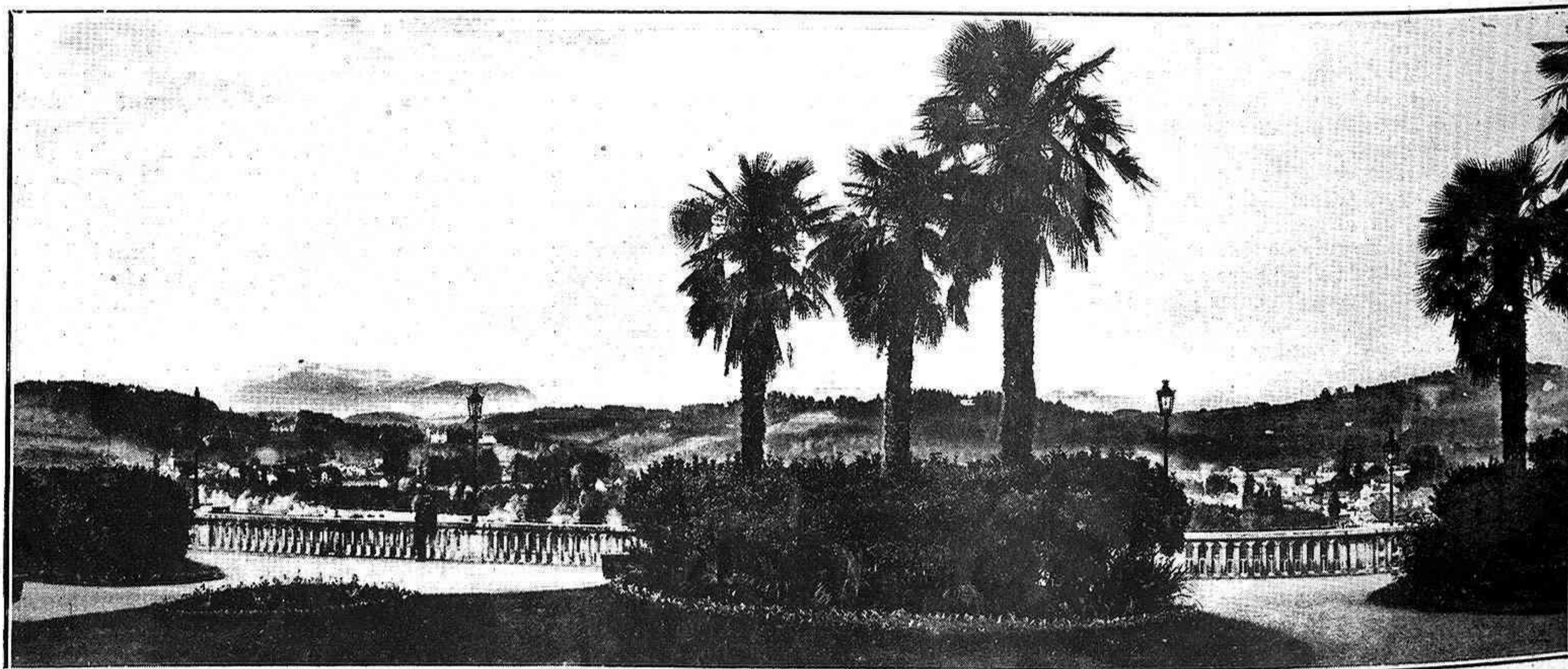
sa, el más hermoso é imponente, no ya de la región pirenaica, sino de todo el ámbito peninsular; como dice un ilustre geólogo y académico nuestro.

Así, pues, Pau y Zaragoza-Madrid, Toulouse y Lérida-Barcelona son las futuras cabezas de cuatro nuevas líneas que han de rivalizar dentro de pocos años con las clásicas líneas de unión francoespañola por el Cantábrico y el Mediterráneo. Por eso bien merece nos ocupemos hoy de Pau, dejando á la universitaria Toulouse para otro artículo.

Pau no fué hasta el siglo xvii sino un retiro de caza de los vizcondes soberanos del Bearn, con su corte en la vecina Orthez. Aquel retiro se llamaba en bearnés *Paü*, y allí se alzó en época mal determinada un castillo, en el nacimiento de varios valles que dominan el torrente del Gave que baja de Lourdes. El castillo ocupa unos quince mil metros cuadrados, y en su construcción se admira hoy el estilo románico junto al gótico florido y el renacimiento.

Pau y su castillo deben, al parecer, su importancia á una triste historia de remordimientos, á un karma terrible de un príncipe cruel: á Gastón-Phoebus, ó «el Hermoso», cuarto príncipe soberano de la casa de Foix, que manchó sus muchas glorias con dos hechos sangrientos que los cronistas refieren así: Pedro de Bearn, hermano natural de Gastón, gobernaba el vecino castillo de Lourdes en nombre de los ingleses invasores de la región. Gastón le llama á Orthez, le sienta á su mesa, le echa en cara su infidelidad á Francia y le exige abandone la plaza. «Soy de tu sangre—le responde Pedro—, y jamás traicionaré mi fe caballeresca.» Gastón se alza sobre su asiento y le clava su daga en el corazón.

Asesino de su hermano, lo fué luego de su propio hijo, y aquí los eufemismos del panegirista Froissart son impotentes á ocultar la verdad. Gastón Phoebus tenía un solo hijo, apenas adolescente, adornado de las más bellas prendas y ya orgullo y esperanza de su país. Éste hijo, tierno y piadoso, tenía una honda preocupación: el alejamiento de su madre, á quien su padre, por desavenencias domésticas, causadas por las infidelidades de éste, mantenían alejada en la corte de Navarra. El joven príncipe había ido á ver á su madre para participarla sus desposorios con la hija del conde de Armañac, y allí fué abordado por su tío «Carlos el malo», quien hubo de persuadirle de que había un medio infalible de reintegrar á su madre en el afecto de su infiel



La cadena pirenaica, vista desde el parque de San Martín, en Pau

esposo. Era el donoso tiempo de los filtros y de los sortilegios. El joven recibió cierta cajita cuyo contenido, mezclado con los alimentos de su padre, había de operar el prodigio. De regreso á la corte de Bearn, él confió sus propósitos á Ivain, su hermano natural, quien, á consecuencia de una camorra infantil, quebrantó su secreto, y los polvos en cuestión fueron ensayados en un lebel, que cayó fulminado. Gastón-Febo ordenó en el acto la muerte de su hijo; pero los Estados de Bearn, con la cosoberanía que les otorgaban sus viejos fueros, interpusieron su veto á la terrible sentencia. El vizconde descargó entonces sus iras sobre los servidores del niño, y quince de ellos perecieron bajo la tortura.

El príncipe fué encerrado en la fatídica torre de Orthez, donde devoró su dolor negándose á alimentarse.

Ello no hizo sino exacerbar el furor del padre, que fué á verle teniendo en la diestra—dice Foissart—una buida daga, que él llamaba «sus uñas». El niño yacía en su lecho bajo extrema debilidad. ¿Qué pasó entonces? Por descuido ó con intención, la daga se clavó en la garganta de la criatura, que murió desangrada... Gastón entregóse después á mil excesos, violando las tradicionales libertades consignadas en el viejo Fuero, pues había importado de Alemania los peores procedimientos de la justicia feudal, en un pueblo siempre libre y siempre justiciero, cuyo lema de «hacer justicia al pobre como al rico» aun vendría bien en los tiempos modernos. Gastón murió súbitamente, envenenado quizá, y dos siglos después, cuando el saqueo de Orthez por los calvinistas, éstos violaron su tumba y tiraron á los bolos con su calavera. La preponderancia del castillo de Orthez, teatro de tales escenas, fué así pasando al de Pau, ya la bella ciudad edificada bajo sus muros y hoy capital del Bajo Pirineo.

Todas estas cosas merecerían un largo artículo, porque en la historia emocionante del gallardo Bearn se dan cita las de los reinos de Francia, Navarra, Aragón é Inglaterra, y porque las gestas de aquellos rudos y rectos vascos de allende y aquende el Pirineo, recuerdan, en lo gallardas, las de los ostentosos rajás del Penjab hindú, sus antecesores probables, y á quien, en el pasado siglo, la orgullosa Albión no se atrevió á humillar desarmándolos. La busca de la Piedra filosofal y del Elixir de vida, en el secreto de sus torres, no fué acaso tampoco ajena á los antecesores merovingios, catalanes, ligures y aragone-



El castillo de Lourdes

ses de aquel Enrique IV, el *Bearnés*, que allí naciera—en el museo del castillo se ve aún la gran concha de madera que le sirviese de cuna—príncipe, que si supo coronarse rey de Francia con su «París bien vale una misa», tuvo que decirles á sus coetáneos, para acallar sus independientes suspicacias, que él «daba la Francia al Bearn, y no el Bearn á la Francia». Los Borbones de Francia y de España tienen también, como es sabido, grandes lazos ancestrales con la célebre región de la Navarra francesa, y siempre en las querellas entre Francia y España, cuando Fernando el Católico y Luis XIII, Carlos I y Francisco II, el Bearn jugó importantísimo papel, no menos que en la gran lucha religiosa entre calvinistas y católicos en los días de la varonil Juana de Albret.

Muchos nombres gloriosos de la nación vecina han dejado allí también el eco de su nombre, ora naciendo en Pau, como Enrique IV (1540-1615), Bassión (1607-1647), el mariscal Bernardotte, ó sea Carlos Juan de Suecia (1764-1844), y el pintor Lebrun, ora viéndose prisioneros en su castillo, como el célebre Abd-el-Kader en 1855. Tres notas españolas también de Pau son la de Isabel II refugiándose allí á raíz de la revolución de Septiembre de 1868, las visitas de la emperatriz Eugenia del Montijo y la muerte de Salmerón, el presidente que fué de la República española y jurista memorable.

A unos treinta kilómetros de Pau, Gave arriba, se alza aun hoy día, perfectamente conservado, el castillo de Lourdes, en torno del cual hase creado, casi en nuestros tiempos ya, la floreciente ciudad que rodea á la basílica de sobre la cueva que se dice testigo de las visiones religiosas de la Bernadetta, y que allí lleva miles de

fieles en peregrinaciones desde múltiples países, en espera de una curación milagrosa para males que la ciencia desahuciase...

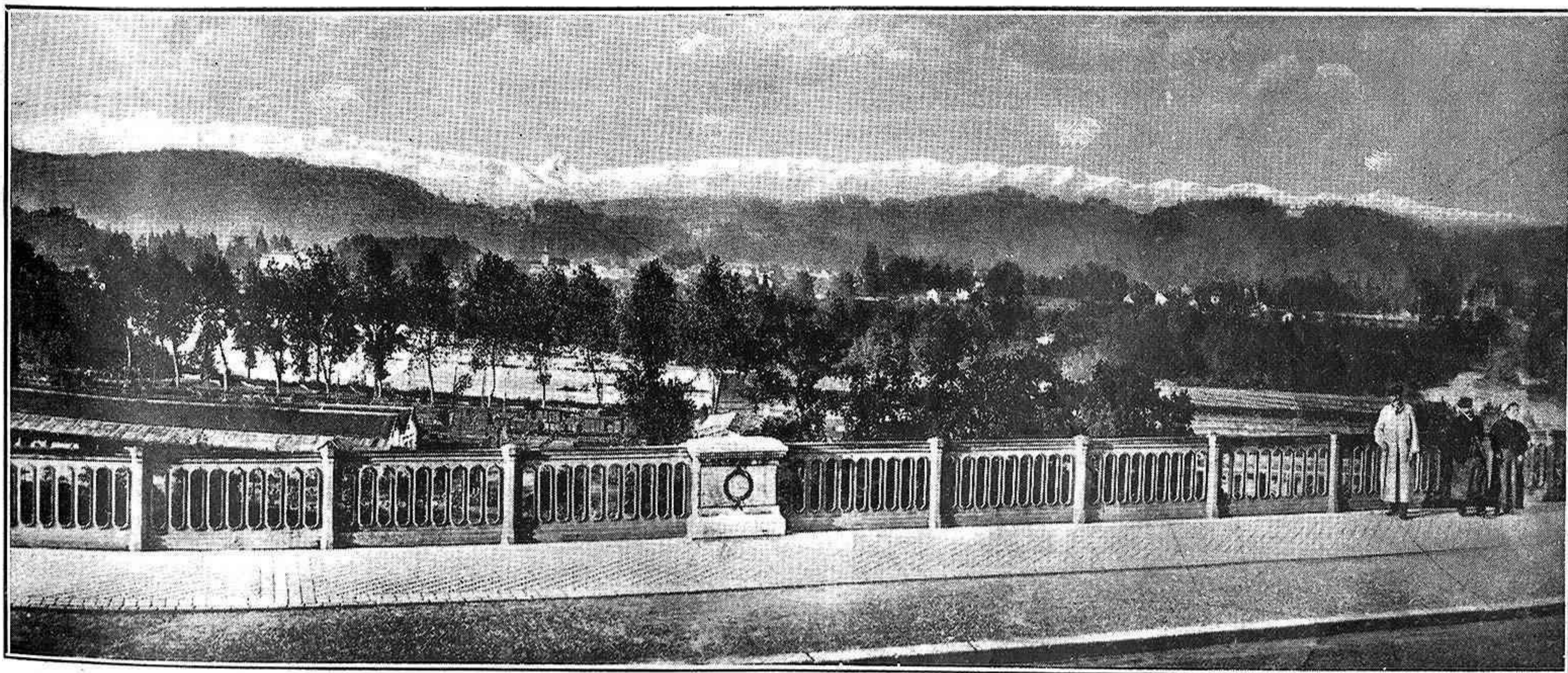
Aunque no tuviese la región de Pau tantos títulos históricos y artísticos para ser visitada, hay uno en el que no tiene rival en toda Francia, y es su maravillosa vista sobre todo el Pirineo.

La celosa municipalidad de aquella «mansión de invierno», rival de Niza por sus recreos, ha hecho marcar en la balaustrada de la gran terraza que vuela sobre el Gave y la vía férrea, la orientación de todas las cimas pirenaicas que asoman sus nieves casi eternas por encima de las paradisíacas verduras de las colinas intermedias.

Así, el visitante, sin error posible y sin guías enfadosos, puede ir identificando por sí mismo, de izquierda á derecha, los picos de Montaign y de Midi; las montañas del Lago Azul; la Gavarnie; el Levisite (2.464 metros); el glaciar y el torreón de Neouvielle (3.055); el Pico Largo (3.194); el de Caunterets; el Viñamala (3.298); el de Gabizos (2.639), el Balaitons (3.145) y el Moullé de Jaout (2.051), cerca de Panticosa; el de Cezy (2.209); el de Midi d'Ossau (2.885); el de Er (2.150); el de Sesques (2.605), y otros muchos, una gran parte de ellos ya en territorio de España.

Al oeste, norte y este de la gran torre de Gastón-Febo, el panorama se extiende en vasto anfiteatro, sonriente, del lado de Orther, Sauvagnon, Pontacq, Nay y Lourdes; las crestas del Jurançós, las comarcas de Olorón y Aguas Buenas; el valle de Gelos, con su castillo navarro, y Morlaas, la primitiva capital del Bearn, cuyos vizcondes acuñaron moneda de oro, plata y cobre, á las que la tradición francesa asignó siempre para sus poseedores los más felices presagios por su célebre Vaca; ¡la célebre é inevitable «Vaca overa» de todas las relaciones de *finas* y de tesoros de que están cuajados el Pirineo y la cordillera cántabroastur, recuerdo imborrable de las dos religiones primitivas de España: la de los Samanos ó *Sha-manús*, arios, y la de los Ofitas egipcios, apenas conocida hoy todavía por los doctos, y de las que Lescar (el *Bencarnum* romano), como el valle de Aspe y cien más aun inexplorados histórica, geográfica y geológicamente, han de deparar en el futuro más sorpresas que las hoy palpitantes de Orthez, que amenazan revolucionar nuestra Prehistoria!

DR. ROSO DE LUNA



El macizo de los Pirineos, cuyas alturas más importantes se divisan perfectamente desde el balcón de Pau

CUENTOS DE «LA ESFERA»

LA BESANA Y LA ESTELA

Más el mar que la tierra?

—Más el mar que la tierra.

Con las mismas palabras, la firmeza de ella sobre la duda de él. Y después un largo silencio sostenido como una cuerda tirante, de mirada á mirada, desde los azules berilos que en el rostro de ella eran las pupilas hasta los granos de café relucientes que animaban la faz pecosa de él.

—¿Por qué lo sabes?

—No lo sé. Lo creo. Me lo decía mi Juan, que en el mar se ha perdido.

Y más suave, añadió:

—En la tierra se encuentran siempre los hombres. Se sabe dónde están sepultados.

—Pues yo creo la tierra mayor—insistió él.

—¿Esta?—burlóse ella, mientras el brazo rojo, desnudo y húmedo se movía circular como un ala trazando corto vuelo.

—Esta, no. Bien sé que no es grande. Pero la otra de más allá, de detrás del monte y de otros montes, la que este río busca, sí que es mayor.

—Este río no busca la tierra. Huye de la tierra. Busca el mar. Y cuando la tierra concluye, el mar empieza.

—Otras tierras hay después.

—No lo sé. Si así es, aquellas otras también terminarán en el mar. Tú no puedes comprender bien esto.

—Pero me gusta oírlo decir.

Ella sonrió tristemente. Las manos inactivas se le secaban en el regazo enlutado. Tenía, así, de rodillas ante su cajón de lavandera, la actitud de una madre ante una cuna vacía, recién removida por las manos de alquiler de los funerarios.

El, tendido en el suelo, trazaba una curva cariociosa con su cuerpo á la silueta orante de la mujer. Y la buscaba los ojos hurtados ya á la interrogación ávida de los suyos.

—Si tú vieras el mar...—dijo ella lentamente en un susurro humilde.

—No lo veré nunca—respondió la voz ronca é insegura del adolescente.

—¿Tanta ley tienes á esto?

No el brazo caído, sino las pupilas azules giraron su desdeñosa expresión en torno de los límites cerrados entre montañas. Sólo el río, socavándolas, y unas águilas cimera parecían poder escaparse.

Surcos recién ahondados aguardaban solitarios y negros la próxima sementera. Los mulos del labrador, absorto con la voz y el rostro de la lavandera, recibían inmóviles, no lejos del grupo humano, la dulcedumbre otoñal de la tarde como un tacteo protector de manos invisibles.

—Tanta, que á veces pienso cuando me veo

las manos llenas de tierra y se me agarran á los pies los pegotones húmedos, que no es que me mancho, sino que me desangro. ¿Comprendes? No es que la tierra mancha mi carne, sino que mi carne es toda de tierra.

—¿No saliste nunca de aquí?

—Nunca. Ni aun antes de nacer.

—Antes no era posible, muchacho.

—Sí. Que por algo dicen sacamos de los padres lo que ellos vivieron. Ni mi madre ni la madre de mi madre, ni mi padre y el padre de mi padre salieron de esto que tan pequeño te parece.

—¿Labriegos todos?

—Todos.

Ella recogió, en la nostalgia marina de su mirada, la arrogancia del tono con que el mozo soltó la palabra. Y, como en el mar un madero, la palabra flotaba, pero se sentía cada vez menos segura.

—¿Se puede ser así, Dios mío?—suspiró la mujer.

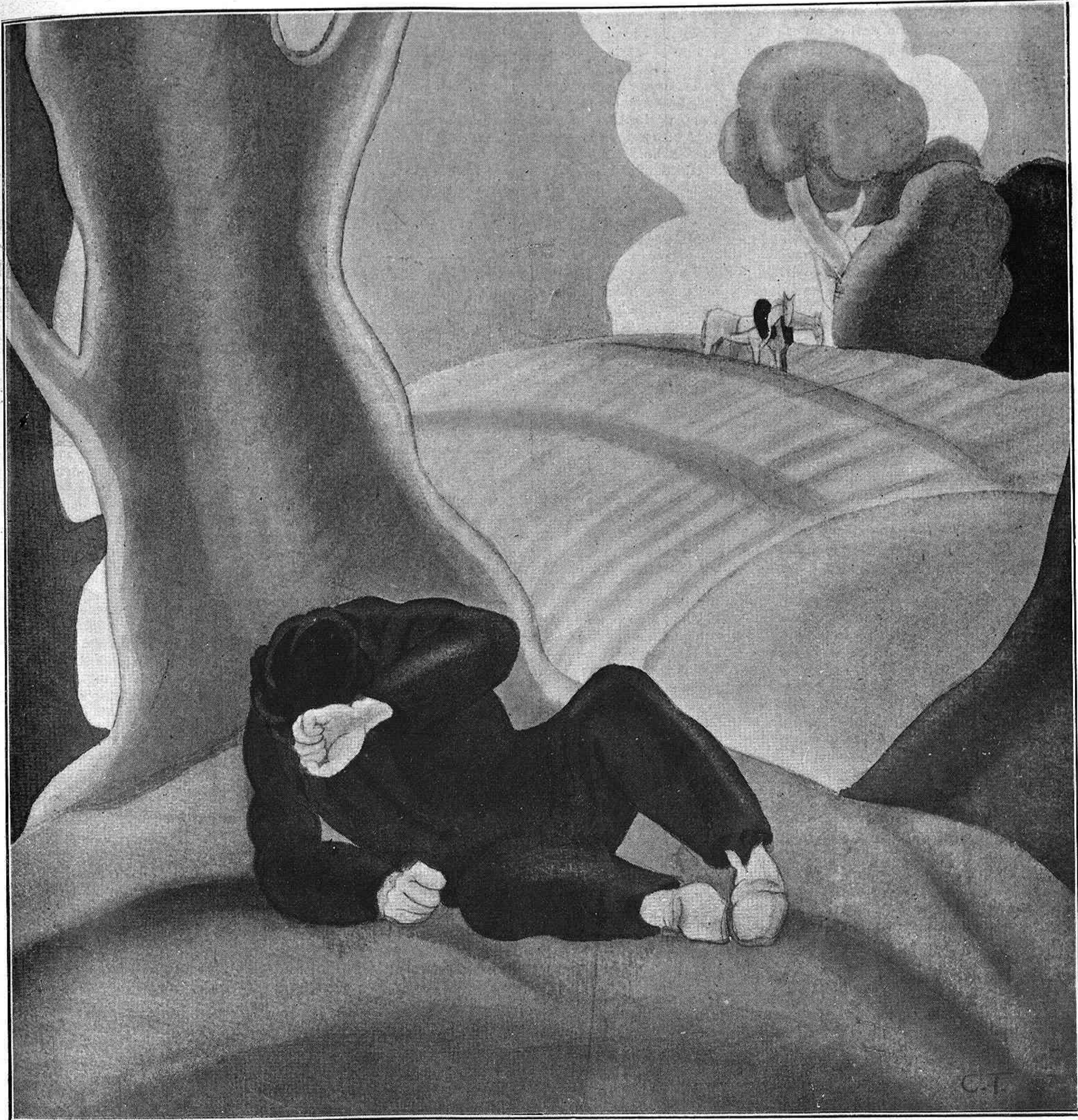
—¿Por qué has vuelto tú entonces?—reprochó imprudente él.

La mujer inclinó más la cabeza, se apretó el nudo del pañuelo de luto con tal fuerza que la dolería en el cuello. El ademán brusco ó la brusca pregunta la encendieron el rostro.

Vergüenza y pena de la evocación. Su niñez



Tenía, así de rodillas ante su cajón de lavandera, la actitud de una madre ante una cuna vacía



El mozo creía ver, honda y negra, la estela azul que el amor dejó en su corazón

allí también cuando el mozo ahora inconscientemente prendado de ella, no había nacido todavía. El afán aventurero, el largo, jubiloso ímpetu del primer vuelo, sin razón ni norte. Después, la gran revelación del mar y del hombre del mar que la hizo suya. Años iluminados y mecidos por el cielo y el agua de la costa. Como en un navío empavesado, las dos vidas juntas, porque el amor hechizaba las tareas pobres y los solaces sencillos; porque el hombre del mar hizo de la mujer de la tierra una caracola sensible, colmada de rumores marinos...

—Hice mal en volver. ¡Pero me sentía tan sola! El tiempo y la distancia me engañaron. Yo recordaba este río como un mar alargado y estos montes más separados dejando mayor anchura al valle. De niño las cosas que nos rodean son más grandes. Y ya ves; aquí no tenía nada ya: la madre, parálitica; el padre, enterrado; la casa que fué nuestra la veo con otras gentes...

Se derrumbó de pronto sobre el cajón donde la suciedad opalescente del agua jabonosa con-

tenía algunas telas burdas y amarillentas. Golpeó, estrujó la ropa con rabiosa y violenta cólera.

Pero en seguida se alzó sobre sus rodillas y volvió á sentarse encima de los talones. Gotas blanquecinas, surcos de espuma gotearon de los brazos caídos á lo largo del cuerpo.

Y hacia la claridad remota, decreciente, levantó la mirada.

El hombre, tendido, la acechaba como un tigre joven que no sabe cuándo debe saltar sobre la presa.

—Aquí el mar está en lo alto—empezó á decir entonces la mujer con su voz húmeda de lágrimas—. Mira, esas nubes largas y detrás una de otra. Así son las olas en los días tranquilos. Vuélvete, hombre, hacia arriba. Tiéndete así con la cara hacia el cielo. Muchas veces, cuando estoy sola, lo hago yo. No sé ve nada de la tierra; si acaso, el pico ese de la montaña es como un arrecife. Anda, hombre, ¡fíjate...

Pero el muchacho la miraba á ella. Nada en la naturaleza circundante tenía para él la sugestión

tiránica, de dulce tiranía, que aquella mujer arro-
dillada.

—No quiero. Déjate del mar. Acá estamos libres de él. También los hombres de acá sabemos querer.

Ella volvió á dejar caer la cabeza, se abrochó el corpiño. Y se puso las dos manos sobre los ojos apretando los párpados.

—Ciega mirar así. Me ha quedado fuego dentro...

El se acercó arrastrándose.

—¿Oíste lo que te decía?

Tardó en contestar. Muy despacio y más suavemente pasó de nuevo las manos sobre los párpados cerrados. Los ojos azules tenían otra vez esa infinita tersura del agua cuando el sol acaba de fundirse en ella en un crepúsculo quieto y pálido.

—Sí. Y óyeme, tú, muchacho. Para ti soy una vieja. Pero aunque no fueras tú tan mozo, tampoco serías el hombre que me hiciera olvidar á mi Juan.

—¿Por qué?

Relinchó impaciente uno de los mulos, olfateando la noche ya próxima. La mujer se encogió de hombros.

—Anda, muchacho, anda. Vuelve á tus terrones.

•••••

Pero á la tarde siguiente le agradó verle de nuevo tendido junto á ella en la curva carnal que humildemente formaba cerco á la actitud orante de un éxtasis. Se acostumbró á evocar para él, como si á ella misma se hablara, horas, inquietudes y lugares sacudidos por el ritmo violento de las olas y húmedo del hálito salobre.

Ante los ojos y el silencio absorbente del adolescente, la mujer enlutada adquiría un extraño prestigio simbólico. Su voz pintaba toscas estampas marineras que deslumbraban ó enardecían al agrícola; narraba historias de galernas y de naufragios; cantaba tonadas del Norte donde parecía sentirse crujidos de velámenes y manso acuneo de la lluvia.

La lavandera enlutada á la orilla del río manso, cogido entre montañas, se cambiaba en la clara silueta femenina que avizoraba el retorno de las barcas cuando los días serenos, sentada en un ribazo. Las ondas acudían blandamente, con cierta voluptuosa languidez, á desflecar sobre las rocas. Nubes lentas, blancas y aisladas bogaban en la tersura celeste. Humos de hogar ascendían rectos en el aire apaciguado. Voces humanas sonaban alegres en el sosiego vespéral.

Poco á poco, detrás de ella se iban agrupando la gente habitual de los atardecidos. Otras mujeres, con los cestos que había de llenar la movable argentería y la sangre negruzca de los pescados; los viejos inválidos por los años y por el reuma; los rapaces que brincaban lanzando al aire las gorras cuando la bahía empieza á llenarse de barcos cuyos palos se desnudan de las velas ocrosas con un brusco ruido de telones que caen.

Y la veía también, trágica é implorante, cuando los vepeculos tempestuosos, desflecando las cortinas frías y tupidas de la lluvia en la semipenumbra de la noche precoz, entre el revuelo fatídico de las gaviotas acuciadas por el ansia de refugiarse en el puerto...

Mujeres enlutadas también en torno suyo, levantando los brazos y dando á los silbidos del viento pedazos de oraciones y de blasfemias rotas, ó atrayendo contra los negros viejos, verduzcos, de sus ropas, que huelen á alquitrán, á pescado y á sudor, contra sus pobres cuerpos y los muslos flacos ó hinchados por el artritis-mo, á los hijos.

—¡Si las oyeras, muchacho! «Tú no saldrás á la mar, rapaz!»—gritan! «Antes mueras en mis brazos». Y luego, cuando empiezan á ser hombres, se los dan también al mar y les recosen los calzones de hule y los chubasqueros y les calientan el desayuno para las partidas cuando todavía es de noche, y vosotros, las gentes de tierra, aún no os habéis levantado para la tarea sin peligro de labrar los campos...

—¿Y te gustaba sufrir así?—pregunta el muchacho.

—No sé si me gustaba ó no. Pero lo prefería á este sentirse envejecer sin vivir. Se sufría, se enloquecía, pero era, ¿cómo te diré yo?, como si cada una de nosotras las que esperábamos á nuestro hombre y al mismo tiempo á los hombres de todas metidos en igual peligro, fuésemos algo más que una simple campesina ó lo que soy ahora, una lavandera arrodillada ante la ropa sucia de gentes á quienes odio y á quienes desprecio...

Añoraba con rara plasticidad el sobresalto del pueblo vaciándose y acudiendo á engrosar la muchedumbre gesticulante y plañidera rozada por alas y chirridos de gaviotas y salpicadas de espumarajos salados. Reveía y hacía ver al que la escuchaba la ceguera del poblado donde nadie quedaba para encender el hogar y la lámpara las pupilas rápidas y sucesivas que se le abrían otros días tranquilos. La formas torpes, pesadas, de los viejos que muerden sus pipas y miden con sus pies hinchados las piedras resbaladizas de las escolleras, los maderos podridos y crujientes

de los muelles, mientras se avergüenzan de no servir ya, de no estar con los otros hombres en peligro, desarboladas las naves, entre el huracán y los arrecifes...

Y crispando su mano en el brazo del hombre, señalaba alucinada por el recuerdo, cómo el camino de luz del faro fulgía más que nunca y más que nunca parecía fijar desparramarse sobre las ondas de betún hirviente y de alabastros líquidos, cual si escalara en las aguas convulsionadas para pescar á los hombres pescadores de peces.

—Y cuando les recobrábamos, al fin, cuando llorábamos y reíamos al mismo tiempo sintiéndonos contra nuestro cuerpo, secándonos á besos la cara y mojándonos del agua que todavía no les quería soltar del todo, ¡qué orgullo sentíamos, muchacho, de ser sus hembras!... Yo no sé lo que sentirá la mujer ó la madre del soldado cuando lo recobra después de la guerra. Pero no puede sentirse tan orgullosa como yo entonces...

El muchacho callaba, respetaba inconscientemente aquella exaltación que le avergonzaba un poco. Pero no envidiaba la suerte de los maridos, sino al imaginarse el abrazo frenético que haría vibrar por entero á la mujer enloquecida de una larga desesperación y una súbita alegría.

Ella había cerrado los ojos, partiendo con las pestañas sus lágrimas. Apretaba los labios tanto que se decoloraban. Y sus manos sobre el regazo se restregaban unas contra otras.

El muchacho adivinó que algo más trágico aún resurgía entonces en su memoria: la espera inútil, la vez en que el mar no soltó su presa.

Un gran silencio entre ellos consintió oír el rumor del agua yéndose por entre las guijas redondas del río. Enfrente, arbolillos nuevos y esbeltos recién plantados se estremecían por un vientecillo mansurrón. Poco á poco el rostro de la mujer se serenaba. La boca se entreabría y recobraban los labios su color al florecer de nuevo en una sonrisa.

—Una vez la barca de mi Juan triunfó sobre todas en las regatas. ¿No sabes lo que son unas regatas? Es jugar los hombres con el mar en vez de luchar con él...

Explicaba la fiesta que colmaba de gente gozosa los muelles y las escolleras y los malecones; el avance recto de las traineras con su aleteo rápido de los remos unánimes y el eúrímico movimiento de los torsos, del enorme alacrán de cuerpo obscuro, de patas de color de la carne morena por el sol y el mar.

Los remeros se curvan hacia delante, se acuestan casi rígidos, tensos de músculos, hacia atrás. Reverencian y se ofrendan á las fuerzas divinas de la luz y del viento. Es para ellos delicioso recreo lo que se aprendió en las jornadas sin público ni recompensa, de galerna. Dentro de las lanchas nuevas ó recién pintadas, vestidos de fiesta, y los remos relucientes del agua tranquilizada por el cautiverio del puerto, no piensan si no en este placer de saberse contemplados y de dar á su torso el ademán clásico y á sus brazos el certero ritmo que se aprendía de una generación á otra. Luego, al lograr la meta alzaban los remos perlados de Cantábrico como si también ellos sudaran por la hazaña y como si fuesen los tridentes de las milicias neptunianas surgidas á flor de agua.

Y la mujer, al evocarlo, levantó sus brazos y su cabeza, que sonreía.

El adolescente exclamó entusiasmado:

—¡¡Eso sí me gustaría!!!

Y como este relato fué ya cuando entre uno y otro iba creciendo la necesidad de sentirse juntos, ella puso la mano en la testa greñuda del mozo:

—¿Y por qué no intentarlo?

Acercaba á él su cabeza. Se le había enronquecido la voz. Sus pupilas azules tenían un brillo febril.

—Mírame. Así, cara á cara.

Las niñas color de granos de café no se atrevían á sostener el imperioso, el sirenaico encanto de los berilos vivos.

—Yo no seré nunca de ningún hombre más que de un marino. Esta tierra de mis muertos me da asco. Estas montañas me asfixian. ¿Me comprendes?

El muchacho temblaba bajo la zarpa y bajo la mirada ardiente.

—Sí... Creo comprenderte... Espera al menos que termine la sementera.

Aflojó la mano que agarraba las greñas del mozo; separó su rostro. Y en un suspiro dijo:

—Bien. Esperemos que termine la sementera.

•••••

Y aún solicitó él nuevos plazos sometidos á las épocas de cada faena agrícola. Y la mujer accedía luchando con el miedo á perderle y el deseo de huir. Había algo de maternal en su condescendencia y de diabólico en su tentación.

—¿Qué te importa ya todo esto si no has de volver más á ello?

Pero el campesino luchaba también con el ansia de no perderla y el deseo de permanecer apegado al terruño.

—¿Y qué prisa tenemos?

Ella se inclinaba sobre la ropa de los demás y la retorció, la golpeaba. Salpicones de agua sucia jabonosa humedecían su rostro, y ella sentía como la afrenta de un escupitajo.

—Di. ¿Qué prisa tenemos? Podemos esperar al verano ó al otoño—suplicaba el mozo.

—Tú, sí. Yo no puedo esperar. Se me va la vida, muchacho, mientras que tú apenas empezaste á gastarla. Tengo miedo de envejecer allí demasiado pronto. El mar es más cruel para las mujeres, aunque no las mate.

El reía con el gozo egoísta de su juventud. Aprovechó artero el momento.

—Entonces quedémonos aquí. La tierra no es tan cruel. Ya ves mi madre. Parece tan joven como tú...

Ella no contestó. Silenciosamente recogió la ropa, retiró de las piedras de la orilla el cajón, llenó el cesto, y cuando todo estuvo dispuesto al retorno al pueblo, preguntó al muchacho:

—¿Vamos?

—¿Pero qué te pasa? ¿Por qué no me hablas? ¿Estás incomodada conmigo?

—No, muchacho, no...

—Es que comprende no puedo dejar á mis padres así, cuando todavía falta lo más importante de las faenas. Tengo que prepararles poco á poco, buscar un sustituto. Esta tierra era de mis abuelos también. Yo estoy dispuesto á dejarla...

Ella, con su canasto de ropa sobre la cabeza, como en su vida anterior el cesto de pescado, tenía la arrogancia matronil de una cariatide. Erguida, fuerte y armónica, iba junto al adolescente un poco bajo y rechoncho que había de levantar la cara para mirarla.

—Sí... Tienes razón... Claro...

Confusamente empezaba á comprender que era un buen sueño pronto á desvanecerse la aventura imaginada posible. Se daba cuenta de que partiría, de que debía partir sin él.

No de otro modo las olas alcanzan un límite de conquista á la tierra que no pueden traspasar ni conservar. Imaginan vencerla, dominarla, arrastrarla hacia sus propias entrañas, y, sin embargo, la tierra permanece quieta y segura de sí misma y las olas retroceden con su lamento elegiaco á la soledad infinita y profunda del mar donde nacen y mueren.

—Y, sin embargo..., si tú quieres..., yo estoy dispuesto á dejarlo todo en seguida...

¿Cuán lejos sonaba en su alma aquella voz tan próxima!

—No, muchacho; esperaremos...

Y por primera vez, la mano de él, posándose en su brazo, no la quemó de deseo ni la conmovió de ternura. Aquella mano que había pensado pudiese cambiar la manera por el timón.

Llegaban al sitio donde cada noche se separaban.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, muchacho.

Pero no se vieron más.

Y en las besanas del otoño siguiente, el mozo creía ver, honda y negra, la estela azul que el amor dejó en su corazón, con más perdurable huella que la de un navío en el agua...

José FRANCES

(Ilustraciones de Tejada)

EN EL CENTENARIO DE UN GLORIOSO ARTISTA

FRANZ SCHUBERT

EL 31 de Enero de 1797, en el mismo mes que Mozart, nace Franz Schubert. Median cuatro días de diferencia, cuarenta y un años después. Es significativo que Enero sirva de pórtico á dos vidas tan relacionadas artística y humanamente.

Ambos son austriacos. De abrumadora capacidad creadora. Poseen, desde niños, bellas voces que les permiten cantar sus partituras. La vena melódica del uno y la del otro es clara, rica, cordial. Mozart es á manera de prelude de Beethoven; Schubert, á modo de postludio. Si el primero cultiva todos los géneros musicales hasta entonces conocidos—religiosos y profanos, líricos y dramáticos—, el segundo no hace menos. Si Mozart halla aficionados artísticos en su familia, su padre, Leopoldo, y Ana María, su hermana—violinista aquél, pianista ella—, Schubert se encuentra con un progenitor que frecuenta el violoncelo y con dos hermanos que gustan del violín. Mozart muere á los treinta y cinco años; Schubert, á los treinta y uno...

¿Qué les diferencia?

Entre otras, dos realidades categóricas. La vida de Mozart está cruzada de caminos que conducen fuera y lejos de su patria. La de Schubert transcurre, casi totalmente, en Viena y sus alrededores. De aquí, tal vez, el que—según escribe Henri de Curzón—ninguna personalidad artística puede considerarse como menos desprendida del suelo natal, ni aun Mussorgsky. Mozart conoce, en sus andanzas por tierras exóticas, á ilustres maestros, á célebres varones, á damas de óptima alcurnia; llega hasta el Vaticano y le acogen los palacios reales. Schubert esquiva los círculos aristocráticos. Es humilde; la más pura modestia encuadra su vida. Prefiere el trato de gentes sencillas, de amigos-poetas á quienes habla sin guardarse el corazón. Deambula, con espíritu bohemio, por la ciudad nativa cuyas tabernas le conocen; escribe todo un grupo de canciones sobre las mesas de los cafés populares, en cuartillas que él mismo raya; enamórase, más de ensueño que de palabras, de las mozas alegres y joviales, y lleva siempre en el alma—junto á una melodía infinita—una pasión recoleta y penosa que jamás hallará compañera. Por eso escribe en su apunte titulado *Mi sueño*: «Durante muchos años entoné *lieder*. Pero si trataba de cantar el amor, no conseguía sino expresar el dolor; y si quería cantar el dolor, se transformaba en amor. El amor y el dolor se repartían de esta manera mi alma.»

Busquemos otra diferencia, de índole artística, ahora.

El más rico don de Mozart es el dramático; el más fecundo de Schubert, el lírico. Así, Mozart, en quien concurren, como en ningún otro músico, el genio sinfónico junto al de cámara y al de la ópera, logra un *Don Juan* y *Le Nozze di Figaro*, mientras Schubert no alcanza su mejor momento en *Der Hausliche Krieg*, ni en *Rosamunde*, sino en *Who is Sylvia?*, en *Hark! Hark the Lark* (ambas inspiradas en Shakespeare); en *Lied aus Mignon* (inspirada en Goethe); en *Am Meer*, en *Du Bist die Ruh*, en *Gretchen am Spinnrade*; canciones todas que, por su encantadora espontaneidad, por su amoroso colorido y por su noble aliento romántico, así como por el carác-



FRANZ SCHUBERT

ter de pequeña sinfonía que caracteriza su acompañamiento, representan lo más personal del «padre del lied».

Schubert—con intuición poética desconocida hasta entonces, y como si tocara con una varita mágica en una fuente ignorada que poseyera la voz pristina del pueblo—crea la canción de arte. Ya Haydn, Mozart y Beethoven habían compuesto canciones. Pero la canción no fué para el triunvirato sinfónico lo que para Schubert: valor principal de su obra, óptima expresión de su espíritu, aunque en otros géneros—tal su Sinfonía en Do mayor, su maravilloso Cuarteto en Re menor y su «Canto de los Espíritus sobre las aguas»—consiguiera alientos inmortales. Schumann decía—y no exageraba—que Schubert hubiera podido poner música á un anuncio de valla. ¿Qué magia, qué sensibilidad para sorprender calidades artísticas en poemas incompatibles, al parecer, con toda idea musical... No en vano le llamó Listz, con palabras francesas, *le musicien le plus poetique*.

Su facilidad creadora sólo tiene rival en la de Mozart. Puédesele comparar, sin hipérbole, con un ruiseñor que, cantando momento á momento, crea sin esfuerzo, por júbilo de cantar, una melodía para cada vuelo. Jamás supo de torturas

en la concepción artística; y si de algunas de sus obras se hallaron hasta tres versiones distintas, se debe más á riqueza imaginativa que á rectificación y depuración de autocrítico. En cierta ocasión, un amigo le muestra un cuadernillo de Beethoven: motivos tras motivos, ideas en pugna, anotaciones contradictorias de temperamento agobiado de dudas; temas, en fin, pacientemente elaborados. Y Schubert comenta: «Si el componer es trabajo tan penoso, yo no quiero componer.»

Tal parece que componía *sin querer*: como si obedeciera á su inspiración, en vez de mandar en ella. El doctor Hugo Riemann dice que difícilmente podrían los poetas escribir sus poemas con la rapidez que Schubert los musicalizaba. Y Daniel Gregory Masón afirma en su obra *The Romantic Composers*: «Comparada con la pluma de Schubert, la lámpara de Aladino parece una pobre cosa».

Esa misma facilidad ciñe los límites de su obra. No siempre puede vencer horizontes difíciles; y á veces, cuando el vuelo es desalado, no sabe cómo detenerse, y llega á paisajes que cansan por su extensión ó disgustan por su melosidad. Entre los músicos inmortales, Schubert ha sido, con Mussorgsky, el más ignorante de su técnica. Así lo sabía él, y proyectaba, tres meses antes de su muerte, recibir lecciones del maestro Sechter, experto contrapuntista. Por lo mismo, su intuición, sin frenos que la detuvieran ni ciencia que la amedrentara, le llevó á concebir avanzadas combinaciones contrapuntales, sucesiones privativas de acordes y, sobre todo, originalísimas modulaciones, precursoras de Schumann, de Chopin y hasta de Debussy, hijas de un genio impulsivo y de un poder observador muy agudo de cuantas obras giraban cerca de la suya. Gracias á ello, puede hacer una partitura como la Sinfonía incompleta, escrita á los veinticinco años, que por su belleza, ya que no por su arquitectura, puede lucir y perdurar junto á las mejores de Beethoven. ¿Y qué decir de las sonatas en *la menor* y *si bemol*, del *ya mencionado cuarteto* y del *quinteto en do?*...

Si Dios infundió al espíritu de Franz divinos soplos de eternidad, la Naturaleza se negó á su arcilla de fealdad casi grotesca. Teodoro Wysewa compara el rostro del creador de los momentos musicales con el de un maestro de escuelas de opereta, mezcla muy cómica de inocencia pueril y de solemnidad.

Dos amores ilusionaron su vida melancólicamente: Teresa Grab y la condesita Carolina, hija de los príncipes de Estherary. Sobre todo, á la imposibilidad del último, silencioso y platónico por la distancia social que de ella le separaba, se debe mucho de los más bellos entre los seiscientos *lieder* schubertianos.

El 19 de Noviembre de 1828—hace ya cien años—falleció, después de prolongada agonía, no sin antes rogar á su hermano Fernando que le enterrara junto á su ídolo: Luis van Beethoven. Su voluntad fué cumplida.

La obra del pobre músico vienés no cede al polvo del Tiempo. Por encima de sombras y de silencios se levanta su luz y se escucha su canción, siempre nueva, apasionadamente ingenua é inmortal.



Casa donde nació, en Viena, Franz Schubert, en el año 1797

José A. BALSEIRO



VIÑETAS BÍBLICAS

LA REINA CRUEL

Fuiste—Athalia—perversa con maldad refinada;
te hizo usurpar el trono tu insaciable ambición;
en tus manos el cetro fué daga emponzoñada
que blandías, terrible, para herir á traición.

Como madre y esposa, tu túnica sagrada
convertiste en harapo de indecible baldón,
y, borracha de crímenes y de sangre empapada,
te chupaba una víbora el voraz corazón.

A Jorám inculcaste tu feroz tiranía,
y arrastraste á los pueblos bajo la idolatría,
levantándole altares mentirosos á Baal.

La impiedad fué tu aliento; la venganza, tu gloria;
la realeza del trono convertiste en escoria
y reinaste en tus reinos como espectro del Mal.

(Dibujo de Bujados)

Entretanto, Judá, que callaba oprimida,
fué forjando en silencio, con paciencia y virtud,
la vengadora espada que te arrancó la vida
y devolvió á los pueblos la paz y la salud.

Proclamando otro rey, de gozo enloquecida,
entre himnos y vítores se alzó la multitud;
y luego, del furor más ciego poseída,
sobre tu cuerpo misero cayó como un alud...

Y sucumbiste al filo de la espada afilada
por ti misma, en tus días de obra desenfadada,
cuando estaba en tus manos el libro de la Ley;

arrastraron tu cuerpo durante largo espacio,
y te dieron la muerte en tu propio palacio,
en los mismos umbrales de la casa del rey.

J. ORTIZ DE PINEDO

DESPUÉS de la revolución rusa y de la instauración del régimen soviético, no ha podido restablecerse, á pesar de los esfuerzos hechos, la esplendidez de la antigua y famosa feria de Nijni Novgorod, que servía de punto de enlace á las relaciones comerciales del Oriente y del Occidente. La fama no provenía sólo de la cuantía de las transacciones mercantiles, sino también del desenfreno en los vicios, proverbial en un tiempo. Ya hace años, á este propósito, escribía Melchor de Vogué—el escritor francés que mejor conocía las cosas de Rusia y el primero que dió á conocer en Francia á los maestros de la novela rusa—lo siguiente: «Es ahí donde se puede estudiar lo que hay de más abyecto en la miseria y en el vicio, y al mismo tiempo hacerse idea de todas las locuras que la extrema riqueza puede inspirar á un cerebro desequilibrado. Es allí donde en pocas semanas un comerciante rico bebe más champagne que una capital provinciana de Francia consume en un año, y disipa una de esas fortunas que en el mismo París se ve raramente derrochar en tan poco tiempo. Los grandes negociantes parecen atacados de vértigo. Cuando el año es bueno, todo es, en ellos, fuera de medida: sus donativos, sus liberalidades, su piedad fastuosa. Con frecuencia ellos se arruinan construyendo una iglesia á San Macario, patrón de la feria.»

Pero, al lado de tanto derroche de riqueza, ¡cuánta miseria! La revelan los mendigos que entonan sus salmodias quejumbrosas al ponerse el sol. Se descubre en aquellas campesinas, con traje pintoresco, pero con señales de viejas hambres en los rostros marchitos. Y en la resignación de los pobres ambulantes que venden el te barato ó el aguardiente á una clientela de mujics, que no es, ciertamente, la que consume el champagne en los restaurants lujosos. Y son los cargadores del Volga, los marineros del gran río, el «río madre»—*Matuschka Volga*, como lo llaman los rusos—que cantan esa melancólica canción de sirga, que hemos escuchado muchas veces, conmovidos, á las Compañías de faranduleros rusos de paso en nuestros escenarios, canción doliente, henchida de una tristeza y de una fatiga infinitas.

El campo de la feria ha sido siempre el terreno, en triángulo, que queda en la confluencia de los dos ríos: el Volga, por donde llegan las mer-

pecto secamente mercantil. Nada de concesión al arte; todo por entero al negocio. Un conjunto de tiendas, iguales y monótonas.

La curiosidad la despiertan principalmente los mercaderes. Estos son de diversas nacionalidades, y ofrecen la indumentaria y el tipo de raza más variados. Ya es el chino, con su larga coleta á la espalda, vestido de seda brillante, con sus ojos oblicuos y sus pequeñas manos aristocráticas, casi femeninas; ya es el persa, cuya amplia pupila parece llenar todo el ojo y mirar vivaz y á la vez soñolienta; ora el turco, con su fez encarnado en la cabeza, con aires de indolencia, pero considerado como el rey de los mercaderes; ora la gente de Bukhara, con sus armas al cinto, como bandidos de leyenda. También los tártaros, de faz siniestra, como si recordaran sus antepasados los que comían la carne cruda y bebían la sangre todavía caliente, y los indostánicos, de rostro como de bronce fundido y en él cierta expresión de un atavismo milenar.

Las mercaderías, viniendo de todas partes, son de muchas clases y de distinta valía: pedrerías de los Montes Urales, pieles de Siberia, bordados del Cáucaso, sedas de China, porcelanas del Japón, alfombras de Persia y de Esmirna, cobres de la India, muebles de Siam, bandejas cinceladas de Damasco, te de Ceylan, marfiles de la Corea, corales de Arcángel. Y además, al alcance de la pobretería supersticiosa, talismanes misteriosos para curar toda clase de enfermedades y además iconos—aparte los suntuosos con oros rutilantes, para los ricos—que sirven para adornar la isba pobre de los campesinos, con alma profundamente religiosa de místicos eslavos.

Todo el Oriente parece venir, por unos días, á encerrarse en ese campo de la feria; el Oriente, con todos sus esplendores, sus fanatismos y su miseria. Pero también el Occidente lleva allá el tumulto de su vida de glotonería y de disipación. Junto al café tártaro se establece la cervecería alemana, y al lado del bar estilo norteamericano el cabaret genuinamente parisién. Conciertos, bailes, funciones teatrales, todo el cosmopolitismo abigarrado que tiende sus redes por el mundo, se asienta por unas semanas á orillas del Volga, en la ciudad famosa por su famosa feria, que por entonces, dada la confusión de razas, de trajes y de lenguas, semeja una Babel resucitada.

ANGEL GUERRA



Una campesina

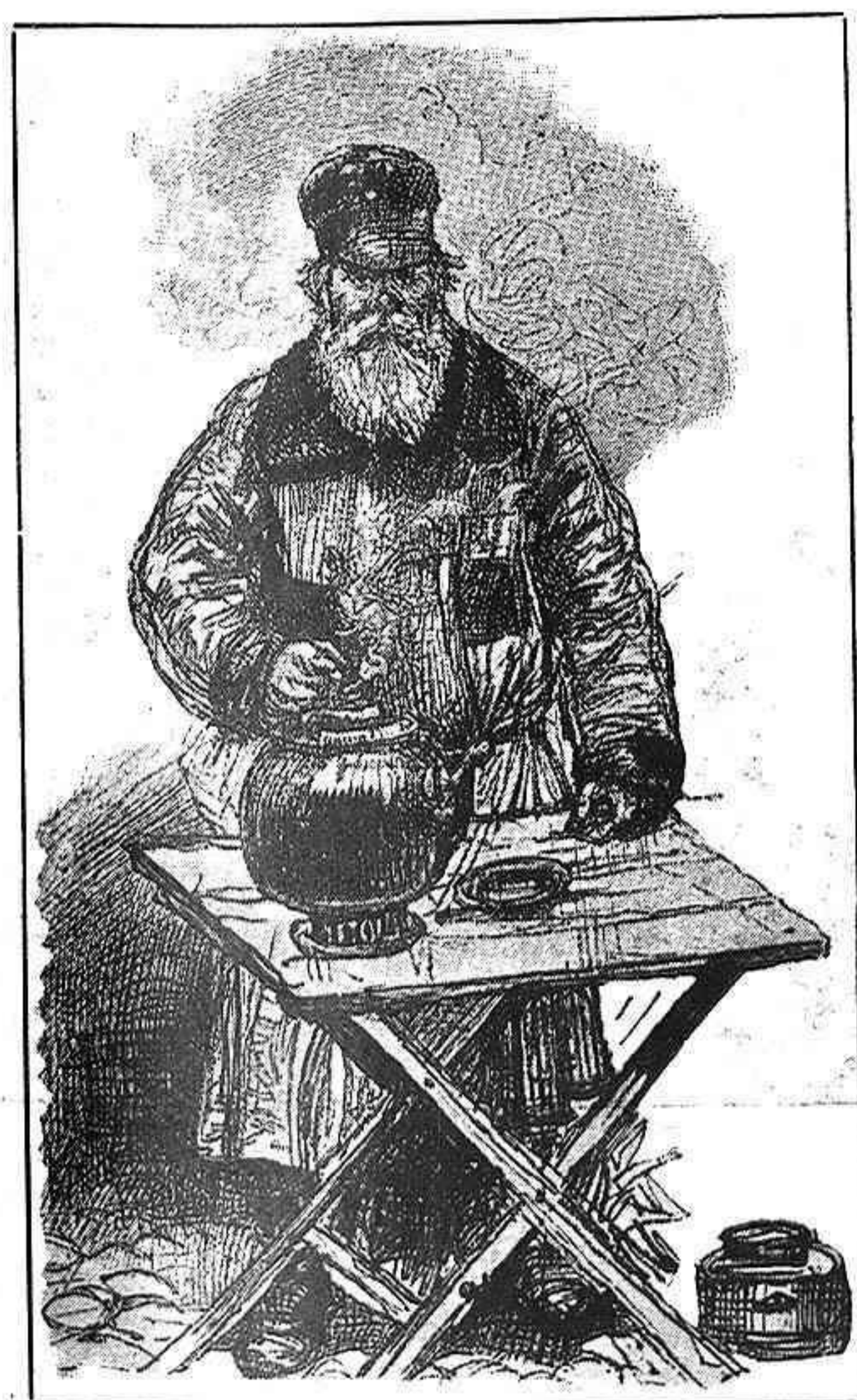
caderías asiáticas, y el Oka, por donde vienen las riquezas desde orillas del mar Caspio. De un lado, en el Volga, el bullicio de la vida marinera, y en la orilla, y al centro, y en la margen opuesta del río, hileras de buques con su laberinto de mástiles. Buques con proas anchas y cuadradas, almadías hechas con maderos, vapores con sus chimeneas humeantes, barcazas del más sorprendente perfil. Es como una ciu-



Un icono

dad flotante dentro del río, una especie de Venecia, con mucha vida y mucha vistosidad, pero sin elegancia y sin encanto. Y del otro lado, sirviendo como de base á la franja de horizonte, apenas sinuoso, enormemente monótono, poniendo manchas blancas sobre un paisaje rojo, perdiéndose á lo lejos y en lo alto, el caserío de la ciudad, con sus casas espaciadas y regulares, al centro la catedral ortodoxa, el campanario de la iglesia armenia y la cúpula de la mezquita tártara.

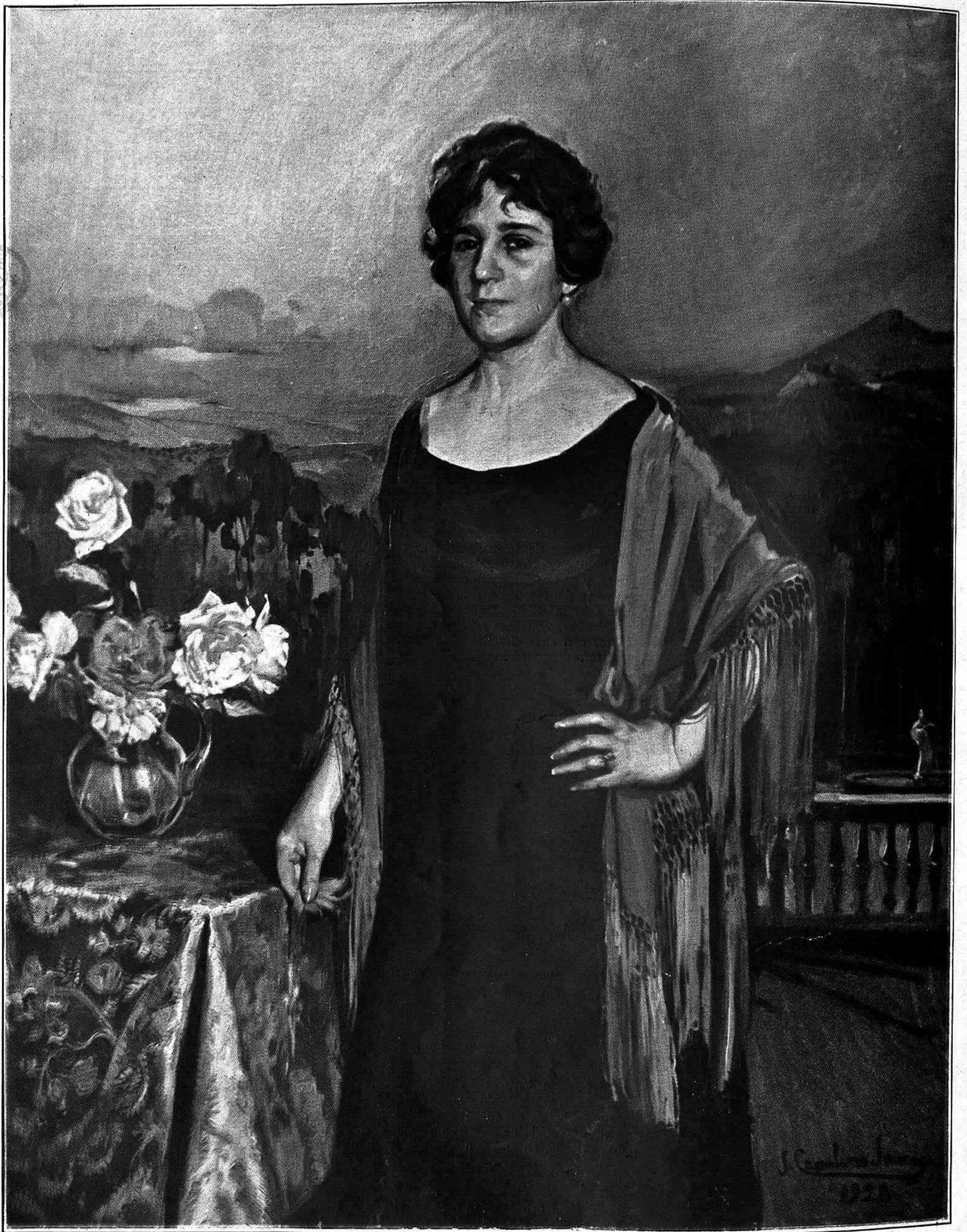
En el campo de la feria, ó bazar á la manera oriental, que es una especie de colmena en actividad, se puede entrar por múltiples calles, todas perpendiculares á la margen del Oka. Esas calles, aunque consagradas á diferentes comercios—como ocurre en los países orientales y nosotros, por ejemplo, hemos visto en Tetuán—, no difieren, ó difieren poco, en el aspecto. Un as-



Un vendedor de te



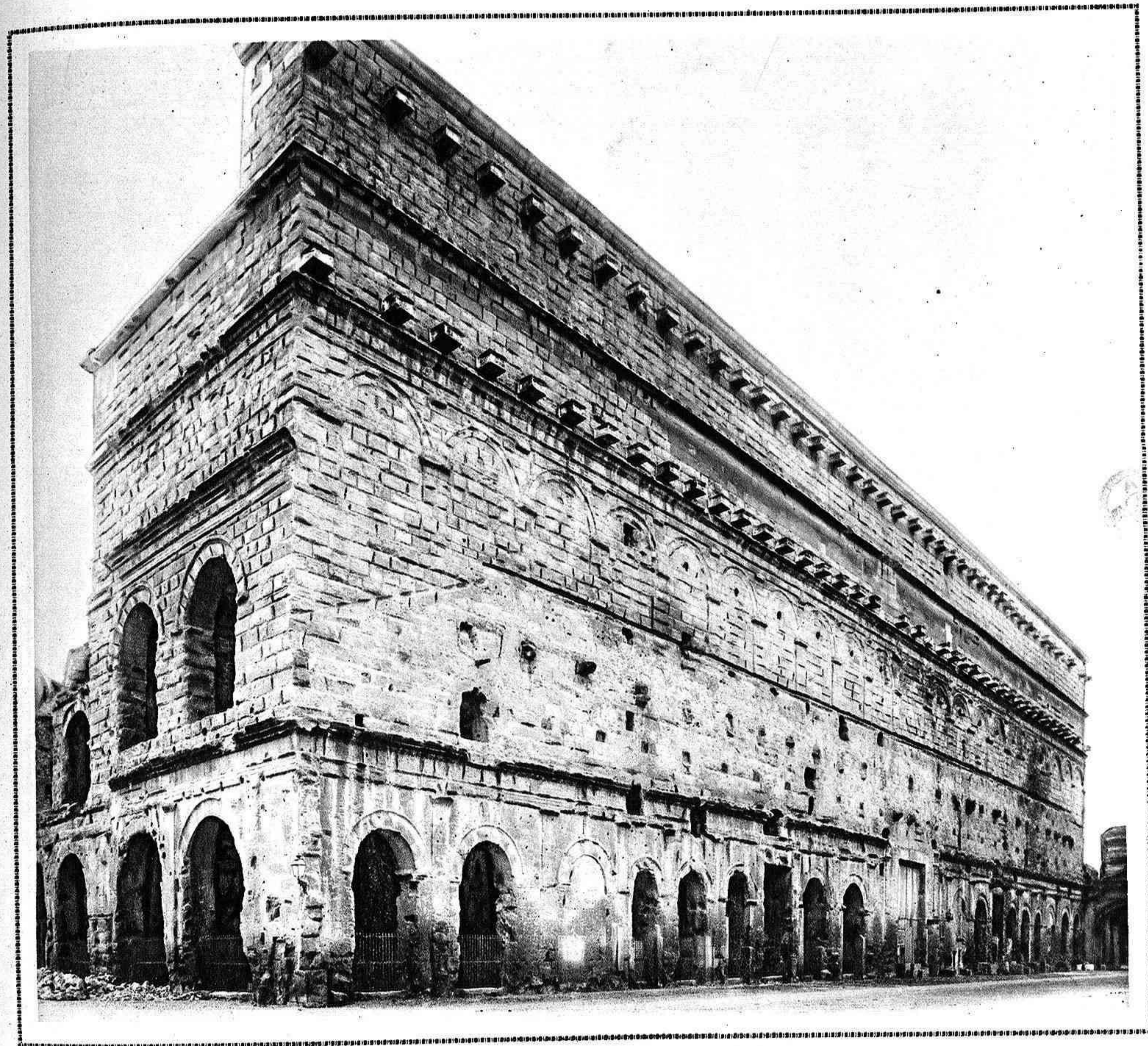
Un mendigo



«Retrato de doña Amalia García de Prados»,
cuadro original de Joaquín Capulino Jáuregui

CÓMO SE DIVERTÍAN EN LA ANTIGÜEDAD

TEATROS, ANFITEATROS Y CIRCOS



Fachada romana del Teatro de Orange

CIRCO, Anfiteatro, Teatro antiguo: he aquí tres denominaciones que el vulgo suele tomar como sinónimos, y para los arqueólogos tienen significaciones muy distintas y correspondientes a épocas diversas de la historia de las diversiones humanas. Puede decirse, con verdad, que corresponden a civilizaciones diferentes.

De las tres, la más noble es, evidentemente, la que hemos dado en tercer lugar: el teatro; el circo corresponde a diversiones menos elevadas, bárbaras podríamos decir, si fuera posible excluir las carreras, puramente deportivas, de los espectáculos que en ellos se dieron: el circo, fundamentalmente romano, fué una copia, con destino análogo, del hipódromo griego; el anfiteatro, en cuanto a su destino, fué como un intermedio entre el teatro y el circo: en él se daban ya verdaderas representaciones de asuntos mitológicos, á veces con decorados y maquinarias que parecen anticipación exacta de las actuales no era el teatro, pero era algo más que el circo. Tenía, como él, arena, y sobre la arena corrió

innumerables veces la sangre ardiente de los luchadores y la sangre generosa de los mártires.

¿Dónde fueron los primeros teatros? Un verdadero teatro, permanente, no le hubo hasta la época de Esquilo; antes, por una evolución natural, había ido determinándose lo que debía ser, y es aún en lo esencial, su forma definitiva. Primitivamente circular, llegó á convertirse en semicircular cuando el aumento del número de interlocutores y la mayor riqueza del juego escénico determinó la necesidad de mayor espacio para ellos. Así llegó á ser el teatro temporal que, con graderías de madera mirando al sur, se alzaba ocasionalmente en la falda de la Acrópolis...; pero uno de aquellos teatros provisionales se hundió ó se incendió, que disienten en esta afirmación los historiadores, y entonces Esquilo, llegado á la perfección de su arte, logró que sus compatriotas alzasen para él, en Atenas, el primer teatro permanente.

Aquel teatro, de que fueron constructores Demócrites y Anaxágoras, tenía ya las tres partes clásicas: el *auditorium*, la *orchestra* y la

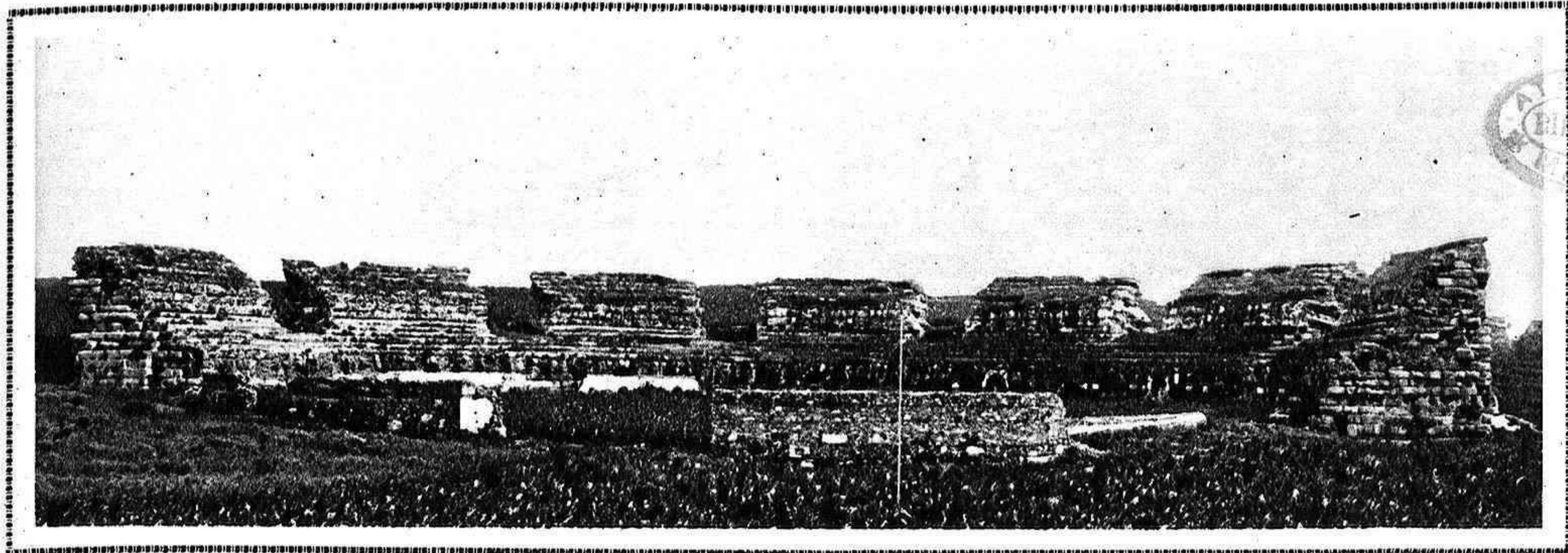
tienda ó barraca, á que los romanos dieron después el nombre definitivo de *scena*. Esta se alzaba ante un muro enorme levantado sobre el diámetro del semicírculo. Esa disposición definitiva, que no fué la de todos los teatros griegos, algunos de los cuales conservaron la primitiva forma circular, más propia de los circos ó de los anfiteatros, fué la adoptada después por los romanos, y es la que, más completa y claramente que en otro alguno, puede verse en el teatro antiguo de Orange.

Este, como otros muchos circos, anfiteatros y teatros, ha perdurado á través de siglos y siglos, y es modernamente el más famoso, porque en él son representadas anualmente obras generalmente trágicas, antiguas y modernas, constituyendo magníficos festivales.

El *auditorium* era el verdadero teatro, según la etimología de la palabra. Estaba formado por graderías, en anfiteatro, separadas las gradas, que formaban semicírculos concéntricos, por amplios corredores, á los que denominaban *precinitions*, y cortadas de arriba á abajo por escale-



Istria.—Detalle del Coliseo Romano



Mérida.—Ruinas del Teatro Romano

ras que convergían hacia el centro y las dividían en compartimientos, en forma de cuña. Era una disposición muy análoga á la de nuestras plazas de toros. Sobre la gradería se alzaba, generalmente, un pórtico cubierto, más alto que la escena, para mejorar las condiciones acústicas del local.

Delante del «teatro», y en la parte inferior, estaba el espacio denominado *orchestra*; era lo propio del teatro primitivo griego: un espacio circular ó próximamente circular, destinado al coro, que en él hacía sus evoluciones y sus danzas. En el centro del círculo, más próximo á la escena que al anfiteatro, cuando el círculo no era completo, se alzaba el altar de Baco, dios á quien primitivamente se habían dedicado las fiestas teatrales. El altar servía para otros usos, y desde él dialogaba, ya queda dicho, el *corifeo* con el coro.

La *escena* propiamente dicha era el muro que se alzaba al fondo, cerrando el ámbito, frente al anfiteatro. Entre ella y la orquesta, ocupando un sector del círculo segregado á ella, había una plataforma elevada á la altura del altar, á la que denominaban *proscenium*; era la parte equivalente á lo que hoy denominamos escena, que lateralmente quedaba cerrada por dos alas avanzadas de la escena sobre el proscenio.

Generalmente, la escena representaba una magnífica fachada con tres grandes puertas y dos cuerpos laterales salientes, con puertas también. La puerta del centro recibía el nombre de *Puerta Real*, y estaba reservada al personaje principal de la tragedia.

A veces, cuando la acción de la obra representada lo requería, el lugar de la acción se representaba por telones pintados, obedeciendo

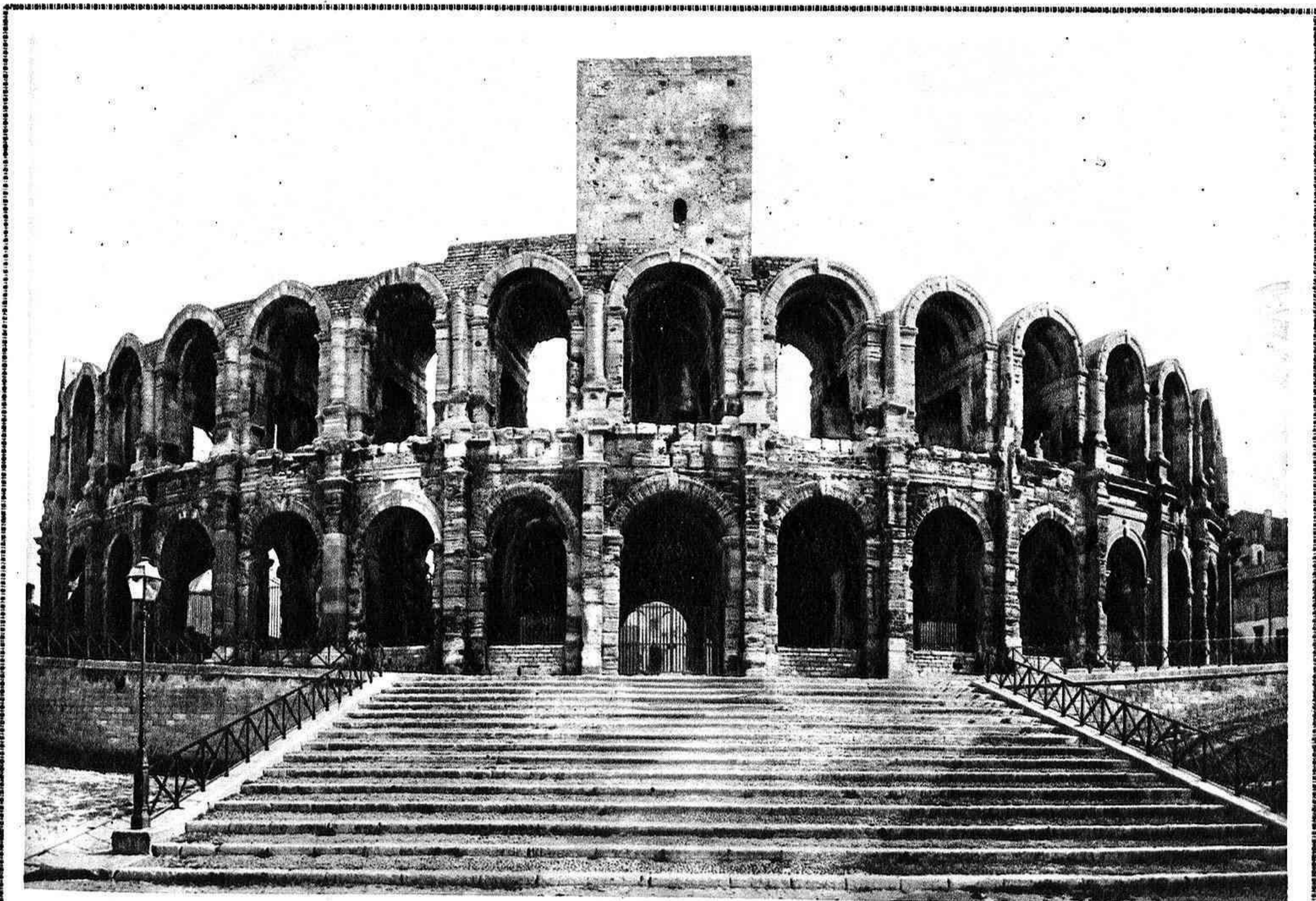
ya á leyes de perspectiva, que cubrían la fachada. Tal ocurría cuando representaban *Pro-meteo*, *Los Persas*, *Edipo*, etc.

Para las tragedias de Eurípides que exigían cambios de escena, había maquinarias complicadas.

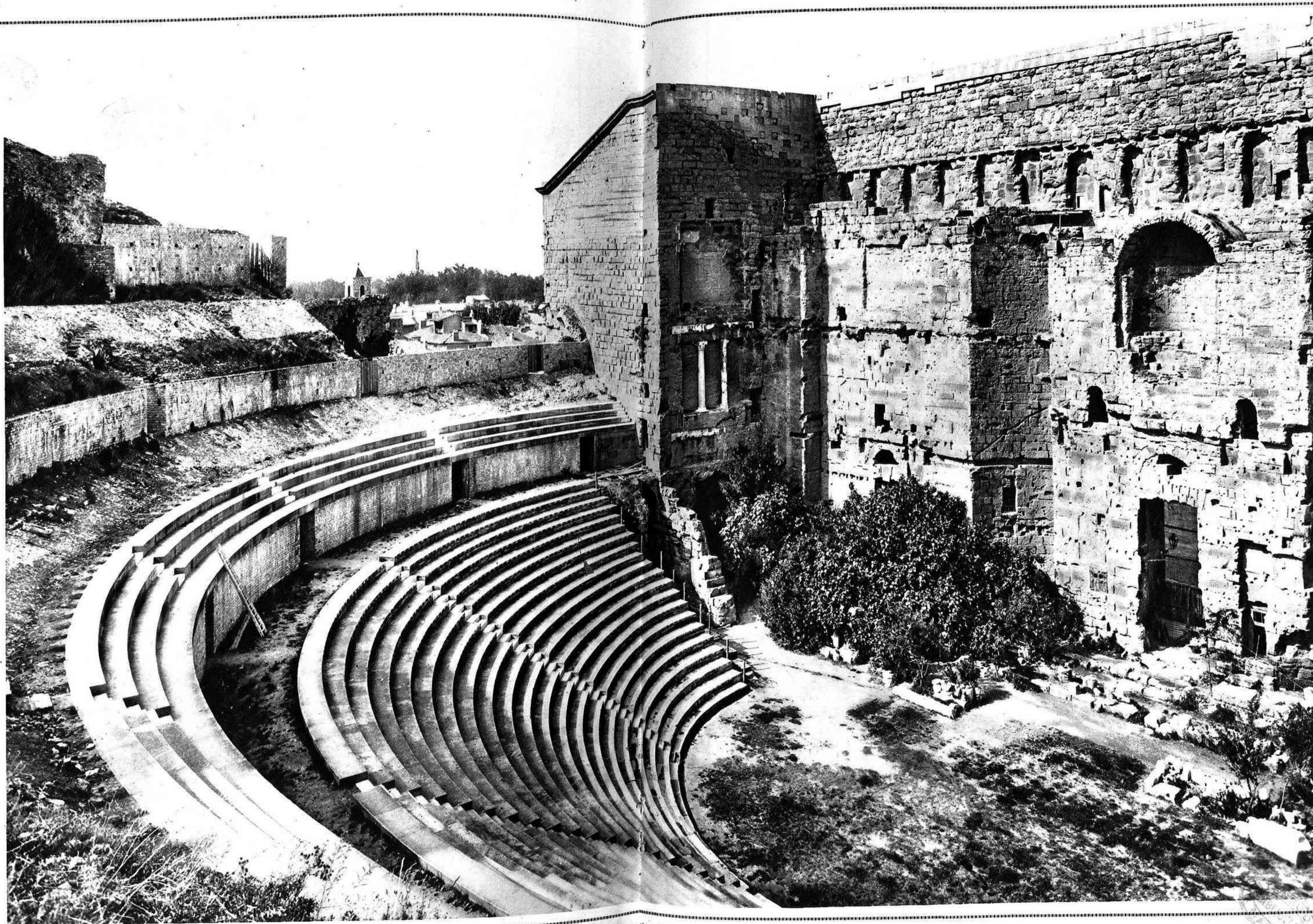
Tres características diferencian los teatros antiguos de los actuales: sus enormes dimensiones, el no estar cubiertos y el no utilizar luz artificial, por la circunstancia anterior y porque las representaciones eran siempre diurnas.



Los anfiteatros, de que uno de los ejemplares mejor conservados es el de Nimes, eran aún mayores que los teatros. Generalmente eran elípticos y algunas veces circulares. La parte central, reservada para el espectáculo, recibía el nombre



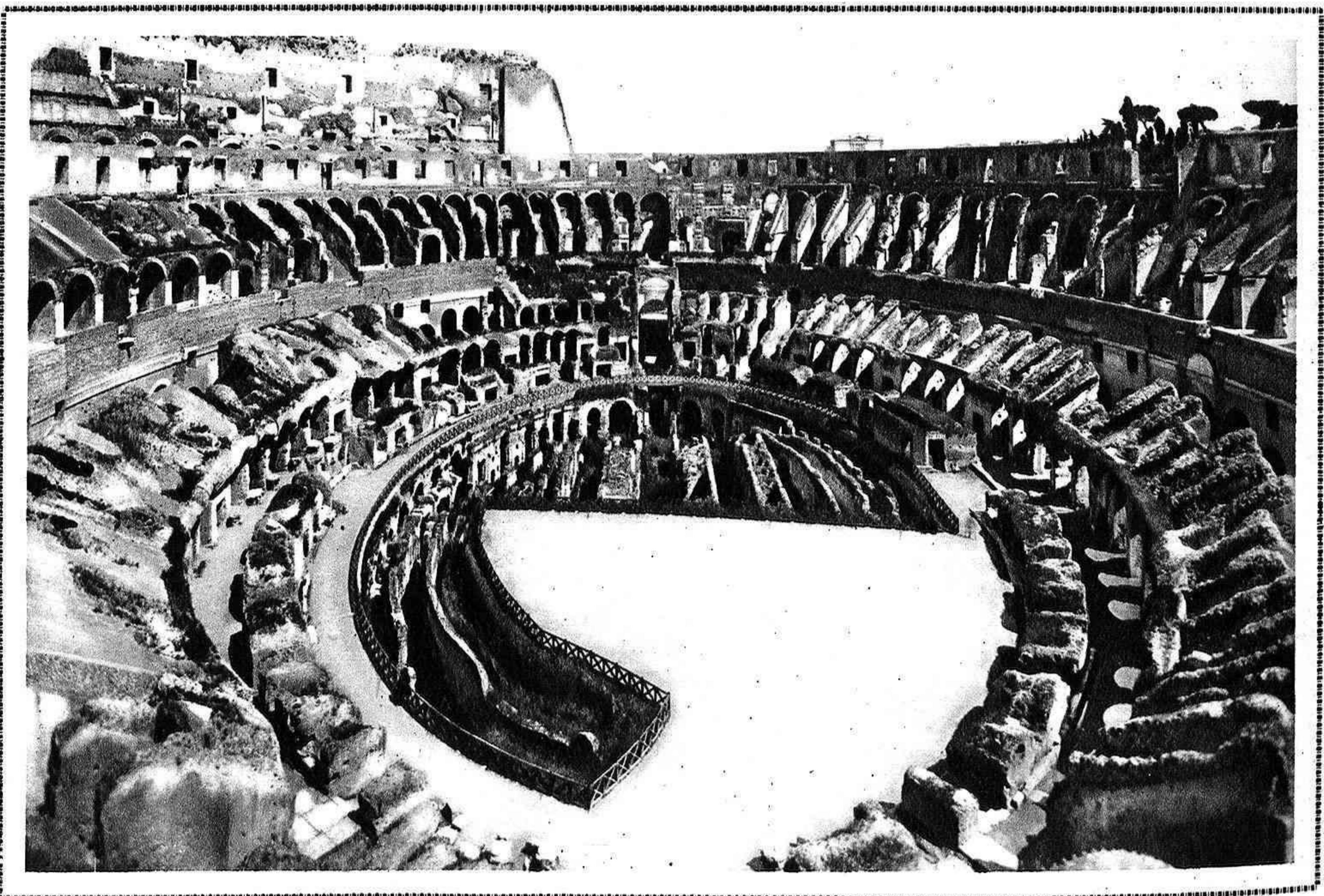
Arlés.—Vista exterior de las Arenas



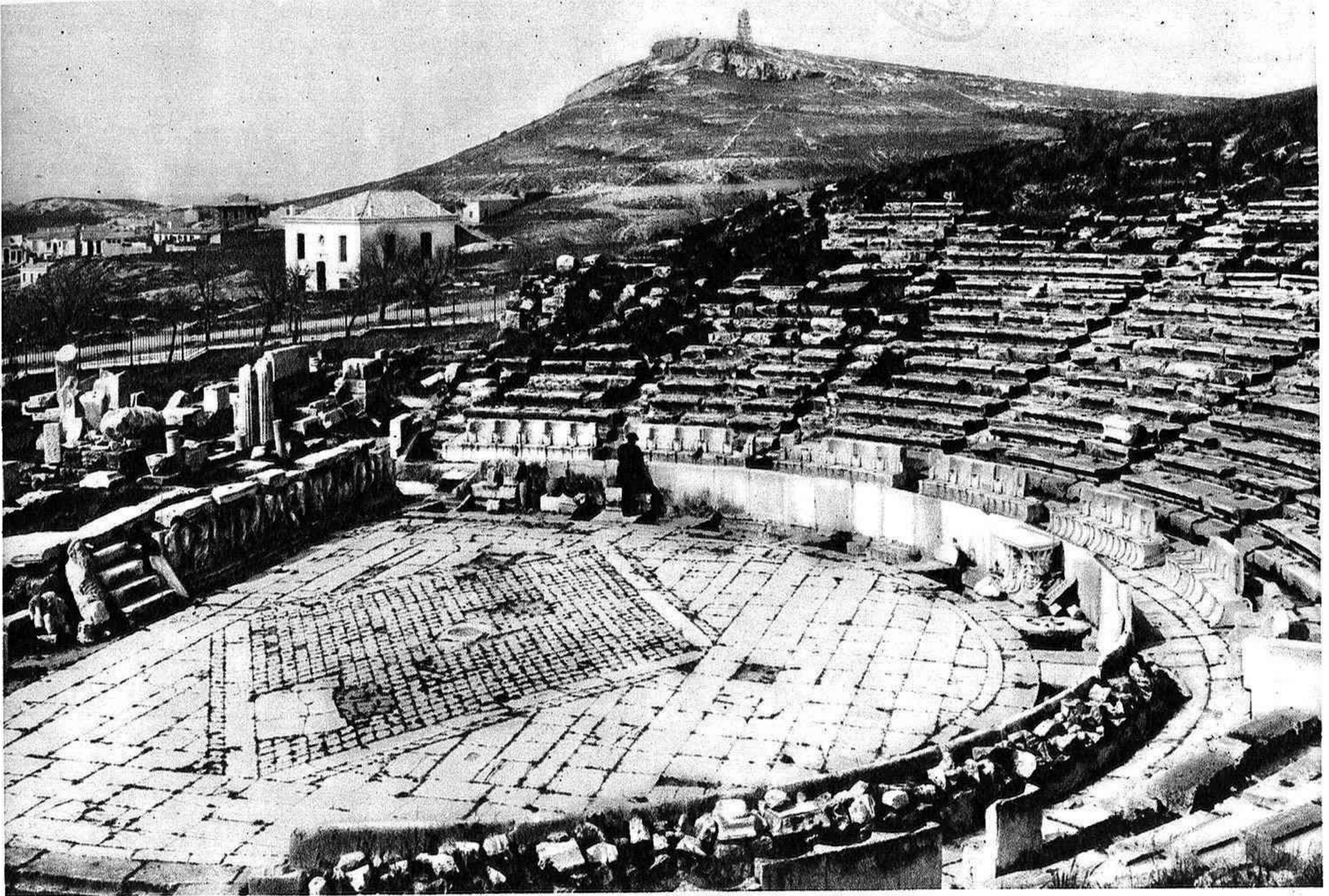
El Teatro antiguo de Orange es, quizá, el que conserva mejor las formas clásicas. Además, es el único que tiene aún vida actual, puesto que en él se verifican anualmente grandes representaciones de tragedias antiguas y modernas.



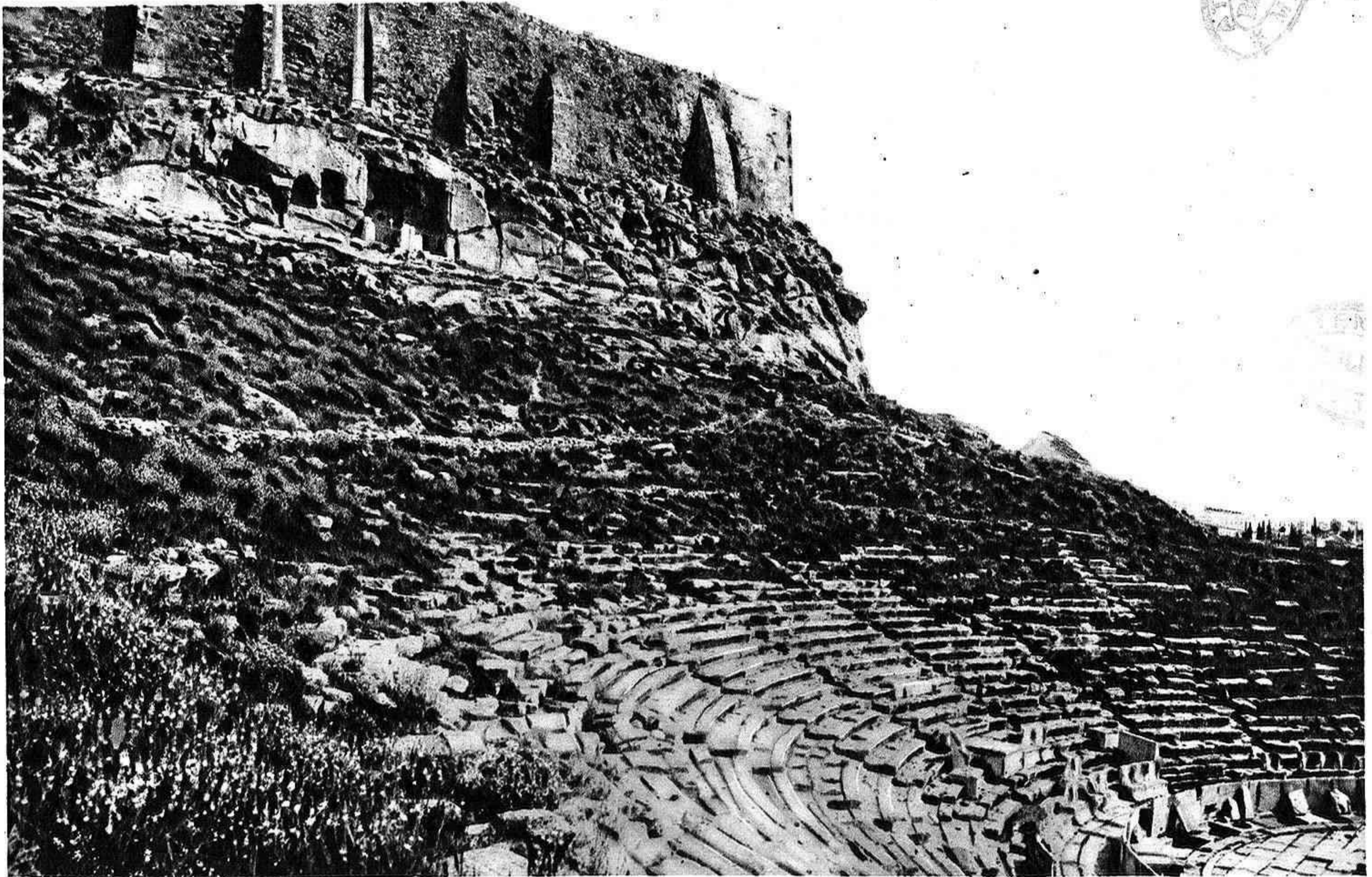
Roma.—El Foro Romano, Arco de Tito y el Coliseo, visto desde el Palatino



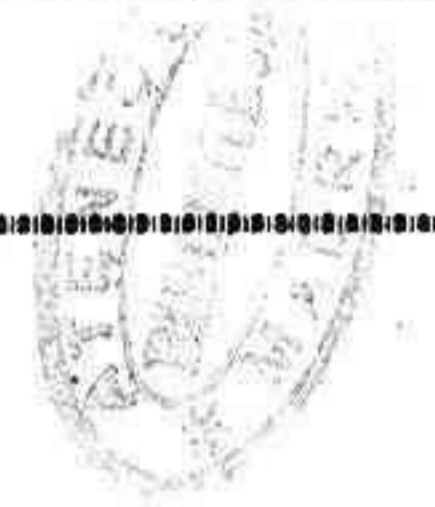
Roma.—El maravilloso Coliseo Romano, después de las últimas excavaciones

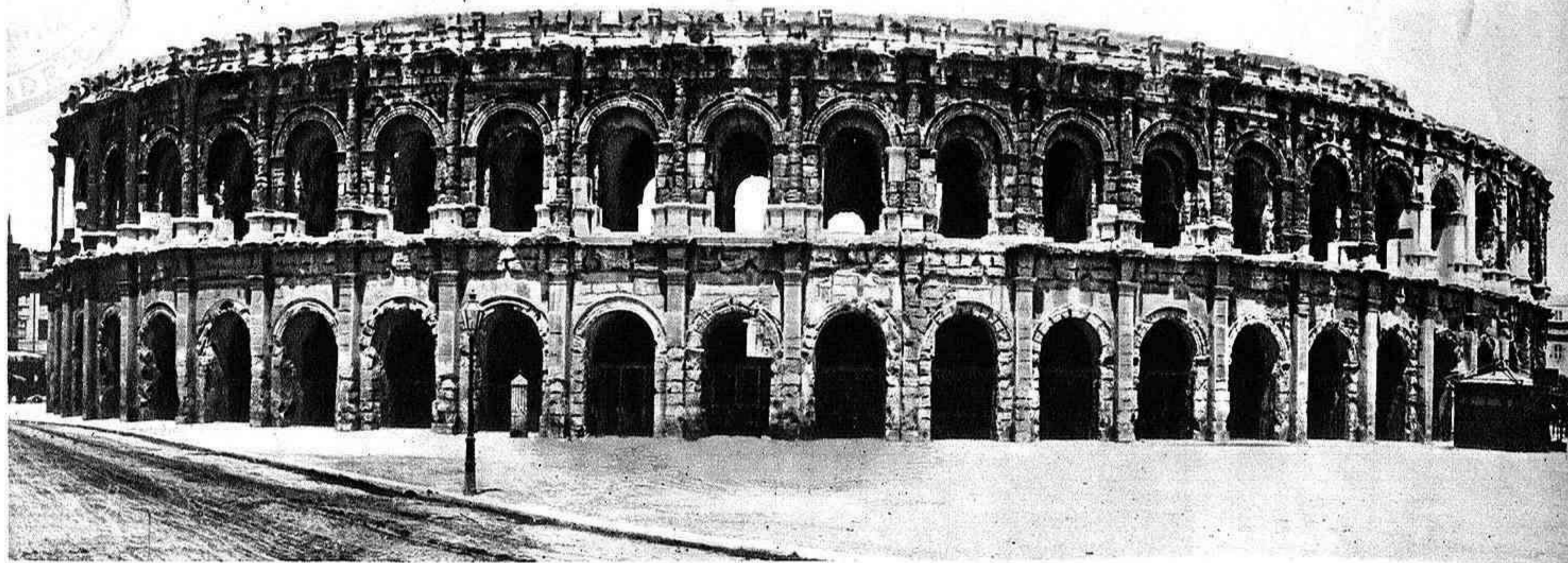


Atenas.—Ruinas del Teatro de Dionisos



Atenas.—Restos del Teatro de Dionisos y recinto de la Acrópolis





Nîmes.—Vista exterior de las Arenas

de arena, porque de arena estaba cubierta. Los primeros anfiteatros fueron los de Etruria, y de los etruscos aprendieron los romanos, que á su vez fueron maestros en ellos de los griegos los diversos juegos y, sobre todo, los combates de gladiadores.

La disposición de los anfiteatros era aun más semejante, salvo su forma elíptica, á nuestras plazas de toros. En la parte inferior, en el centro, estaba la arena, elíptica también; inmediatamente el *podium*, es decir, unas gradas que ocupaban las personas de distinción; más arriba, las gradas, para el público en general, y por encima de ellas, una galería cubierta para las mujeres.

El más famoso de todos los anfiteatros es el

Coliseo, de Roma, tantas veces y tan admirablemente descrito, y cuyo nombre, según algunos etimologistas, viene de sus extraordinarias dimensiones.

Para construirle fueron llevados á Roma 12.000 judíos, prisioneros en la toma de Jerusalén, y fueron invertidas sumas enormes, que pueden calcularse, reduciéndolas á nuestra moneda actual, en más de 50 millones de pesetas, no obstante la baratura inmensa de la mano de obra.

Para inaugurar el Coliseo fueron celebradas fiestas en él durante cien días consecutivos, y en ellas muertas más de 5.000 fieras.

Había anfiteatros con cabida para 80.000 es-

pectadores, y la cifra de 20.000 era corriente.

En ellos se daban también representaciones teatrales, y había anfiteatros en que un ingenioso mecanismo de doble pista giratoria permitía hacer una transformación que los convertía en dobles teatros; es decir, en teatros con dos escenas, sobre cada una de las cuales se montaba después la maquinaria indispensable para la representación.

Antes de César, los anfiteatros y los circos servían también para combates navales; y para ello, su arena, lo que hoy llamamos pista, se convertía, como hoy se hace para las pantomimas acuáticas, en lago, en un inmenso lago, para el cual se llevaba el agua, á veces, de distancias enormes.



Taormina.—Detalle del escenario del Teatro Romano



«Vanidad», dibujo
de M. Rovira y Recio

LAS ARTES GRAFICAS EN ESPAÑA

La Cámara Oficial del Libro, de Madrid, concede el primer premio á un libro impreso en Cádiz

El Trabajo es la base de la sociedad. Al Trabajo debe, pues, su existencia la Humanidad, que será tanto más feliz cuanto más respete y aprecie sus leyes originarias.»

Este pensamiento, profundamente filosófico, lo concibió un celebrado escritor contemporáneo, y en tan pocas palabras puede decirse que se compendia la historia del proletariado en todas las épocas, desde los tiempos antediluvianos, cuando nuestros primeros padres, al ser arrojados del edénico vergel, viéronse obligados á extraer de la tierra, con sus sudores, el sustento cotidiano, hasta los tiempos presentes, en que por las naturales evoluciones de los siglos el obrero posee personalidad propia, de que careció casi hasta finalizar la Edad Media.

•••••

Este ligero exordio, preciso para la finalidad del presente escrito, tiene por objeto dar á conocer la distinción tan merecida que ha alcanzado el arte tipográfico gaditano.

La Cámara Oficial del Libro, de Madrid, con motivo de la reciente Fiesta del Día del Libro, ha concedido, por unanimidad, el premio al mejor libro impreso con posterioridad al 7 de Octubre de 1927, al titulado *Historia de Cádiz*, escrito por D. Pelayo Quintero Atauri, y editado en la tipolitografía de D. Ricardo Rodríguez Bodria, cuya obra es notable—aparte de su contenido—por la nitidez de su impresión á dos colores y por su magnífica presentación.

El premio ha consistido en un Diploma de Honor, expedido á nombre de la Casa autora del trabajo, y la cantidad de 750 pesetas, que han de distribuirse entre los obreros que han intervenido en la ejecución material de la obra laureada.

•••••

Hará próximamente treinta años pisé por vez primera la bella Cádiz, ansioso de admirar de cerca las preciosidades que la fama, con justa razón, le pregonan.

Sus calles, rectas y limpias; sus mujeres, gráciles y bellas; sus hijos, cultos y hospitalarios; sus costumbres, que encantan por su sencillez é independencia..., todo este conjunto de cualidades cosmopolitas, atraen y fascinan.

Como es lógico suponer, mis primeros estudios encamináronse á las Artes Gráficas en Cádiz, tanto en lo concerniente á sus adelantos materiales, como igualmente en lo que se refería al obrero tipógrafo.

Este, procediendo con justicia, es el más adelantado de sus congéneres de Andalucía, abundando entre ellos verdaderos artistas, escritores muy eruditos, luchadores de buena fe, que no cejan en la defensa de sus doctrinas; hermanos cariñosos con los que comulgan en sus mismas ideas, y respetuosos y atentos con los que discrepan de sus opiniones.

•••••

Según mis datos, escasos y de no lejana fecha, Cádiz formó siempre en la vanguardia con respecto á las Artes, ocupando las Gráficas un lugar preeminente por el número de imprentas y por los adelantos que se apreciaban en sus trabajos.

Entre las que merecen citarse, recordamos, en primer lugar, la *Imprenta Nueva*, fundada en 1740 por Ximénez Carreño en la calle de la Carne (hoy Columela), y la titulada *Imprenta Real de Marina y Real Casa de Contratación*, en el año 1742, establecida en la calle San Francisco por D. Miguel Gómez.

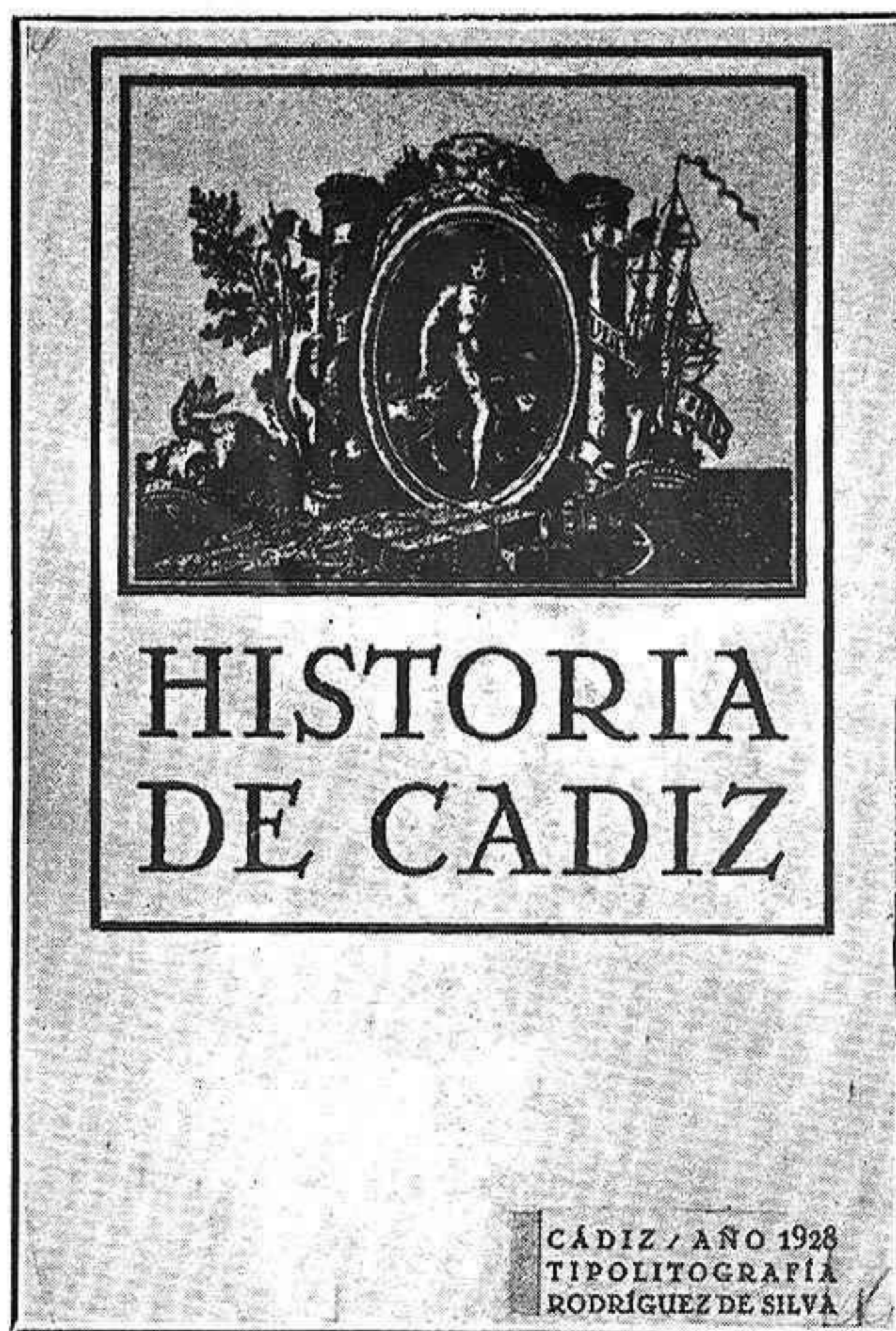
Por los años 1800 al 1812, época célebre é inolvidable, pues en ella se desarrollaron las escenas de patriotismo émulas de Esparta, y que sirvieron de base para el engrandecimiento de España; en aquellos memorables años, de continuas revueltas y teatro de innumerables actos de heroísmo, aparece, en competencia con la anterior, la *Imprenta Tormentaria*, donde se edi-

taba el *Diario Mercantil de Cádiz*, cuyo director, D. Pablo de Jérica, gozó fama de cultísimo literato y temible polemista.

Después, en 1840, decaen las tres imprentas citadas, y aparece la que fundó D. Manuel J. de Uclés, situada en la calle de la Zanja (hoy Benjumeda), núm. 12, esquina á la de los Blancos, talleres que alcanzaron gran importancia, y donde se editaron buen número de libros populares de autores españoles y franceses, contándose entre estos últimos las obras del coloso Dumas y las del fecundo Pablo Feval.

Desde el 40 en adelante se establecen en aquella ciudad bastantes tipografías, y aun cuando la reseña resulte incompleta, recordamos las siguientes:

Imprenta Ibérica, fundada en la calle Ancha (hoy Duque de Tetuán), núm. 12, por D. Filomeno Fernández de Arjona, que mereció la alta distinción de ser impresor de la Real Casa, y que



Portada del libro «Historia de Cádiz»

aún subsiste con el nombre de *El Contribuyente*, sostenida por D. Bernardo, hijo de aquel entendido industrial; *La Constanza*, de D. Andrés Neira, que funcionó en la calle de las Navas, y, además, otra de un sobrino de este señor, llamado D. Antonio, domiciliada en la calle Juan de Anda (hoy Cristóbal Colón), frente á la casa conocida por la de «Las Columnas»; *Imprenta de la Paz*, situada en la calle del Fideco (hoy Enrique de las Marinas), núm. 31, y donde fué impreso un curioso prospecto que conservamos, que pertenece al histórico Teatro del Balón anunciando una función benéfica, el viernes 3 de Diciembre de 1863; *La Editorial*, que fundó don Francisco de P. Jordán, que más tarde pasó á manos de D. Jorge Rodruejo y, últimamente, á los señores Cabello y Lozón, que á su vez la vendieron á los Padres Dominicos; en la plaza Gaspar del Pino existió también una imprenta del Sr. Rodríguez y Rodríguez, donde se hizo en su tiempo el *Boletín Oficial*; no debemos echar en olvido la que fundó D. José Luque en la calle Enrique de las Marinas, que después pasó á poder de D. Faustino Díaz, que al morir la heredó su hijo, el cual se la vendió á D. José Vera; al poco tiempo la traspasó este último señor á su actual propietario, D. Manuel Alvarez Rodríguez, que la ha convertido en una de las mejores

imprentas de Andalucía, y que también fué premiada con Medalla de Plata, el año 1907, en una Exposición de Agricultura, Industria y Comercio celebrada en Córdoba, y con Medalla de Oro y Diploma de Honor en la Exposición del Progreso y Latina, verificada en la ciudad italiana de Florencia el año 1909, y, finalmente, otra imprenta, también de alguna importancia, fué la de D. Alejandro Guerrero, establecida en la calle del Sacramento, esquina á la del Herrador, que después pasó á ser propiedad de D. Ildefonso Prieto.

De las modernas, algunas implantadas hace bastantes años, y otras desaparecidas tras vida efímera, debemos citar la *Revista Médica*, de grandes prestigios en aquella región, y que hoy, debido á la sabia dirección de los nietos del fundador, D. Federico Joly y Velasco, ha recobrado su antiguo esplendor, y donde se publica el decano de aquella Prensa, el veterano *Diario de Cádiz*; la que fundó D. Segundo de Olea, que por largo tiempo llevó el cetro en cuanto á gusto y finura en los trabajos é importancia comercial; la de D. José Rodríguez, esposo que fué de la eximia escritora D.^a Patrocinio de Biedma, recientemente fallecida, imprenta que ya no existe; la de Niel, antiquísima y de gran renombre, que en la actualidad trabaja bajo la razón social de las nietas del fundador; la de D. Gonzalo Cerón, hoy de sus hijos, y la que fué de D. Adolfo Macías, antigua de Benítez, de triste memoria para el que estas líneas escribe.

Además, los periódicos *El Renacimiento*, *La Unión Republicana*, *La Actualidad* y *El Observador*, también implantaron talleres propios, los de este último de gran valía, y que desaparecieron, pasando á otras manos el material con que aquellos diarios se confeccionaban.

Y para finalizar esta incompleta relación, citaremos la *Tipografía Comercial*; *La Unión*, taller colectivo, propiedad de la Sociedad de Tipógrafos; la de la Sagrada Familia; la de la hija de D. José Velasco; la de D. Juan Santander, y otras establecidas muy recientemente.

•••••

Hemos dejado para citarla en último lugar la premiada ahora por la Cámara Oficial del Libro, de Madrid.

Esta imprenta, con el nombre de *Tipografía Gaditana*, fué fundada por D. Fernando Rodríguez de Silva, ya fallecido hace algunos años.

Hombre activo, laborioso, con voluntad de hierro, el Sr. Rodríguez de Silva supo hacer, de la imprenta defectuosa que adquirió, unos talleres bien surtidos de materiales modernos, y con maquinaria de los últimos modelos, que, manejadas por hábiles manos, producen trabajos de una limpieza admirable.

No satisfecho dicho señor con la reputación conquistada en el ramo de la tipografía, implantó también el de litografía, con tanta fortuna y con tal acierto, que hoy aquella Casa es muy conocida en toda España, compitiendo ventajosamente con la de Ortega, de Valencia, que hasta hace poco no tuvo rival en la confección de cartelería para anuncios de corridas de toros.

Tanto trabajo bien organizado, tantos esfuerzos mejor dirigidos, tuvieron al fin su coronamiento, y al cabo de los años, tras una labor dura, poco á poco, el señor Rodríguez de Silva pudo enorgullecerse de haber conseguido que su obra fuese premiada con la satisfacción de que sus talleres funcionen en casa propia, donde el obrero se desenvuelve con todas las comodidades compatibles con el trabajo.

Y el hijo del fundador, D. Ricardo Rodríguez Bodria, educado en la escuela de su progenitor, y un técnico profundo en la tipografía, continúa brillantemente aquella ruta, y hoy puede enorgullecerse con el premio concedido á su labor directiva, en la que predomina su inteligencia y sus vastos conocimientos en las Artes Gráficas.

José RECIO DIAZ

Un fragmento de Stradella

CUANDO Alejandro Stradella, en el XVI, fué á Roma para cantar su famosa *Plegaria* en uno de aquellos maravillosos templos cristianos, el esposo—viejo, iracundo y cruel—de una de las muchas amantes del célebre músico, había dispuesto su asesinato con la cooperación siniestra de tres desalmados á sueldo.

En el viaje á Roma acompañaron á Stradella desde Venecia un tal Petrusco, su escudero, y Cincerasto, poeta cínico, mordaz, envidioso de la gloria de Stradella, al que detestaba secretamente, aunque en público le adulaba y exaltaba de continuo con la más viva y fingida admiración.

En la escena que transcribimos, Petrusco, que es cobarde como una liebre, vigila por encargo de su señor las puertas de un bello templo románico, en acecho de los asesinos, y á cada ruido que siente corre á esconderse tras las esquinas de un suntuoso palacio del Renacimiento. Es en una espaciosa plaza de las más hermosas de la ciudad—cúpulas, rejas, escudos, arcos labrados—, y es en las primeras horas de la noche.

Recatándose en las sombras de aquella vasta soledad, y un poco á la sordina, hablan así nuestros personajes:

CINCERASTO ¿Qué hacéis Petrusco?

PETRUSCO Miradlo.

De espantajo y centinela
y morirme á puros miedos.

CINCERASTO ¿Hay peligros?

PETRUSCO Por mi cuenta,
siempre los hay en las locas
aventuras de Stradella.

Parece que nos persiguen,
que contra su vida atentan
y aquí de guardia me tienen,
porque de mi espada esperan
lo que yo, si he de ser franco,
sólo espero de mis piernas.

CINCERASTO ¡Animoso estáis!

PETRUSCO ¡Muriendo!...

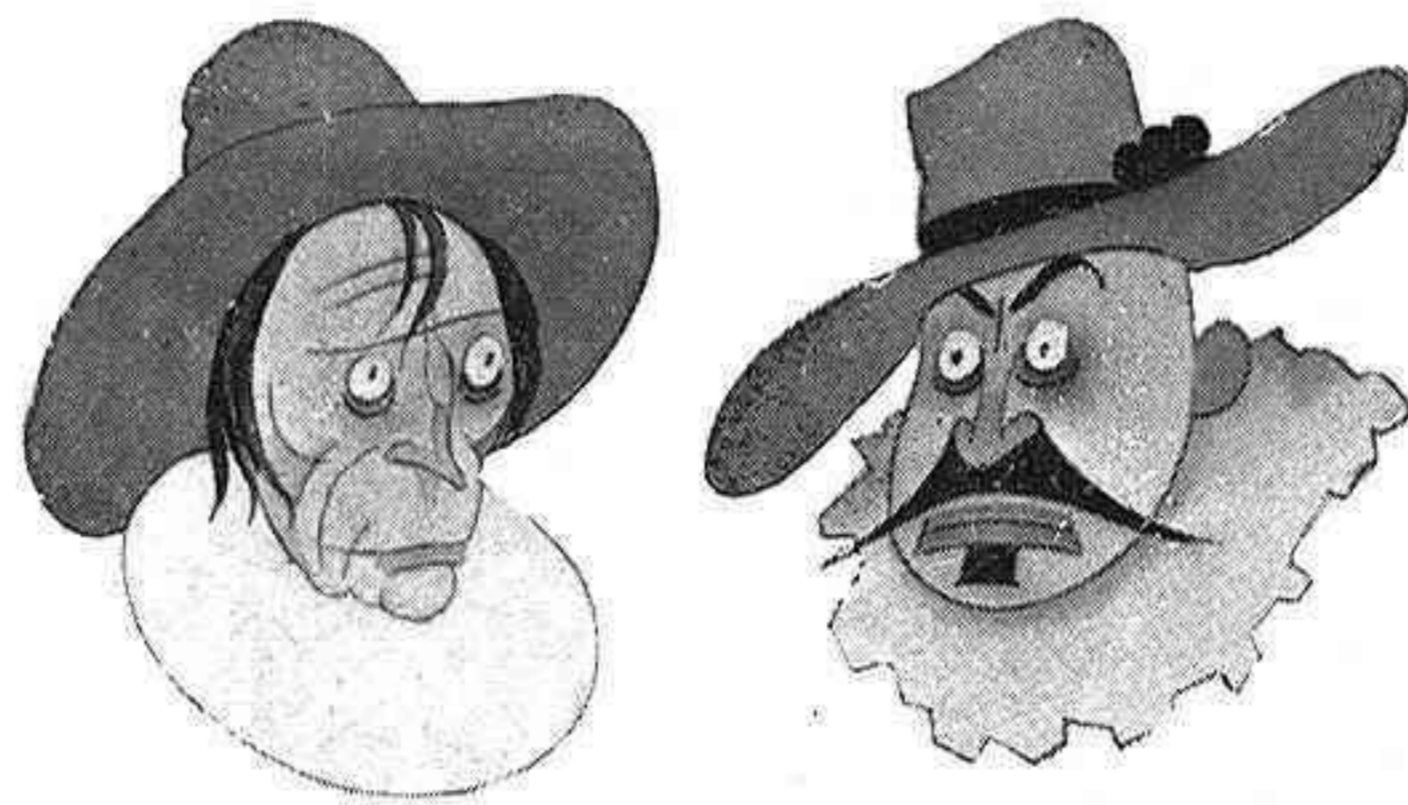
¡Y rogando, si hay pelea,
que la Madona me preste
buen ánimo en la carrera!...

¿Vos sois valiente?

CINCERASTO Yo nunca
presumí de que lo fuera.

¡Soy cobarde á mucha honra!
¡No tengo más honra que esa!

PETRUSCO Si por mi Bianca no fuese,
yo abandonaba á Stradella,
y si su rico enemigo
comprar mi miedo quisiera,



los dos lograríamos juntos
al par nuestra conveniencia;
él, campo libre, y yo, en trueque,
un buen montón de monedas.

CINCERASTO Somos igual de leales
ambos por las apariencias.
¡Bravo, Petrusco!

PETRUSCO Es villano
cuanto pronuncia mi lengua,
lo sé; mas ni soy valiente
ni amo más que á mi escarcela.

CINCERASTO La infamia ya no es infamia
si la inspira la miseria.

El puñal, si trae el oro,
ya es arma caballeresca.
Y el veneno no es un crimen
si á grandes ganancias lleva.

¿No observaste que los pomos
de puñales y de esencias
mortíferas, se recubren
de diamantes, y oro, y perlas?

¡Pues ya veis si de la mano
van la infamia y la opulencia!

PETRUSCO Eso es cierto; cuando menos,
en Italia toda entera

el veneno y el puñal
lucen mantos de realeza.

CINCERASTO ¿Os place el dinero?

PETRUSCO ¡Mucho!

Después de Bianca, en la tierra
sólo me seduce el oro.
¡Eso, sí; primero es ella!
Por ella, con tanto miedo,
aquí estoy de centinela.

Por ella, tal vez no huiría...

CINCERASTO Y además, porque Stradella
nos paga mejor que nadie.

De otro modo, si otro hubiera
que diere paga más larga...

¡Mal hora para Stradella!

PETRUSCO ¡Todo por Bianca lo arrostro!

CINCERASTO ¿Amais á Bianca?

PETRUSCO Por verla

dichosa me sacrifico

CINCERASTO Pagará en mala moneda.
Será ingrata, presumida,
comprometedora, necia,
tornadiza y vanidosa.

PETRUSCO ¿Qué decís, por vida vuestra?

CINCERASTO ¡Este es el raro y el justo
retrato de todas ellas!
Mas ya se tarda, Alejandro;
tengo sed, y en la taberna
no puedo entrar si no llevo
dineros en la escarcela.

PETRUSCO ¿Pensáis pedir más dineros?

CINCERASTO Me admira vuestra inocencia.

¿He de sufrirla de balde?

¿He de cantar las grandezas
de ese necio solamente
por recrear sus orejas?
¡No por mi vida! Es que cambio
mis loas por sus monedas,
y su vanidad, henchida

—tomando burlas por veras—,
se esponja, se ahueca y paga
lo que bebo en las tabernas...

PETRUSCO Decís bien. Yo le detesto

á veces, por todas estas
aventuras peligrosas
en que se mete á la fuerza.

CINCERASTO Alejandro es el orgullo;

es la misma impertinencia;
la temeridad que todo
lo ífa á su buena estrella;
es la ignorancia triunfando
de estúpidas damiselas
y de enemigos cobardes...

PETRUSCO ¿Qué decís?

CINCERASTO Pinto en la tela

de tu razón, que está en blanco,
un retrato de Stradella.

PETRUSCO Vos y yo lo que no tenemos
es ni pizca de vergüenza.

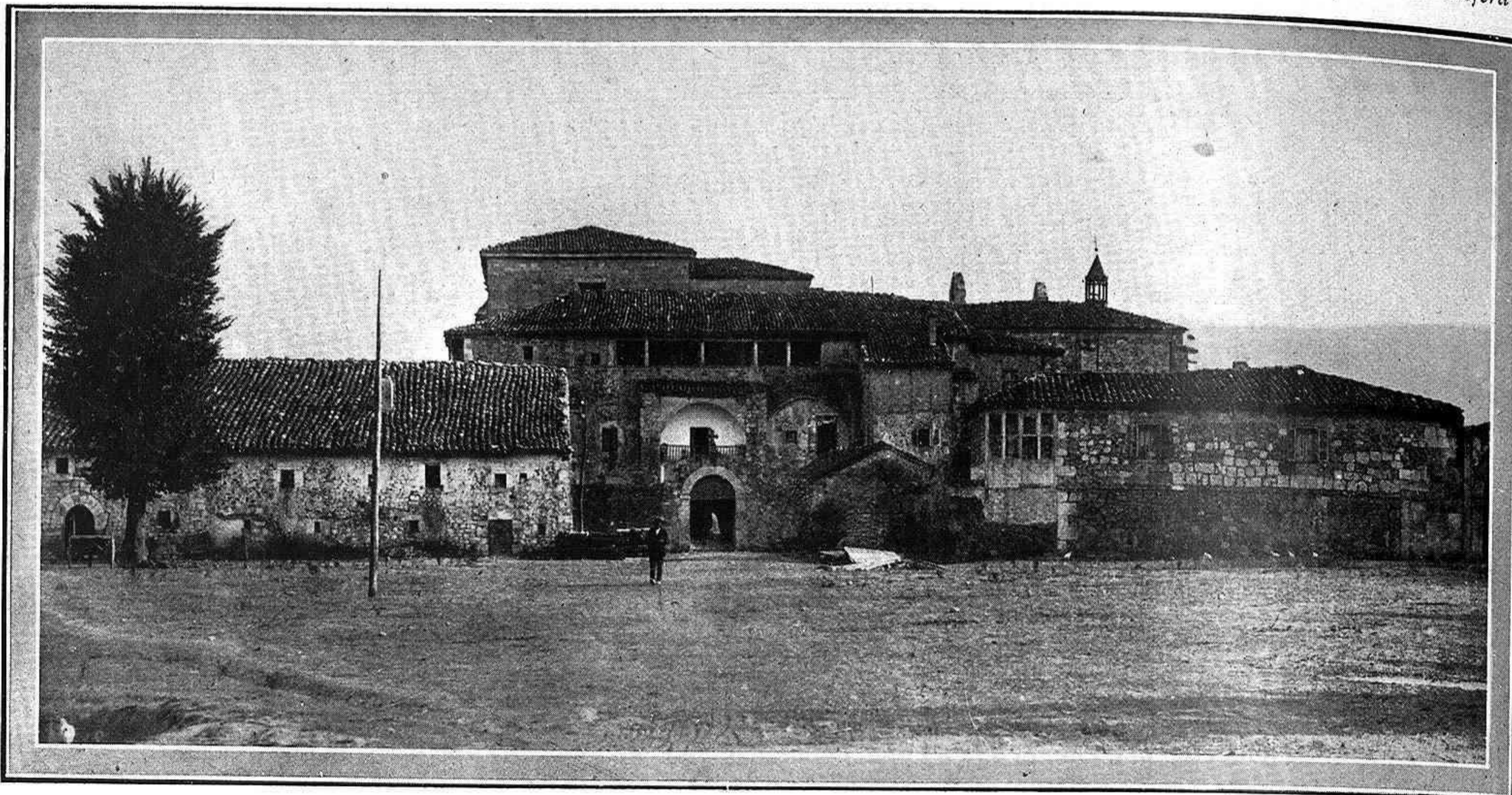
CINCERASTO ¡Ahí estamos retratados
los dos de mano maestra!...

Cruza el escenario el magnífico Alejandro Stradella. Viene del brazo de su amante, gallardo, galán, victorioso, desgranando un madrigal en sus oídos. Petrusco finge vigilar valerosamente, y Cincerasto arquea todo su cuerpo en una inclinación servil. La luna, lírica y redonda, desde lo alto, tiñe de una claridad de plata los palacios y los templos...

ALBERTO VALERO MARTIN

(Dibujos de Echea)





Convento de Santa Clara y Hospital de la Veracruz

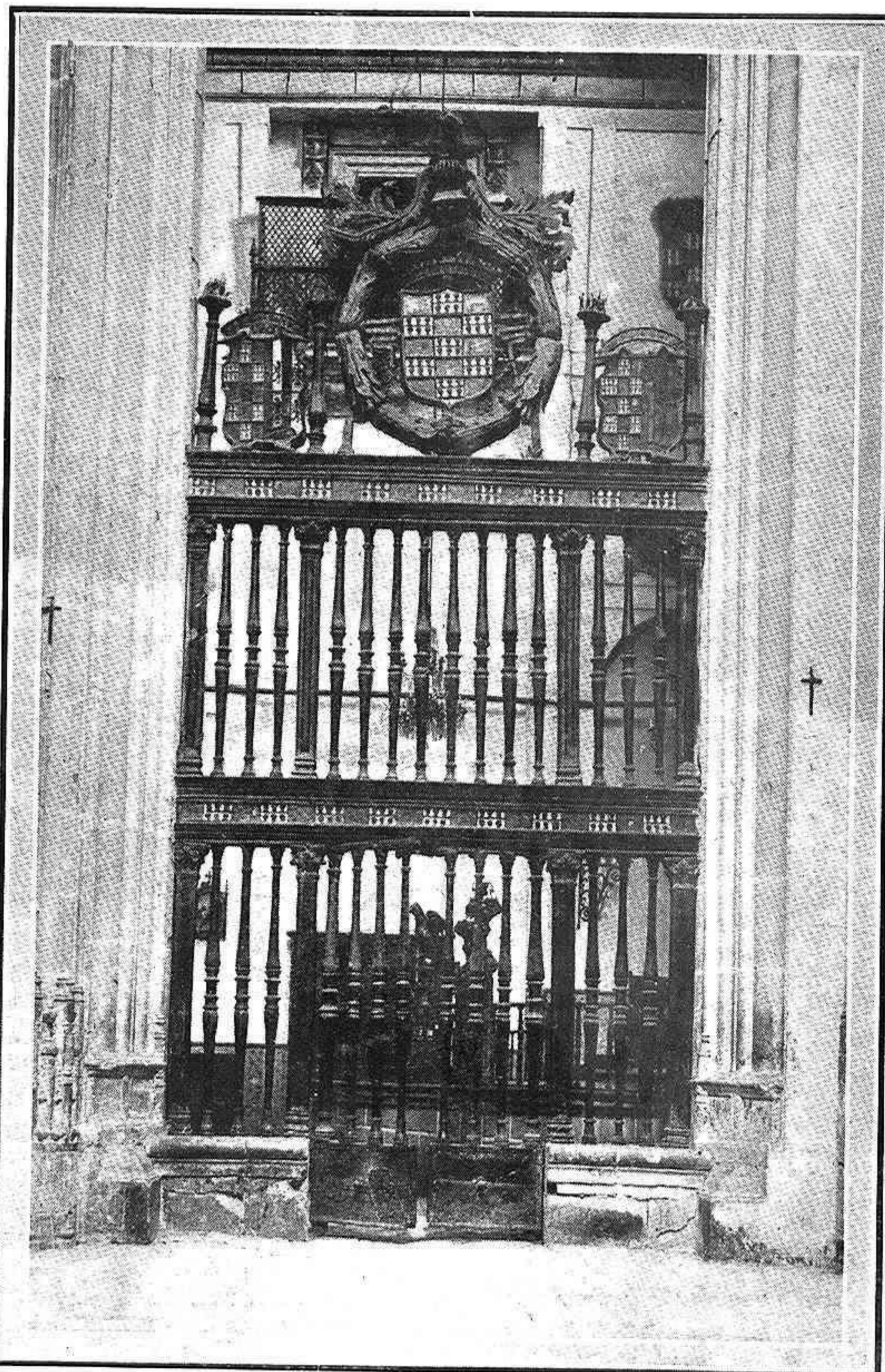
JOYAS DEL RENACIMIENTO

LA CAPILLA DE LA CONCEPCIÓN DEL CONVENTO DE SANTA CLARA, EN MEDINA DE POMAR

EL inmenso edificio que se contempla en la fotografía fué producto del esplendor y magnificencia de la familia de los de Velasco. En el campo de San Millán, conocido así por haber en él una ermita dedicada á este santo riojano, y de la que aun quedan restos que acusan un románico del siglo XI, decidieron Sancho Sánchez de Velasco y su esposa doña Sancha Carrillo, en 1311, levantar un monasterio de monjes, donde se cantasen las alabanzas al Señor; monasterio que fueron sucesivamente engrandeciendo con sus donaciones los demás señores de esta gran casa.

Mas, de todos ellos, el que mostró siempre especialísimo interés por él fué el buen conde de Haro, D. Pedro Fernández de Velasco, que además de cuantiosas fundaciones, construyó á sus expensas, junto á sus muros, el famoso hospital de la Veracruz, vulgo la Cartuja, que fué, sin duda alguna, en todos los órdenes, la mejor fundación de beneficencia castellana de la Edad Media. Todo ello, pues, monasterio, hospital y ermita, forman ese conglomerado de construcciones en el que se halla la joya que nos ocupa.

Mereciendo ser declarada monumento nacional, á pesar de haber estado bajo su bóveda y admirado su valor muchos arqueólogos insig- nes, parece como si un hado fatal lo impidiera; y reconociendo extranjeros competentísimos ese mérito, los propios admirándolo, no lo quieren reconocer algunos de los



Magnífica reja, de Cristóbal de Andino

que debieran hacerlo por sus cargos, ya por su incapacidad para apreciar su mérito, ya por pereza, y lo cierto es que, gracias á la custodia y limpieza de las buenos religiosos y á su sólida construcción, se mantiene en pie, aunque ya empieza á notarse el aflojamiento de las dovelas de sus pechinas.

Se abre la capilla de la Concepción en la parte de la Epístola de la iglesia del convento, casi junto al presbiterio, dándole entrada un atrevidísimo arco ojivo, en el que está empotrada una magnífica reja del más insigne rejero español, de Cristóbal de Andino, digna competidora, por su sobriedad y pureza de estilo, de la de la capilla del Condestable, de la catedral burgalesa.

Compuesta de tres cuerpos, formando los dos primeros robustas columnas de fuste y base cuadradas y capitel corintio, que sostienen las cornisas con escudos heráldicos de los Velasco, y en sus intercolumnios fuertes balaustres, descuella, sobre todo, por su imaginaria, el tercero, en el que en tres escudos, sostenidos los dos laterales por candelabros con flamas y el del centro por los estambres y pistilos desprendidos de los cálices de flores que forman una corona sobre la que descansa dragón escamado con su cartela con la fecha de la reja—1546—, se hallan en el campo de estos escudos los veros de los Velasco y los timbres de sus alianzas con los Mendoza, Tovar, Córdoba y Enríquez.

La capilla es de planta ochava-

La Esfera

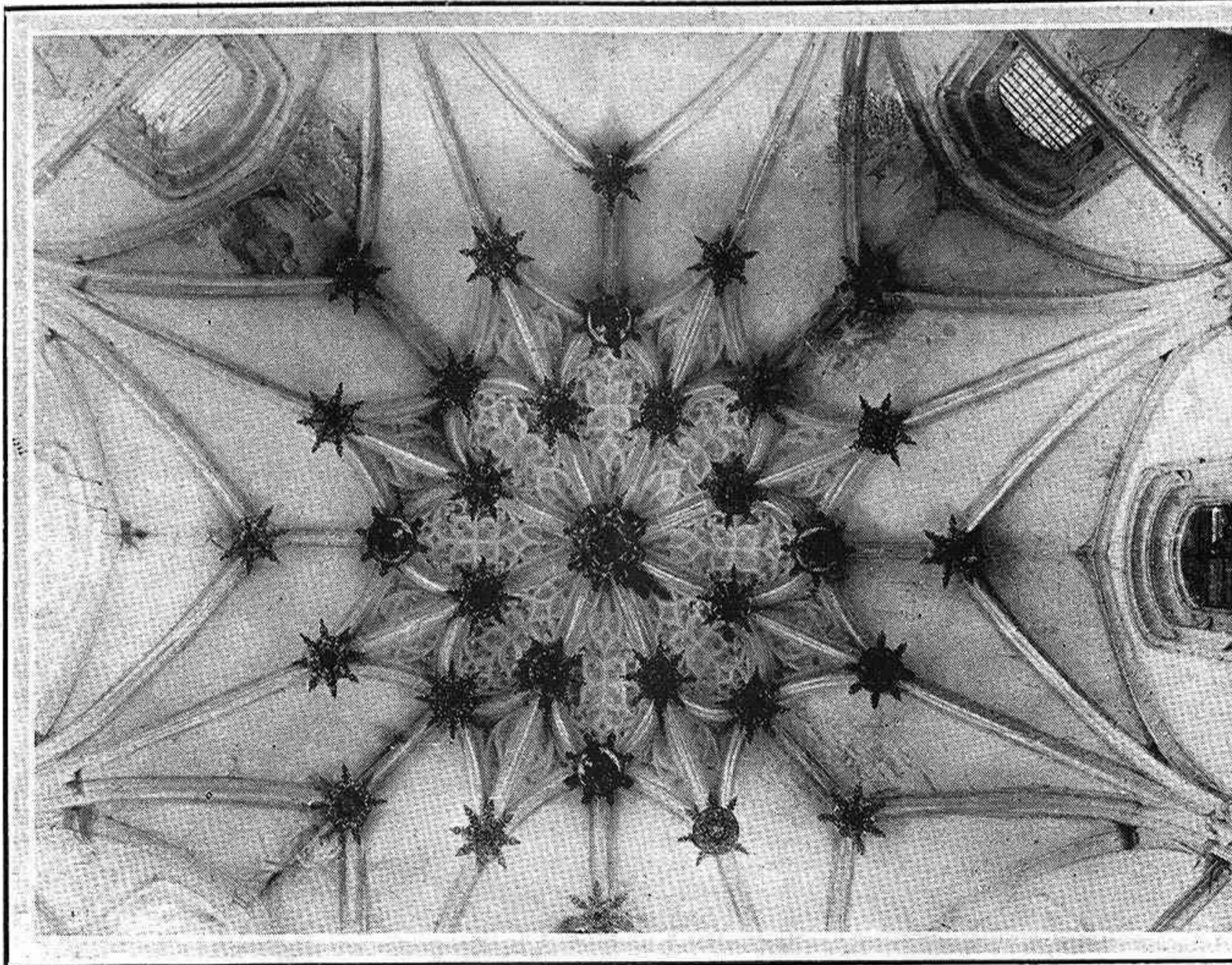
da, arrancando de cada ángulo del octógono luces de delgadas y finas columnas que sostienen hermosa bóveda ojival, de complicada crucería, y en su crestería de lóbulos, hecha con el fin de encristalarla, y en las intercesiones de su crucería, claves hermosas con escudos heráldicos de la citada familia, constituyendo todo ello un artesonado de mágico efecto. Esta bóveda descansa en labradas pechinas, y el frente de ellas muestra grandes escudos de los fundadores, sostenidos por tirantes. Ocho grandes ventanas, correspondientes a los lados del octógono, y entre los arranques de la crucería é inmediatos á la bóveda, inundan de luz esta capilla.

Según los documentos del archivo del convento, comenzó á edificarse en 1460, y costearon su construcción D. Pedro Fernández de Velasco y doña Mencía de Mendoza, precisamente los mismos que mandaron hacer la capilla del Condestable de la catedral burgense; mas obra de tanta importancia no la vieron terminada en vida, y ordenaron su prosecución sus hijos, D. Iñigo y D.^a María de Tovar.

De factura más sencilla que la citada del Condestable, basta comparar una y otra para comprender que fueron los mismos artistas los que la concibieron y llevaron á efecto. Sólo ellos pudieron resolver los problemas de la técnica arquitectónica que en ella se dan; sólo ellos pudieron comunicarla su atrevida traza y su finura de líneas; por ello sostengo que fueron también Simón de Colonia quien la planeó y Juan de Vallejo quien la ejecutó.

Pero, aun siendo esto ya sobresaliente, encierra en su interior objetos que aumentan su valor sobremano. El principal de todos, su *retablo*, que bastan dos columnas alargadas de capitel de orden compuesto, sostenedoras de un cornisamento, para encerrar dentro de sus líneas un verdadero tesoro de esculturas contenidas en sus correspondientes hornacinas, descolando en el centro la Santísima Virgen con el Niño en los brazos, rodeada de flamas, pareciendo un altorrelieve de forma elipsoidal que sobresale de la parte lisa del retablo. La Virgen tiene tal signo de majestad; su talla es tan perfecta; su estudio en su figura y vestido tan apropiado, junto con las bellas proporciones, que encanta su contemplación. Otras nueve efigies la acompañan en el retablo; entre ellas, las de San Pedro, San Joaquín y Santa Ana, San Juan Bautista y el Arcángel y la Virgen en el misterio de la Anunciación; y todas ellas, por su detalle y ejecución, honran al artista que las llevó á cabo.

Estudiando este altar en sus detalles, se ve en ellos la mano de los artistas de la escuela de Colonia, y donde más se destacan estas manifestaciones es en las facciones



Artesonado de la capilla de la Concepción del Convento de Santa Clara, de Medina de Pomar

de la Virgen, á la que, sin duda influenciado el artista que la labró por la sugestión del país de su procedencia, la comunicó el perfil y la expresión de la gente de su tierra, viéndose algo parecido en ella á la que existe en la Cartuja de Miraflores. Todo esto me lleva á afirmar que el altar de la capilla de la Concepción del con-

el gran artífice Diego de Siloe, el boceto de la reja debió ser obra también suya, y la ejecución de Cristóbal de Andino.

Otras cosas completan el exorno de la capilla que describimos: un hermoso *púlpito* de madera, de estilo renacimiento, decorado con cuadros representando á diversos santos, hoy algo estro-

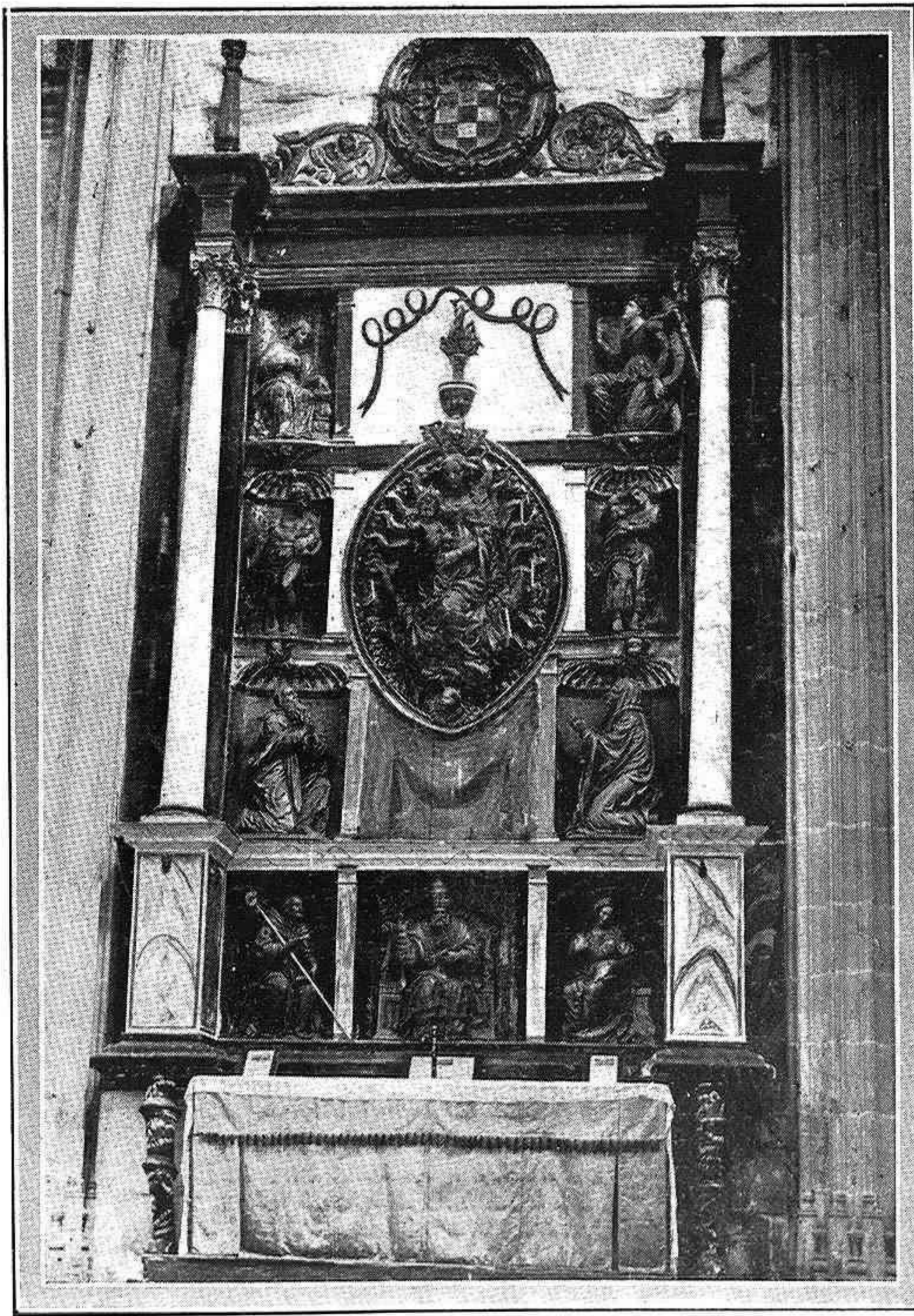
peado y pintado; una *puerta plateresca* de gracioso dibujo y fina ejecución, en caliza blanca, semejante en factura á la de la Pellejería, de la catedral burgalesa; y, por último, una *reja de coro* románica, de finas y enroscadas volutas, entre bastidores de forma romboidal, que no envidia á las de Pamplona ni á las de Bobbio (Italia).

Mas no sólo en lo material procuraron mostrar su esplendidez los de Velasco, que también en lo espiritual, donde pusieron empeño en enriquecerla, y, en efecto, á su petición obtuvieron del papa Adriano VI, por Bula dada en Avignon en 1522, la creación en ella de una cofradía bajo la advocación de la Concepción, que es, sin duda alguna, la primera manifestación espiritual corporativa mariana española de este título, en cuya Bula se concedía á los cofrades que la formasen y cumplieran con los preceptos de su regla grandes indulgencias visitando en los días que señalaba esta Capilla. Fué muy numerosa, y sus estatutos con vista de la Bula de constitución, fueron hechos por los cofrades en Medina de Pomar, á 11 de Mayo de 1531, ante el escribano de la Villa, Diego de Bedón.

Hemos, pues, descrito y estudiado someramente otra de las joyas españolas desconocida por muchos, honra de España y de aquellos próceres ilustres, que, cual verdaderos Mecenas, empleaban su dinero en proteger las bellas artes. Que estas líneas sirvan para hacer fijar su atención en ella á los que por sus obligaciones están encargados de la conservación del patrimonio artístico nacional.

Julián GARCIA SAINZ de BARANDA

(Fots. Iñaz Casariego)



Altar renacentista de la capilla de la Concepción, probablemente obra de Diego de Siloe

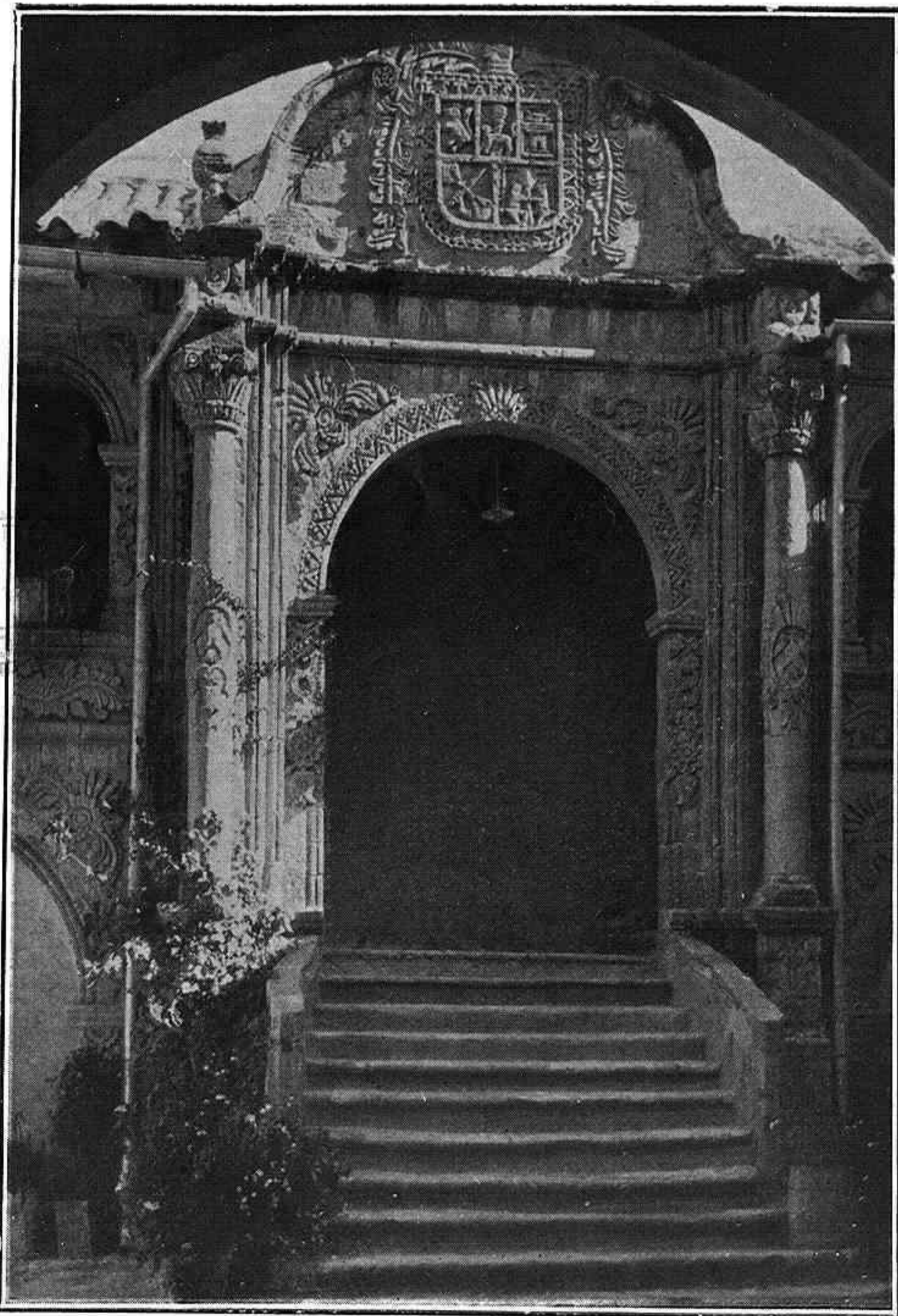
SOBRE LA «MESA

DE PLATA»

La Paz es una ciudad que parece el nido de un pájaro gigantesco, digno de la grandeza de los Andes, y muy superior al *Pájaro Roc* de los cuentos de Scheherazada.

Esta ciudad, á cuatro mil metros de altitud, es quizás la más alta del mundo, y parece como encunada, como metida en el fondo de una hondonada, cuando se la contempla desde los caminos que bordean las montañas.

Para comprender la impresión que causan la ciudades bolivianas, hay que conocer la naturaleza del país, con sus tres zonas: la montañosa, la meseta y los llanos que forman las *hoyas* de los ríos Amazonas y Plata. Es como un milagro ver alzarse las ciudades en esa altura y en esa



Portada colonial, en La Paz

« LA
PAZ »

naturaleza bravía é indomable. Aunque la capital de Bolivia sea oficialmente Sucre, es La Paz la que tiene mayor vida, la capital de hecho. A veces no se comprende por qué los hombres han construido estas ciudades en lugares donde se dificulta hasta el vivir; en esa enorme altura, donde tantos europeos y habitantes de las tierras bajas mueren, sin poder soportar la altitud.

Bolivia se puebla rápidamente, á pesar de todos los inconvenientes. Es uno de los lugares más ricos del mundo. Raimonde dijo que era *una mesa de plata sostenida por columnas de oro*. Puede añadirse que esa mesa está cubierta con el tapiz maravilloso de los bosques de riqueza.



El maravilloso lago de Titicaca

za incalculable que forman las tres cuartas partes de la superficie de Bolivia, donde se dan, entre otras riquezas vegetales, la quina y la coca, que no ha sido bien estudiada aún, pues al ver los efectos benéficos que obtienen de ella los naturales, se piensa que no es sólo el uso que los viciosos decadentes hacen de ella el que puede dar idea de sus propiedades.

Es Bolivia la tierra de las altas montañas, de los grandes valles fecundos, de los inmensos lagos, como el Titicaca, que, más bien que lago, es un mar de 8.330 kilómetros cuadrados, navegable, y en el que se encuentran sugestivas ruinas de templos del Sol.

Y este país tan rico, con sus tesoros del Potosí, con sus minas de oro, plata, cobre, estaño y petróleo, está como encerrada en el círculo de las otras naciones, y sólo puede comunicar con el mundo por los puertos peruanos, chilenos ó argentinos.

La Paz parece que ha brotado de las desigualdades de los riscos que forman las faldas de las montañas. Mirada desde lo alto de los caminos que conducen á ella, parece escondida y plana; pero luego se presenta llena de cuevas y de recovecos, de desniveles. Lo mismo los barrios antiguos que el moderno distrito del Prado y la céntrica Plaza de Armas, todo son subidas y bajadas por las que da miedo ver transitar á los automóviles que galgucan como si se fueran á despeñar.

El aspecto de la ciudad es español. Después de visitar toda la América se admira el poder de España, no sólo por el poema casi tabuloso del descubrimiento y la conquista, sino por cómo ha marcado con hierro al fuego todo ese continente que conserva, al través de los siglos, el

sello español. Las casas de La Paz son de estilo español, de color amarillento, con los tejados de colores varios, que dan á la ciudad aspecto de gran mosaico. Tiene edificios soberbios, como el del Congreso, cuya arquitectura recuerda el nuestro.

Las portadas de estilo colonial ponen un sello aristocrático, como de abolengo, en lo banal de la ciudad llena de Bancos y Oficinas con una actividad comercial propia de las grandes riquezas del subsuelo. Las calles de La Paz son amplias y de una limpieza escrupulosa. Todas ellas tienen aire de mercados, porque en las aceras hay constantemente una feria. Los vendedores ambulantes ofrecen al transeunte todo género de baratijas y objetos del país por poco precio.

Pero lo encantador de La Paz, lo que la hace superior á Sucre, Oruro y Cochabamba, es la naturaleza que la rodea. Es imponente, montañosa, con grandes desfiladeros y precipicios.

Le forman las montañas un bello anfiteatro, como si la acunasen queriendo resguardarla del viento y la escondiesen entre sus faldas. El *Illimani*, nombrado en justicia *La diosa de las montañas*, le forma un precioso florón, con su alta cima cubierta de nieve iridiscente, pues toma todos los matices del iris cuando la luz del sol se despidió ó se anuncia reflejando en ella su primero y su último rayo. No existe una montaña más decorativa que el *Illimani*; parece que la idea de construir La Paz en ese lugar fué por la admiración de esa sin par montaña que hizo á sus enamorados levantar las primeras casas para contemplarla mejor.

Pocas horas llevan desde La Paz al *Valle de Calacota*, en automóvil ó en un tranvía que desciende á algunos miles de pies por el paisaje

encantador de las montañas ocre claro, coronadas de nieve y con pabellones de niebla. Las chozas de adobes y los jardines colgantes, que hay en todas las faldas, le dan aspecto de nacimiento.

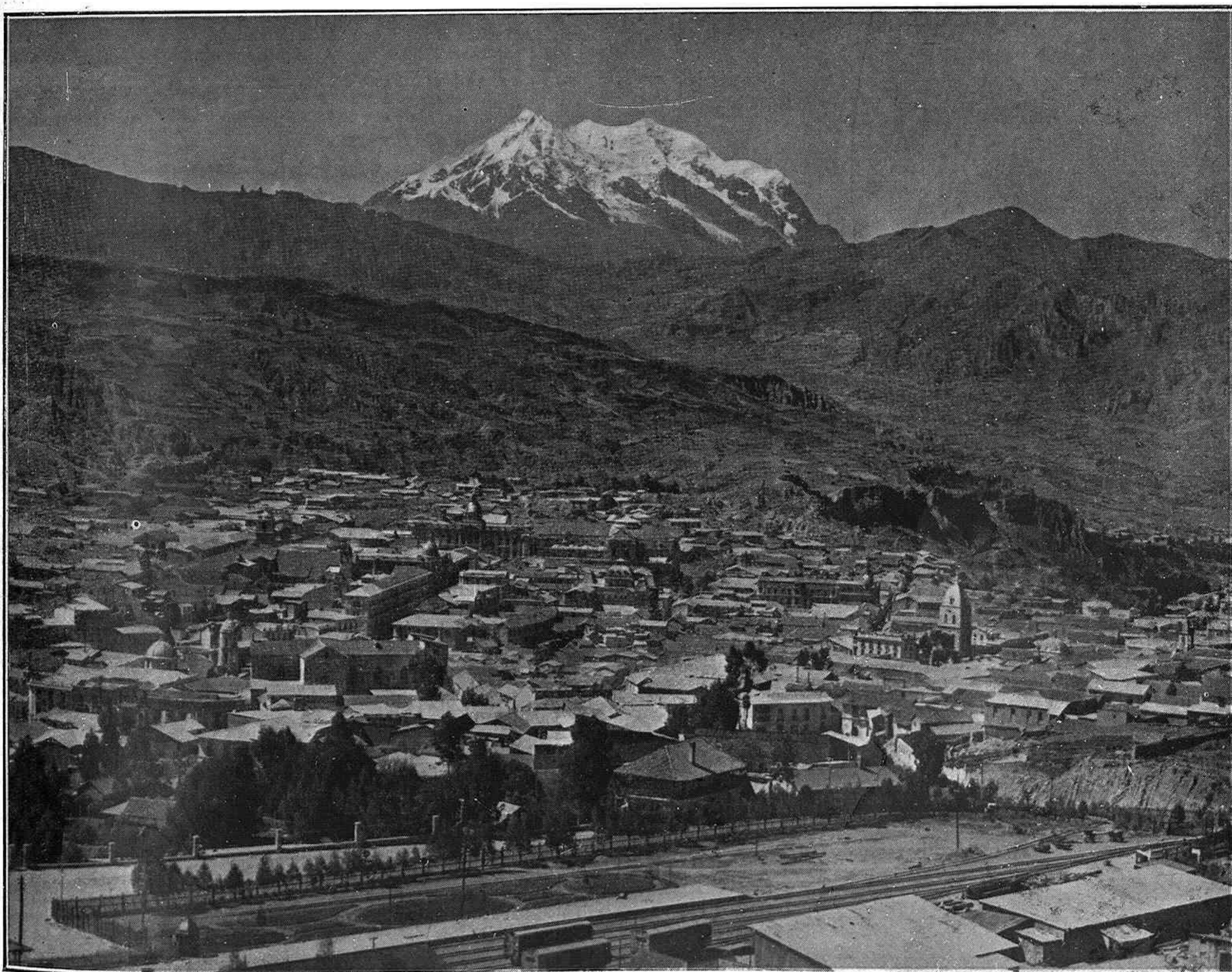
Es este valle un verdadero vergel que realiza el sueño de la feracidad de la América. Se unen en él la naturaleza que produce por sí sola los vegetales gigantes y las excelencias del cultivo, que alcanza un desarrollo insospechado en Europa.

Sólo el *Valle de Calacota* basta para surtir de hortalizas y frutas toda la población de La Paz. Se comprende la pereza del indio, que no conoce el esfuerzo para hacerle producir á la tierra y le basta extender la mano para coger todo lo necesario á su sustento.

Si los países americanos no estuviesen excluidos de la Biblia, se podría reconocer en *Calacota* el lugar regado por los maravillosos ríos que fué elegido para *Paraiso terrenal*... Y ya en este orden de ideas, lo mismo que los sabios modernos han identificado *La Isla de Robinsón* en el Pacífico, se podría creer que fué en La Paz donde se pusieron los cimientos de la *Torre de Babel*, como ciudad más cerca del cielo.

No da La Paz impresión de un pueblo nuevo. Es allí, entre las montañas enormes, en las selvas no podadas, entre las razas primitivas, donde se siente la impresión de la remota antigüedad del mundo que no se disimula con el afeite de los jardines y las plantaciones que han domado á la Naturaleza en nuestros países. Es como si allí nos encontráramos más cerca de la Creación.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



La Paz es una ciudad que parece el nido de un pájaro gigantesco...

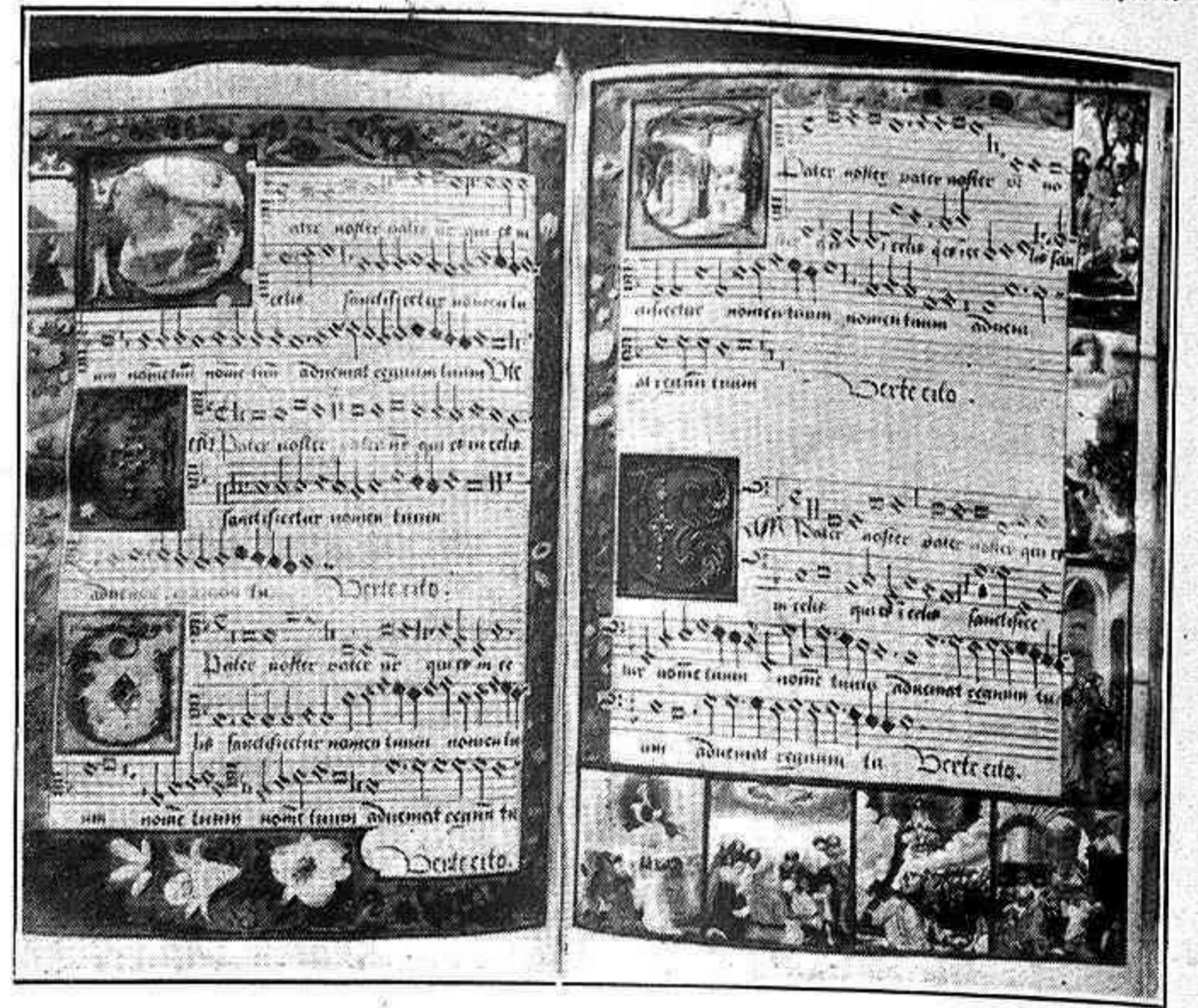
HOMENAJE A LA MUSICA RELIGIOSA ESPAÑOLA EN SU CUARTO CONGRESO NACIONAL, EN VITORIA

NUESTRA Revista, fiel á su sentido españolista, dedica, por medio de un su amigo, escritor casi anónimo, pero muy amante del Arte Nacional de los sonidos, una modesta al par que cordial ofrenda á la música gregoriana, mozárabe y polifónica de nuestra Patria. La generación actual, al volver sus ojos á la tradición, por necesidad ha de encontrarse ante una riqueza enorme en Música Litúrgica; bueno es que sepa, por tanto, el valor de su Arte, hoy navegando por un mar proceloso, sin brújula ni timón, no obstante una copiosa legislación canónica, sabia y clara como no cabe más, y antes tan gallardo y ufano de su propio valer, hasta el punto de competir con el de la gran Italia de San Gregorio y Palestrina. He aquí el por qué de este artículo y de estos fotograbados.

Erased allí por las postrimerías del siglo pasado y primeros años del actual. Nada ni nadie turbaba el reposo de las viejas ciudades españolas, sobre todo castellanas; sus Catedrales, Museos de Arte é Historia, yacían en la más completa soledad y abandono. Los turistas, al estilo de hoy, Baedeker en mano,



Título: «Pasión», según San Mateo, á 4 voces, autor anónimo á la aventura, dice el Códice

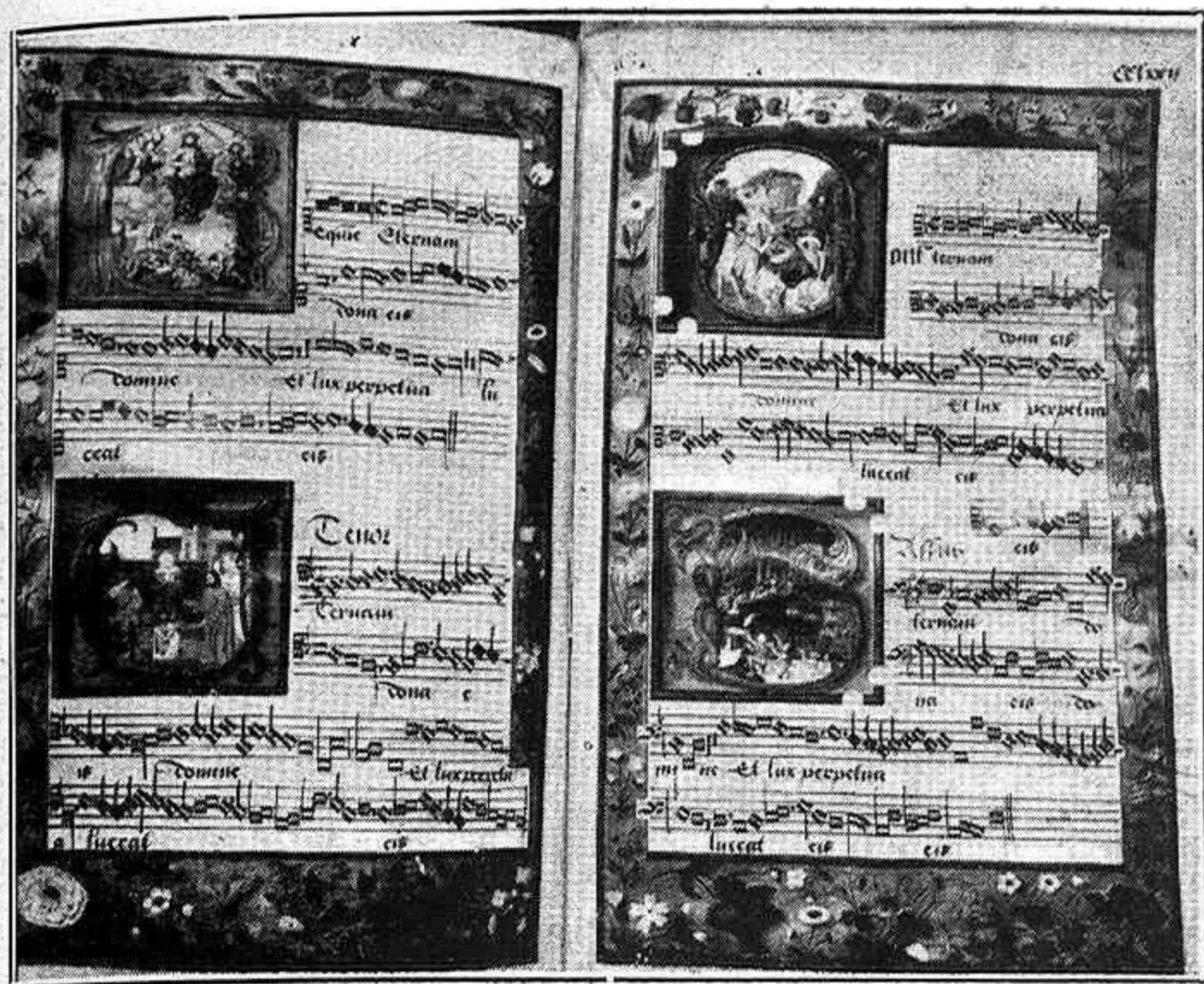


Título: «Pater», á 5 voces; autor, Josquin Depres

aún no irrumpían por calles y plazas husmeando el pasado español; tan solamente alguno que otro erudito, nacional ó extranjero, *investigaba*, en el genuino sentido de la palabra, para luego publicar en su libro el fruto de un trabajo casi siempre penoso y lleno de dificultades. Así, Cuadrado y antes Amador de los Ríos, por no mencionar sino alguno que otro caso.

La ciudad de los Concilios, la viejísima Toledo, no era excepción de la regla, pese á su rico legado patrimonial y á su proximidad á la Corte. Los Bécquer, Galdós, Blasco Ibáñez, Barrés, González Simancas, Olavarría, padre Ferotin y pocos más, formaban lo selecto en el orden intelectual que visitaba la Imperial Metrópoli del Arte español. De otra clase de gentes no hay por qué hablar; masa ignara con tufos de riqueza era cuanto discurría por las calles y plazas del laberinto toledano. Precisa recordar, sin embargo, á un puñado de nacidos ó avecinados en *Tolaitola* por aquel entonces, quienes, amantes de su pueblo, de vez en vez daban señales de vida con publicaciones dedicadas á restaurar el glorioso pasado de la ciudad. Sus nombres son: Navarro Ledesma, Valdepeñas, Sangüesa y Guía, Chaumel, Valbuena, Castaños Montijana, Besteiro, Moraleda y otros, casi todos desaparecidos ya del mundo viviente. Naturalmente que los asuntos tratados se referían á Arte, Historia y Tradiciones legendarias, principalmente sobre la Catedral; el punto de la música, en cambio, sagrada ó profana, apenas si se rozaba. Tan sólo Blasco Ibáñez, en su *Catedral*, y como al acaso, dedica al Divino Arte unas líneas. Verdad es que Pedrell, Monasterio y, antes que ellos, el músico docto por excelencia, Barbieri, habían practicado sondeos en el archivo musical; mas el fruto de su investigación jamás trascendió al gran público.

Desempeñaba por tan lejana fecha el cargo de Maestro de Capilla en la famosa Catedral un hombre simpático y de gran valía y, por ello, humilde y callado, Jiménez Hugalde, discípulo del famoso D. Hilarión Eslava, quien, atento á la parte práctica de su oficio, siempre desdeñó la Historiografía Musical; de ahí que escribiera multitud de composiciones en el estilo rossiniano, imperante así en España como en Europa entera; pero, á trueque de ello, ni una sola línea de Historia ó Crítica dedicó á su Arte. Hombre comprensivo y de clara inteligencia, tuvo, sin embargo, en mucho á cuantos, más por afición que por lucro, ofrendaban por tales años parte de su vida y energías al aspecto especulativo y doctrinal de la música como rama del saber humano. Por aquella época podían contarse por los dedos los especializados en tales estudios; descollaban, sin embargo, en ellos los inolvidables Uriarte y Mitjana, fenecidos ya los dos con un intervalo de bastantes años, y el también fenecido conde de Morphy, muy versado en lo referente á vihuelistas del siglo xvi. El que estas líneas escribe, amigo particular de Mitjana y admirador de su inteligencia escrutadora, y con bastantes años más que él—hoy es una venerable ruina, cargada de *abriles*—, hubo de tomar afición á tales estudios sólo por lo que veía y oía á su lado en nuestras frecuentes excursiones á Toledo. Pues bien; el tal Jiménez Hugalde puso siempre á nuestra disposición de investigadores los treinta y tres enormes infolios de canto de *avril* ó de *facistol* que guardaba en la papelería (Archivo de música) juntamente con las setecientas y pico de obras á *papeles* que lo completaban. Hay que recordar también los noventa libros de coro custodiados en la *cuadra* del patio interior de la sacristía por el sochantre, puestos asimismo á nuestra disposición estudiosa. Por fin, los canónigos obrero y archivero nos permitían examinar cuantos códices, documentos, libros de actas, cuentas, refitor, etc., se custodiaban en sus respectivas oficinas



«Misa pro Defunctis», á 4 voces, autor Baldovin

referente á Música. De ahí resultó la labor enorme y copiosa sobre toda ponderación de Mitjana en sentido españolista, dada á conocer luego en sus andanzas diplomáticas por el Extranjero y sus numerosos escritos en favor de una restauración polifónica *nuestra*, española, escritos que andan dispersos por revistas, periódicos y libros. Vaya para aquellos dignos sacerdotes un piadoso recuerdo de gratitud.

¿Y qué decir del contenido musical de aquellos libros de canto de atril? Las fotografías adjuntas—(mínima parte gráfica que debe acompañar á este artículo para formar idea cabal de los grandes infolios corales y de la disposición de su música)—, obtenidas con otras muchas para un estudio sobre *Compositores místicos de los siglos XVI y XVII*, relevan al escritor de entrar en detalles acerca de su técnica musical y pictórica. Tú, ¡oh, caro lector!, goza por ti mismo, como Mitjana y yo hubimos de gozar oyendo, *escuchando hacia adentro* esa música tan especial, concebida casi siempre á muchas voces ó partes reales de armonía y ejecutada á la perfección por cantores y ministriles, á pesar de no tener líneas divisorias de compás, ni indicaciones de tiempo, ni de movimiento, ni mucho menos signos ó expresiones de colorido; solaza tu espíritu ante esos *Cantus, Altus, Tenor y Bassus*, el famoso tradicional *cuarteto a capella*, en que plasmaron sus concepciones musicales nuestros mejores compositores cinco y seiscentistas; mira cuán sintéticas son esas figuras *longas y cuadradas*..., hoy en desuso, y esos grupos *alfados y semialfados* y la constante ondulación de ritmo y el acercarse y separarse las voces entre sí para luego marchar unidas por breve intervalo..., y el formar entre todas un algo aéreo, celeste, de aspiración expresiva hacia lo infinito... y el arrancar al alma gritos de dolor ó el infundirle confianza ante el tremendo *más allá*... Todo esto y mucho más dice al espíritu la música polifónica de las fotografías. Nuestros Victoria, Morales, Guerrero, Comes, Soto de Langa, Francisco de la Torre, Boluda, Torrente, Alonso Lobo, Escobedo, Juan Navarro, Esquivel, Zevallos y cien otros son maestros en escrutar las reconditeces del alma para luego apoderarse de ella y elevarla hasta el Ideal... Los Palestrina, Orlando Lasso, Josquin, Mouton, Jannequin, Thibault..., extranjeros de gran valía todos, no están á mayor altura que los nuestros.

¿Y qué decir de la belleza que campea en las miniaturas adjuntas? Ante tu vista tienes, lector amable, una maravilla de dibujo, de color, de expresión, composición y ejecución realista, y debes gozarte en ella. Corresponden al gran Arte primitivo flamencoespañol, más flamenco que español; ellas te dicen más, mucho más, que todos los manuales de Arte hoy al uso. En efecto: contempla detenidamente las fotografías; vuélvelas á mirar una por una cien veces que sea preciso; seguramente tu admiración es tan grande que creas hallarte ante un cuadro de Wan-der-Goes, Wander-Weyden ó alguno de los españoles que se llamaron Juan del Rincón, Jacomart, Berruete, Pedro de Toledo, Yáñez... y de otros, anónimos muchos de ellos, cuyas tablas conservan Toledo, Cuenca, Burgos, Avila, Salamanca... en sus Catedrales é iglesias. Y nota de paso que el iluminador, pintor, miniaturista, calígrafo artístico ó como quieras llamarle, autor de tanta belleza, sería uno de tantos, uno de los adscritos al servicio de la Iglesia, amorosa madre protectora de cuantos sentían el fuego del Arte, quienes á trueque de unas monedas ó una escudilla del cotidiano yantar como serviciarios del Templo monacal ó catedralicio, nos legaban sin alardes de vanidad el fruto de su ingenio peregrino mirando tan sólo á la gloria de Dios por el cultivo del Arte en la Liturgia; el aplauso humano, la pequeña gloria del hoy, la despreciaban por efímera; sólo alguno que otro, más humano, dejó incrustado, á modo de superposición en alguna letra inicial de gran tamaño, su nombre de pila, de familia ó de cualidad, casi siempre sin relieve social alguno. En la humildad aventajaron los miniaturistas á los músicos; sabemos los nombres de muchos compositores; pero, en cambio, quizás no se encuentren en los libros miniados de las Catedrales españolas arriba de dos docenas de nombres, y aun de ellos apenas si se sabe nada. ¡Contraste de ayer á hoy entre gente

de pinceles y aun de notas! Y aquí, ya para terminar, debía ofrecerte, paciente lector, un ejemplo de música gregoriana y otro de canto mozárabe, ambos en su propia notación neumática; más ninguno de los dos estaría al alcance de tus conocimientos paleográficos ni de los míos. A los no versados en tal escritura nos basta con que la Comisión Pontificia nombrada por Pío X para la restauración del canto gregoriano é integrada por eminencias de Europa entera, haya dado por bueno, tras estudios de años y años, y siempre dispuesta á examinar las nuevas aportaciones que se hagan, lo que se juzga más santo, bello y universal para alabar á Dios dentro de la Iglesia Católica, dejando desde luego abiertas cuestiones secundarias y de detalle á la adquisición de eruditos y especializados.

Asimismo, el canto mozárabe, hoy todavía en muda interrogante, pronto, á lo que parece, será una realidad contestada mediante estudios de crítica y, sobre todo, con una edición auténtica de varias melodías tradicionales que los Benedictinos de Silos están ultimando. Su origen, notación, diversificación del canto gregoriano, repertorio, etc., son cuestiones que sobrepasan los estudios de los no especializados. Los doctos padres silenses y monseratinos, harán una obra de sano patriotismo recogiendo la tradición musical de la Iglesia española mozárabe.

Hagamos votos por que la música religiosa nacional alcance el esplendor de los siglos de oro y tributemos de paso una palabra de elogio á nuestros musicólogos, en especial á Mitjana, cuyas son, en su casi totalidad, estas ideas con las fotografías que las ilustran, obtenidas por él y por el articulista tan sólo mediante la benevolencia de unos muy doctos Maestro de Capilla y Canónigos, precisamente en una época de gran desconocimiento de la música eclesiástica española.

Gamaliel GUZMÁN de MENDOZA y ÁLVAREZ de CASTRO

En tierras de Cantabria, año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, 1928.



«Segunda página de la Pasión», según San Mateo, á 4 voces

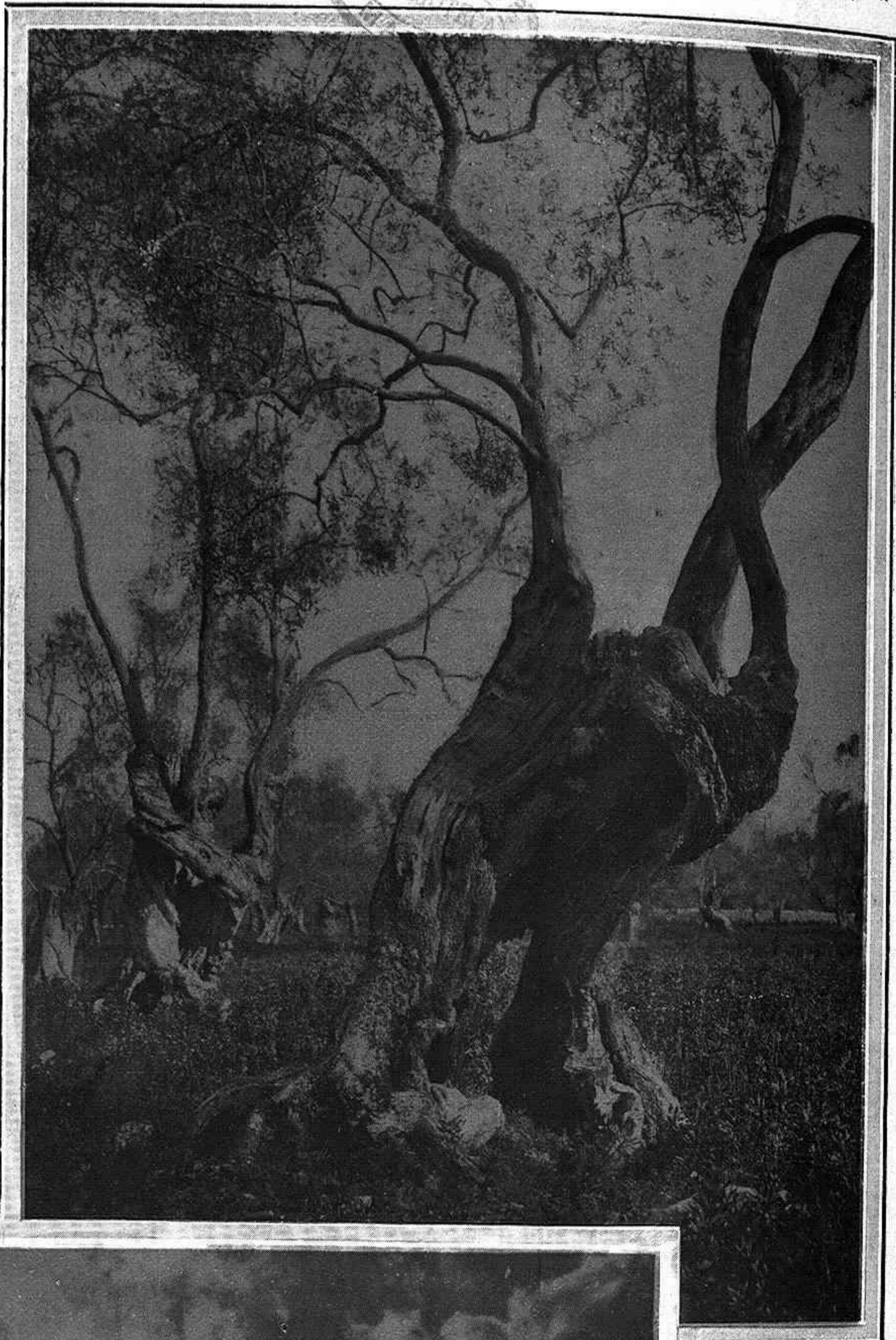
RECUERDOS DE MALLORCA

LA ISLA MARAVILLOSA

OTRO gallo nos cantara á los españoles si en lugar de habernos pasado siglos enteros descubriendo territorios lejanos y en andanzas y aventuras de civilizar y colonizar pueblos exóticos, hubiésemos concentrado nuestras miras, inteligencia y energías activas en nuestro propio solar.

Y un día nos damos cuenta de que los campos de Andalucía, Extremadura ó Valencia, bien cultivados, mediante la implantación de los modernos sistemas de regadío, pueden producirnos más y con menos riesgo y trabajo que las antiguas posesiones en donde volcamos nuestras arcas y dejamos la sangre de varias generaciones. Y otro día nos percatamos de que Galicia, Asturias y toda la zona norteña tienen tan hermosos panoramas y riquezas como otras famosas comarcas del mundo, y que Cataluña y Vizcaya son tan industriosas como lo pueden ser sus similares extranjeras, y que en las Castillas, resueltos que sean los problemas de irrigación, hay un caudal inmenso por explotar.

Circunscribiéndonos hoy á Mallorca, «la isla maravillosa», llamada así con sobrada razón, son tantas las sensaciones que acuden en tropel á la memoria de los que tuvimos el placer de recorrerla de punta á cabo, que no se sabe cuál de ellas es más de admirar. Si se trata de recordar los cuadros inolvidables de sus bahías y ensenadas, Palma, Pollensa y Alcudia, nos ofrecen su esplendor. Si hemos de reproducir las impresiones indelebles de sus paisajes de encanto y plenitud arborecente ó frutal, los célebres valles de Valdemosa y Soller nos colman la medida. Y sus asombrosas cuevas de estalactitas, estalagmitas y pilares, tanto las gigantescas de Artá y del Drack, como las de más reducidas proporciones, pero mágicas como un sueño de hadas, del llams, en Manacor. Y sus estupendos viejos olivos, que á millares pueblan sus llanuras y ondulaciones, de tan típicos y caprichosos troncos, que parecen retorcidos y perforados por atletas milenarios. Y sus poéticos molinos de viento, que hacen revivir en la imaginación las dos más geniales figuras creadas por el numen español, immortalizadas en el libro glorioso. Y las callejas de las aldeas limpias, coquetas y graciosas, en donde las lugareñas, con su laboriosidad pa-



Olivos milenarios de Palma de Mallorca



Molino de viento de la campiña

cífica, resignada y tranquila, nos dan una eterna lección de desinterés, abnegación y renunciamento á los que nos afanamos por conquistar lauros y satisfacer exageradas ambiciones en las ciudades.

Todas estas grandezas y preciosidades estéticas que encierra la isla mallorquina, perla del Mediterráneo, deberían ser mucho más conocidas del resto de los españoles. Toda empresa, en fin, que se acometa para fomentar la divulgación de sus inefables maravillas, será siempre de supremo interés cultural y patriótico.

FRANCISCO ANAYA RUIZ

VERITA



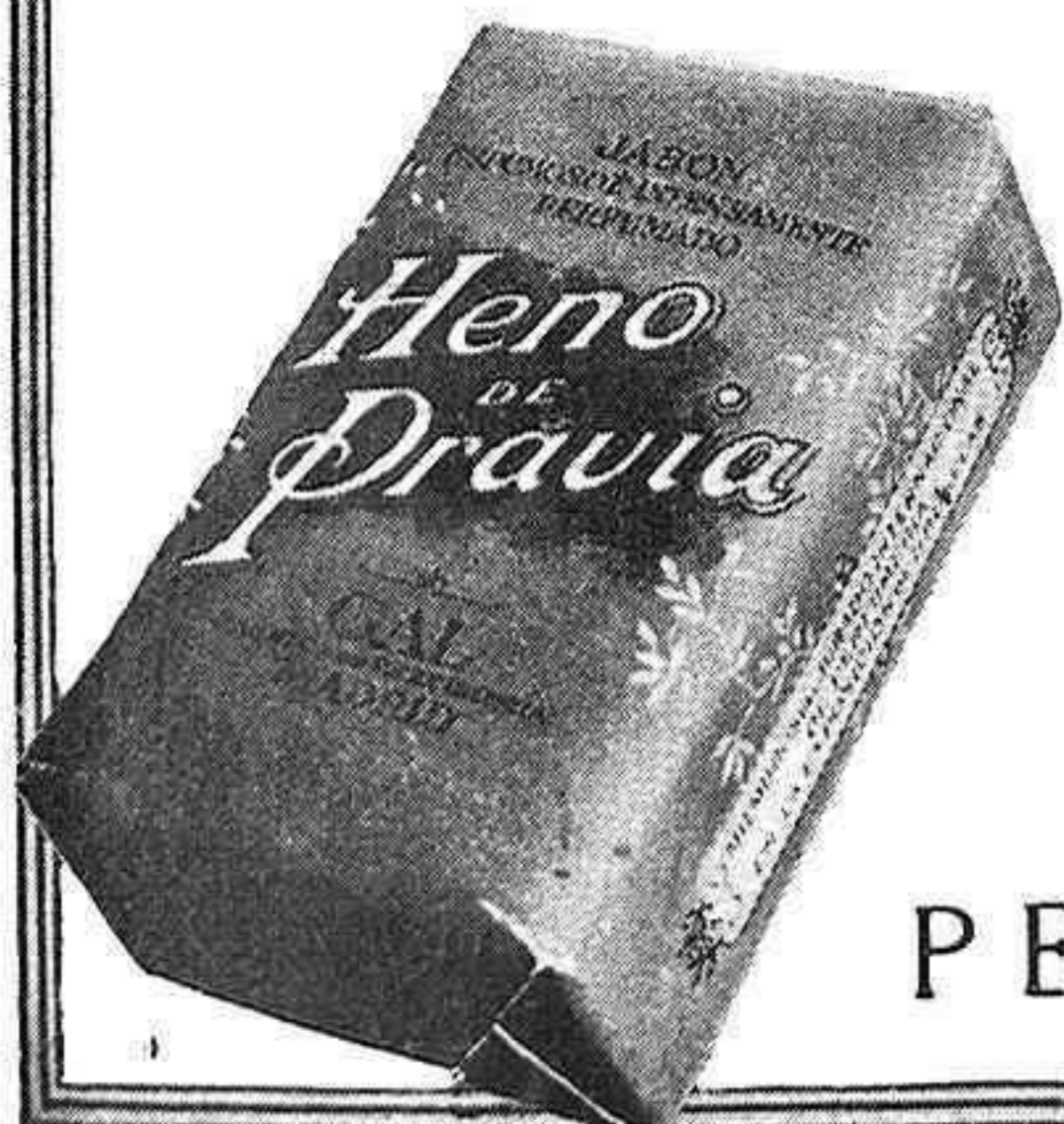
La suavidad del cutis
es respetada por el Tiempo,
cuando está protegida por el
JABÓN HENO DE PRAVIA

Millones de personas lo usan.
Úselo usted también para
conservar la bella juventud
de su cutis.

Pasta neutra y compacta.
Espuma suave. Perfume intenso.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



TEMPLO Ó MERCADO

LOS CASCABELES DEL BUFÓN Y LA TIZONA DEL CABALLERO

LA ONZA

LA ola de vulgaridad y chabacanería teatral envolvió á Ruiz Tatay y lo tiró sobre el acantilado. Este admirable intérprete de nuestro teatro clásico no quiso heñir su trabajo con la tizna del zafio mercantilismo. Cuando la piara analfabeta calificaba de «latazo» *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*, y el retruécano grosero y bastardo servía de alimento teatral á la chusma, en aquellos instantes en que periclitaba el buen gusto y la plebeyez del autor se unía á la del espectador en alegre maridaje, para dar escoria por oro, Tatay lió sus bártulos, se hizo un nudo en el corazón y fué á enterrar su melancolía y su tristeza á una ciudad andaluza.

Prefería el silencio del cenobio y la soledad del eremita á la pesadumbre de ver su arte maltratado por las turbas. Aquel D. Lope al que Tatay dió vida tantas veces para gloria de nuestra escena, se sublevaba ante la palmaria injusticia. El templo estaba vacío. En el viejo tablado huían acobardadas las siluetas fugitivas de nuestros grandes poetas. El mercachifle suplantaba al sacerdote. Y en los desvanes y cuevas la herrumbre corroía las tizonas de los viejos soldados y la polilla aportillaba los justillos y chapines de las damas. El hierro de las corazas que taparon los pechos hidalgos servía ahora de cubierta en los mostradores de las tabernas, y el claro, limpio y señorial lenguaje castellano fué como onza caída de la escarcela del caballero y recogida por las manos sucias y bastardas de una jauría de pícaros.

LA GACETILLA Y EL TALENTO

Se había roto el pacto. El bufón suplantó al artista. El teatro era lonja y mercado de truchimanes. La carátula dramática fué convertida en boca de buzón. Y la gloria del autor y del artista se midió por la extensión de las gacetillas periódicas y el talento por el dinero acumulado en las liquidaciones.

El que no pudo ó no quiso adaptarse, sucumbió. Huyeron otros, derrotados por la avalancha, guardando como un tesoro su pudor artístico.

Entre estos últimos está Ruiz Tatay, al que hemos visto en su retiro de la Ciudad Lineal.

AUTORES DE FUERTE MASCULINIDAD

—¿Para qué quiere usted que hable del teatro? Yo vivo ahora encerrado en mi casita, cuidando las gallinas, leyendo á ratos... Hay que aguardar—dice filosóficamente—á que pase esta racha. Ya parece que se inicia una evolución. Es una cosa lenta, pausada... El estómago del público está estragado por los pistrajes que le han servido durante tantos años, y la convalecencia tiene que ser larga.

—¿A qué achaca usted este desvío por el buen arte dramático?

—A la falta de autores. ¿Dónde están los autores de nervio viril, de fuerte masculinidad?—pregunta el ilustre actor—. No se hace más que la comedia llamada *blanca*, porque no tiene ningún color, ó el juguete cómico deslavazado. Y no es que yo crea que esos géneros teatrales no

amargos de mi vida. Cuando oía las carcajadas en el teatro creía que el público se reía de mí y no del tipo que representaba. Se me subía el pavo á la cara, y cuando hacía mutis sentía tanta vergüenza que me daban ganas de esconderme detrás de las bambalinas y no salir más. Comprendí que no era honesto envilecer mi arte por vivir, y me retiré. Porque una cosa es la gracia que se desprende de un tipo humano, de un carácter que al chocar con la realidad presenta facetas regocijadas, y otra la que surge de la payasada y de la arbitrariedad. Yo me dediqué al teatro porque creí, y sigo creyendo, que es un arte noble.

UN TEATRO NACIONAL

—¿Y cómo cree usted que podrían abrirse los nuevos caminos para llegar á la reivindicación de nuestra escena?

—La crítica teatral va haciendo una depuración benéfica y útil. Es una muralla, aunque débil todavía, para contener el oleaje del mal gusto. Nos falta también un teatro nacional, amparo y cobijo de las grandes obras de nuestro siglo de oro. Este teatro sería también un refugio—y si esta palabra no es justa—, un galardón ó premio para los actores que no quisiéramos transigir con las modalidades de nuestro teatro actual, y que somos víctimas de nuestro temperamento. El teatro nacional es una necesidad en nuestro país. Tenemos una gran riqueza dramática escondida. ¿No es absurdo que para ver *La devoción de la cruz* ó *El alcalde de Zalamea* haya que ir á París ó Berlín? Y no es cuestión de dinero. La culpa es de esta apatía suicida, de esta desconfianza mutua que hace que demos por fracasada una tarea antes de comenarla. Yo veo en el teatro nacional la dignificación de nuestra escena. Sería el regulador estético, el que puliera el buen gusto. Un teatro que acogiera no sólo las grandes obras clásicas y románticas, sino también las obras del repertorio de Benavente, los Quintero, etc., que tienen ya una jerarquía y que están incorporadas por sus grandes

méritos á la falanje de las grandes obras universales. Pronto vendrán á España miles de extranjeros á visitar las Exposiciones de Sevilla y Barcelona. Estos huéspedes exóticos, muchos de ellos, han aprendido el idioma castellano en Moreto, Cervantes, Tirso, Calderón, Guevara... Querrán ver las grandes obras clásicas interpretadas por actores españoles, y tendrán que conformarse con oír las comedias de sus compatriotas arregladas al español.

Y Tatay hace una pausa, y repite tristemente:

—Yo me dediqué al teatro, porque creí, y sigo creyendo, que es un arte noble.

JULIO ROMANO



LEOVIGILDO RUIZ TATAY

Notable actor

deben hacerse. No es eso. La escena es un mar al que deben afluir todos los ríos. Pero al desaparecer de las tablas la emoción dramática, el teatro pierde lo que más ha contribuido á su gloria y á su prestigio.

—¿Y cómo, amigo Tatay, no forma usted una Compañía á base del repertorio clásico y romántico en el que usted ha cosechado tantos laureles?

—Hace años salí á provincias con una Compañía de la que yo era director. Los empresarios rehuían las representaciones de obras clásicas, diciéndome: «Eso no gusta aquí. La gente quiere reirse.» Y pedían á Madrid los estrenos últimos. Yo me vi forzado á estrenar algunas obras de retruécano, y créame que pasé los ratos más

LOS LIBROS NUEVOS

CIENCIA Y MISTICISMO

DEL período furiosamente materialista por que atravesó la ciencia hace algunos lustros ha quedado á las gentes un concepto positivamente equivocado de oposición absoluta entre la investigación científica y el misticismo.

No faltan, por otra parte, sabios que proclaman la compatibilidad entre el misticismo y la ciencia. Carlos Nordmann, el ilustre astrónomo francés, por ejemplo, lo hace así en el epílogo de su libro *L'au-delà*, que merece ser conocido por su valentía de exposición y porque á él llega el autor después de analizar los diversos sistemas filosóficos partiendo del de Spinoza, para llegar á Carlos Richet, deteniéndose, sobre todo, en los de Descartes, Kant y los neotomistas.

Ese epílogo dice así:

«Con Henry Poincaré se admite generalmente en la actualidad que las teorías científicas no pretenden agotar la realidad, sino á lo sumo, desbastarla. En realidad, esta idea de la indeterminación de las teorías es muy vieja. Hace ya veintitrés siglos que Epicuro escribió:

«Todo acaece de una manera inflexible, aunque todas las cosas puedan ser explicadas de diferentes maneras, sin contradecir los fenómenos y á condición de respetar lo que acerca de ellos haya sido establecido sólidamente.»

Los sistemas son vestidos á la medida, más ó menos ajustados, con que cubrimos á la realidad. Y sólo mediante esos vestidos podemos conocerla, porque semeja á *El hombre invisible*, de Wells, que pasaba inadvertido entre los otros hombres cuando estaba desnudo.

Esos vestidos están formados por diversas fuerzas, que son los datos que tomamos de la realidad.

Nuestro espíritu puede combinar esos datos de diversas maneras. Así, el kaleidoscopio saca de elementos coloreados constantes las figuras más diversas. De ahí la indeterminación de los sistemas, de las teorías del mundo.

El tormento trágico del espíritu humano consiste en que no puede concebir las cosas sino en tanto que se las representa, en tanto que las da una figura accesible á sus propias normas. El agua toma la forma del vaso. Pero, ¿nuestro espíritu es el agua? ¿Dónde está el Universo? Misterio.

Cuando hundimos nuestra mirada en el fondo de un pozo, donde dicen que se oculta la verdad, ¿vemos algo que no sea nuestra propia imagen reflejada? Sería necio afirmar que fuera de nuestro espíritu no hay nada; no hay nada más que lo incognoscible. Y ese incognoscible nos sale al paso en

cuanto abordamos lo que se nos presenta más inmediatamente: la materia.

Escrutándola con sus balanzas y sus instrumentos maravillosamente precisos, los físicos han demostrado que se reduce, totalmente, á gránulos imponderables de electricidad, que no son, á su vez, sino gránulos de energía. ¿Pero qué es esa energía? ¿Cómo explicarla? Misterio. Por otra parte, no hay nada menos material, en el sentido vulgar de la palabra, que la energía. Así, en un sentido, la física moderna ha espiritualizado, ó por lo menos sutilizado, la materia. Y el tiempo y el espacio mismos á que nos afe-

ramos como á cuerdas sólidas apropiadas para preservarnos del vértigo, ceden y se disuelven ahora en una franca metafísica.

Se ve bien cuán grande es el error de los que han querido oponer la ciencia al misticismo. El misticismo, es decir, el sentimiento y la comprensión de un incognoscible, de un inconcebible, de un inefable, que es el final, la conclusión necesaria de la ciencia moderna. Sé de deterministas que no son religiosos, porque, á su juicio, las religiones reveladas no son suficientemente místicas y reducen demasiado la parte del misterio. Esto podría sostenerse.

Soñamos un ideal sobrehumano é informulado; pero por lo mismo que es sobrehumano, no nos es ni tangible ni inconcebible. No podemos conocer si no lo que podemos concebir, y esto está enormemente reducido por nuestra naturaleza. Sin eso está el mal irremediable que hace surgir en nosotros, según nuestro carácter, la rebeldía, la serenidad ó el éxtasis. En eso está todo el drama. En eso más que en el hecho doloroso de que ignoremos si lo posible que concebimos es ó no real.

Y luego he aquí que llega la muerte. El sueño sin ensueño ó la noche estrellada, noche que después de la cegadora luz de nuestro sol diurno nos descubre millones de astros desconocidos más vastos y más bellos.

A los ojos del sabio, todo, salvo nuestra ignorancia, es mediocre en nuestro destino y el dolor de morir no lo es menos que la alegría de vivir.

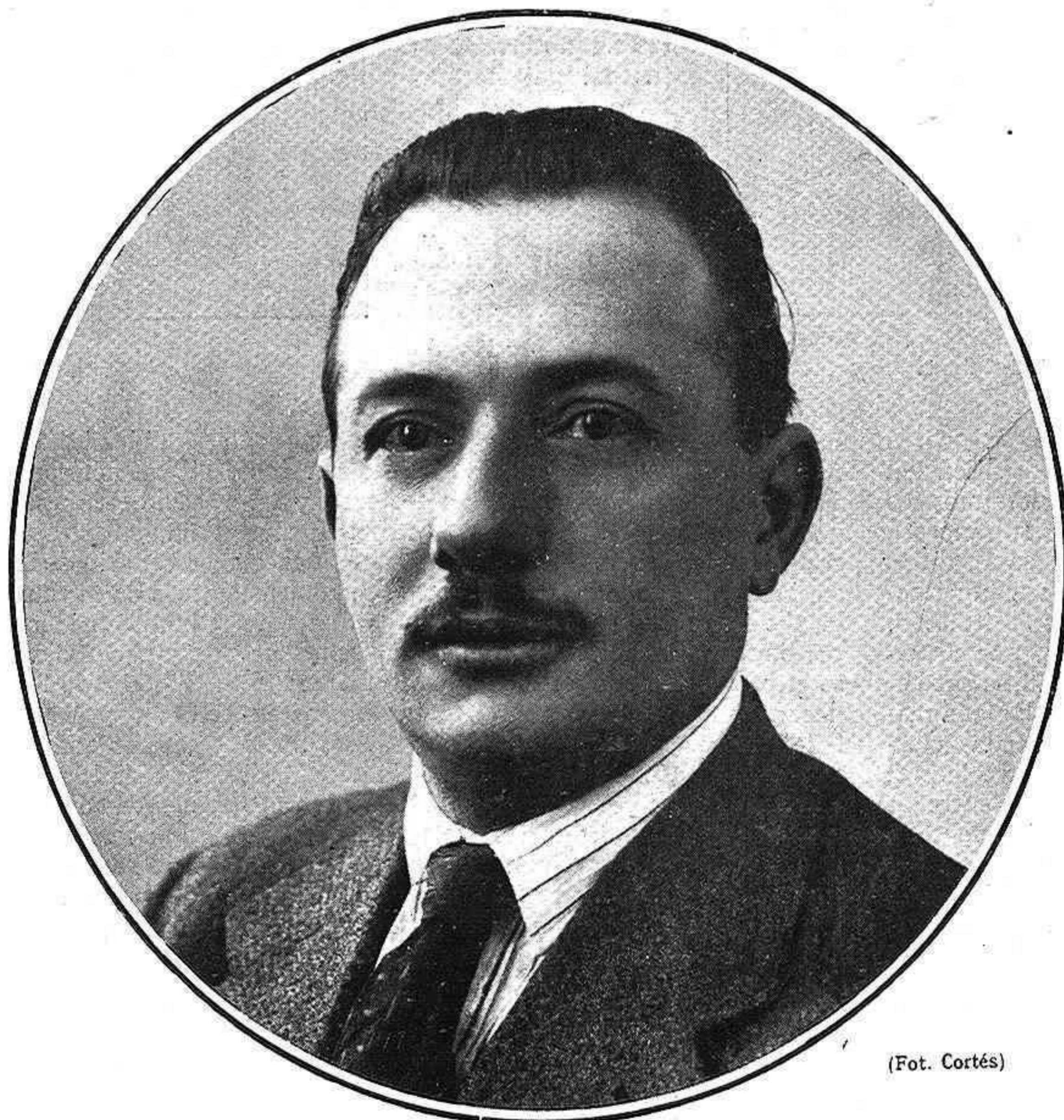
Así, para él el problema de la vida no es ni menos cautivante ni menos dramático que el de la muerte. No teme más la calma de la nada que un comienzo. Pero no todos somos sabios. Y por eso, entre tantos problemas, el de la supervivencia es el que apasiona á la mayor parte de los hombres.

Pero es posible que tenga otras soluciones, hasta positivas, que las expuestas por el vulgo.

Hemos visto, por lo demás, que aparte de las religiones, nadie le ha resuelto terminantemente ni aun los que niegan la inmortalidad. Si creer no es saber, negar es, con demasiada frecuencia, no comprender.»

Tal es la posición actual de los verdaderos hombres de ciencia. Por encima de sus conocimientos, pueden, pues, estar sus creencias y sus sentimientos fundamentales, impulsándolos hacia un misticismo tanto más elevado, naturalmente, cuanto mayor es la cantidad de conocimientos en que se basa.

ALFONSO CAMÍN EN MÉJICO



(Fot. Cortés)

Se encuentra en México nuestro querido amigo y colaborador el gran poeta Alfonso Camín, á quien la dirección de Prensa Gráfica ha encargado la preparación de un número extraordinario de LA ESFERA, dedicado á aquella gran República.

Alfonso Camín tiene en nuestro campo literario una vigorosa personalidad. Su gran talento de creador mira hacia distintos aspectos artísticos: el verso, la novela, el periodismo. Y en todas estas ramas literarias, el mismo acento de fuerza y de nervio, la misma palpación robusta, el mismo tono ardiente y apasionado. En esta hora literaria de blandura, de vacilación y de rebuscamiento, Camín da siempre la nota enérgica, el acento de emoción sobria, sincera y verdadera.

El autor de «La Carmona» está perfectamente capacitado para la organización de este número que LA ESFERA se propone publicar. Es un profundo conocedor de la vida y los ambientes mexicanos. (Reciente está el gran éxito de su novela «Entre volcanes», donde palpitan reciamente las llamas de la revolución.) Ha conocido triunfos, inquietudes, luchas y dolores de aquel gran pueblo, que está hoy en uno de los momentos más interesantes y más decisivos de su historia. Ha recorrido todas sus ciudades, y se ha emocionado ante todos sus poetas. El espíritu, el ambiente de México—lucha, dinamismo, inquietud—van bien con el temperamento—esas mismas características—de nuestro gran poeta.

La vida, el arte, los problemas, la industria de México, todo cuanto es allí vida é interés, será reflejado por Alfonso Camín en las páginas de ese extraordinario de nuestra revista. Con ello, LA ESFERA, una vez más, da prueba de su espíritu de cordialidad y de atención hacia lo hispanoamericano. En nuestra revista encuentra siempre eco todo latido de la vida de las repúblicas hijas de España. México es actualmente uno de los países de más poderosa vitalidad en aquel continente, y LA ESFERA quiere recoger los aspectos que presenta á los ojos del mundo ese gran momento de la vida mexicana.

Alfonso Camín sabrá realizar con su peculiar acierto la labor que le hemos encomendado, y pronto los lectores de LA ESFERA podrán conocer el fruto de esa gestión en el número extraordinario que dedicaremos á la gran república hispanoamericana.

Los extranjeros en la Península

Paisaje español visto por ojos alemanes



Capilla rural de la provincia de Valencia

un doloroso desengaño; pero quien sea capaz de comprender la grandeza de un paisaje que renuncia por completo á los estímulos corrientes, y pueda sentir el encanto de una soledad verdaderamente inaudita dentro del ambiente europeo, el carácter de esta parte de nuestro viejo mundo le parecerá más encantador que todas las hermosuras juntas del paisaje italiano que muchas veces sólo producen un efecto superficial y algo teatralizado. Naturalmente, al viajero de Baedeker, cuya suerte es ir en el rápido de Irún á Madrid y de allí á Granada mirando la tierra espa-



Entrada de un pueblo aragonés

ESPAÑA no corresponde á la imagen que se forma del país la fantasía romántica del anhelado alemán. En él no encontramos los parques abandonados, de vegetación vaporosa y aromática, ni los pinares y cripsales, ni los palacios en ruinas con que se enlaza tan inseparablemente el recuerdo del paisaje italiano, mucho más conocido en Alemania, por su vecindad, que el de España. A la verdad, se pueden ver también en distintos lugares de España rasgos de todo eso; vegetación más rica en las huertas á orillas de los ríos y en las vegas vecinas al mediterráneo ó en la zona estrecha entre la frontera portuguesa y el cabo de Finisterre, pero amansada en todas partes por la economía humana y despojada de la influencia estética de la naturaleza abandonada á sí misma. Por todo el país hay ruinas de dos milenios de preciosísima arquitectura; pero fuera de la Alhambra no están casi en ninguna parte tan íntimamente unidas al encanto de un paisaje dulce y lozano, de una naturaleza que da pródigamente, tal como lo encontramos en Italia, constituyendo atracción irresistible para el septentrional. Contrastando con eso, la fisonomía de España en sus rasgos dominantes, es dura, rígida y severa con tendencia á lo heroico hasta llegar á lo fantástico, y la voz de este paisaje no es el dulce son de la flauta del fauno, sino los gritos de Eolo, que silba por las grietas y quebradas de las peñas.

En verano el país está reseco por los rayos de un sol despiadado, en invierno barrido por vientos glaciales cargados con nubes de polvo, poblado únicamente por los rebaños trashumantes de ovejas, por innumerables conejos y otros animales adaptados á la vida de la estepa. El que entra en el país con la imagen del paisaje italiano en su corazón, se lleva primeramente

ñola desde la ventanilla del tren, no le sugerirá nada el entendimiento para comprender eso. Sólo el que ha vivido en estas regiones y vagado en todas las estaciones del año por los barrancos salvajes, los despeñaderos, los montes cubiertos de espliego, de tomillo y de romero; el que ha cruzado las vastas dehesas donde la perdiz arranca á volar zumbando y la milopa se cierne acechando un despojo; sólo el que ha pasado por las aldeas abandonadas en una soledad indescriptible donde siguen al forastero miradas de asombro ilimitado, sólo él notará cómo ese mundo singular que nada puede ofrecer de las atracciones ordinarias va poco á poco adueñándose de su corazón. Entonces despiertan á la realidad y toman cuerpo visiones como la del loco hidalgo que no podrían haber nacido sino de tal paisaje, y lo que hasta entonces sólo

era idea inanimada se torna un hecho. Si se añade al horizonte de ese espacio infinito un montón de nubes que es tan característico de España, entonces ya tenemos preparado el magnífico escenario donde se desarrolla con agitación dramática el mundo quimérico del inmortal caballero tan incomprensible y hasta natural, como los audaces sueños de los héroes de la conquista que sin duda no estaban ávidos solamente de oro y poder.

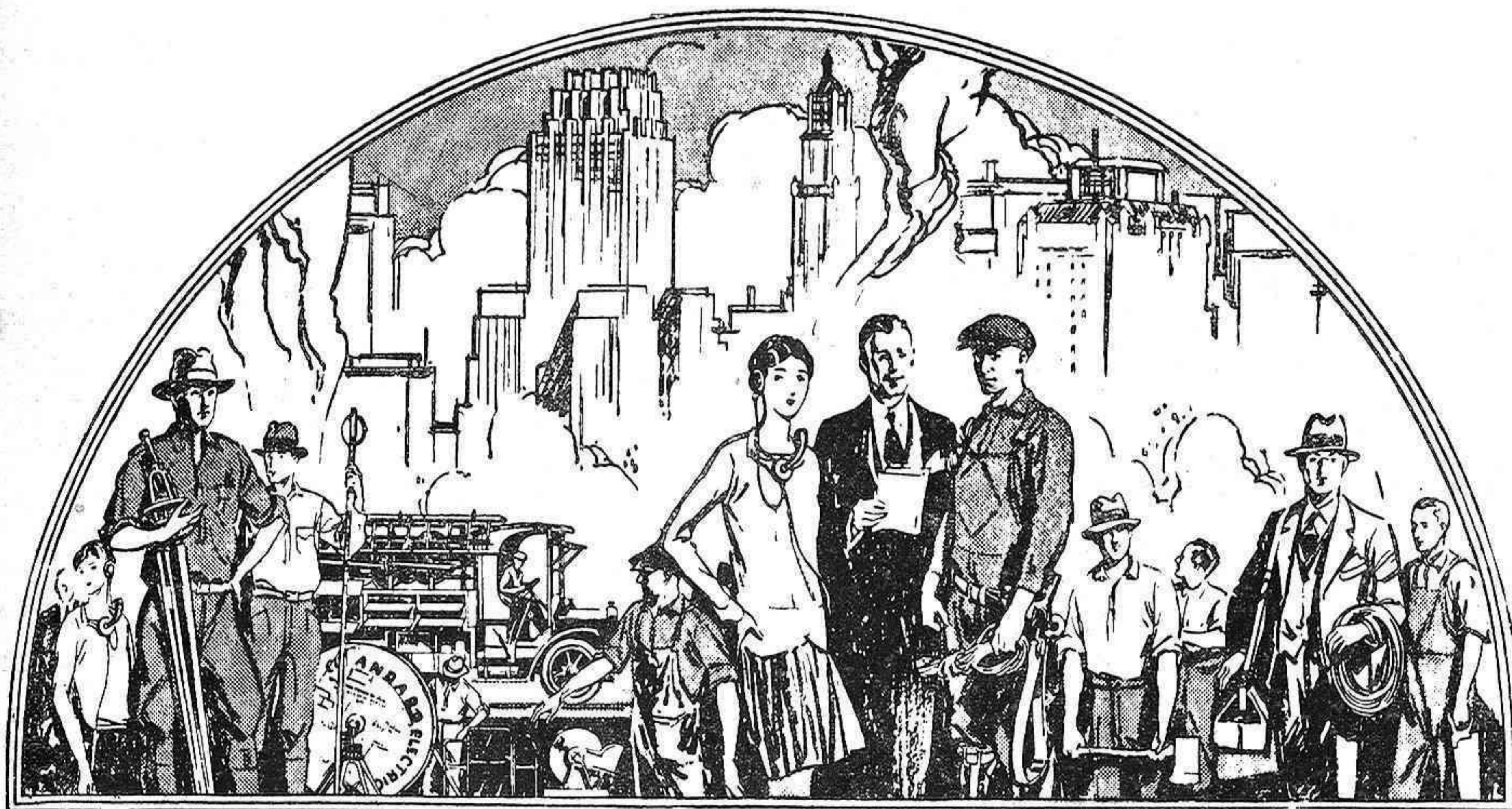
Los hombres de este país no son así por casualidad, sino como los encontramos naturalmente, como hijos de su terruño, equipados con los caracteres para cuya formación han cooperado la escasa naturaleza y la abigarrada historia de su país. De esta manera el aldeano español, como aparece al calificador alemán, se ha formado como hombre laborioso, modesto, con un marcado dominio sobre sí mismo y de íntima dignidad, siempre afable, sin rudeza ni la envidia desmesurada que constituye la cruz de nuestro país: odio social que envenena de un modo tan repugnante la vida de todos los hombres en las tierras de la gran industria europea. Por todas partes, en España, el forastero es acogido é informado con la mayor cordialidad, y esa afabilidad no es sólo un gesto, sino la expresión de la amabilidad y bondad natural de una raza de hombres sobrios y orgullosos de su civilización. Aunque nosotros no queramos el ideal del hombre español, podemos aprender mucho de él, sobre todo la conciencia de lo insensata que es la manía de poder y riqueza, de constante progreso económico, si con ellos son atropellados valores impercederos de la vida.

DR. LEO VON
BOXBERGER



«Aldeano castellano», pintura al óleo por Curt Leyde
(Fotografías del autor del artículo)

Berlin-Zehlendorf.



Para que el servicio sea útil al público

Nuestros ideales de servicio y nuestros esfuerzos por servir bien al público están fundados en sanas consideraciones mercantiles, porque cuanto más útil hagamos el teléfono, mayor será el uso que de él se haga. Continuamente estudiamos la manera de mejorar el servicio. Nunca cesa la instrucción de nuestros empleados, ni la aplicación de métodos perfeccionados y nuevos inventos.

Las relaciones entre el público y nosotros son las que determinan el verdadero carácter del servicio telefónico.

Y como no hay un servicio público más personal que el teléfono, constantemente buscamos el acuerdo y cooperación de todos en la gran tarea de facilitar en todo momento un servicio cuyo alcance y cuyo valor sean cada día mayores.

Compañía Telefónica Nacional de España



Elegancias



«Toupé» color «beige» con incrustaciones del mismo material

(Modelo Lewis)



Vestido de mañana, la falda de lana plegada, y el cuerpo de punto inglés



Vestido-abrigo en terciopelo negro con vivos de seda roja

EL año 2000, cuando los hombres de entonces hagan el balance de nuestra época, cuando analicen todo lo conseguido por nosotros espiritual y materialmente, nos tacharán, con razón, de locos ó absurdos y quién sabe si de degenerados.

De aquí á entonces, en este nuestro siglo de evoluciones, la mecánica, la física, la química, y en el orden espiritual de ideas, la literatura, la pintura, la escultura y la música, habrán sufrido grandes transformaciones.

Los historiadores podrán hacer una terrible requisitoria, por la que se demostrará que nuestro arte ha atentado contra la magnificencia de la Naturaleza, profanándola hasta el punto de cometer crímenes de lesa belleza que jamás nos podrán ser perdonados.

Lo mismo que en la pintura se ha llegado á deformar el ser humano y se ha profanado el paisaje, en el terreno del mobiliario de nuestro hogar, por ejemplo, el dislocamiento, el vértigo y el nerviosismo de nuestra época han hecho creaciones verdaderamente grotescas, con el perjuicio de quitar á todas las habitaciones de



Abrigo de terciopelo negro, con guarnición de chinchilla
(Modelo Doeuillet-Doucet)



Vestido de «moirée» rosa y capa de «damé» de plata forrada en la misma tela del traje
(Modelo Paquin)



Abrigo de terciopelo negro, guarnecido de renard
(Modelo Doeuillet-Doucet)



Abrigo de paño color «beiges»
(Modelo Bernard)

nuestro hogar esa nota de confortable intimidad que nos hacía tan grata la estancia en él.

Estos decorados de hoy, creados á base de planos inmensos sin «color» ni armonía; esos muebles absurdos, sin confort, no son, ciertamente, acogedores. Lo son más, sin discusión, esas casas amuebladas y decoradas con sencillez; pero con una estética y un refinamiento basados en principios optimistas que hacen del hogar algo tan deseable como la cura de reposo á un enfermo que sufra moral ó materialmente.

Volvamos un poco nuestros ojos al pasado, á aquellos días en que se hacía del hogar un culto, ó cuando se celebraban en él las fiestas íntimas y, juntos con las más destacadas personalidades, se reunía la juventud alegre para bailar al compás de un lindo vals boston. Eran, indudablemente, tiempos más sencillos, pero mejores.

Claro es que al hacer estas consideraciones no vamos á sostener que todo lo actual sea malo; pero sí sería conveniente un poco de clasicismo, en lo que á la casa se refiere; esto es, comodidad, aunque dentro de las más modernas inspiraciones.

Son muchos los decoradores y mueblistas que, huyendo de las estridencias y exotismos reinantes, crean muebles de verdadero gusto, con los

que se compone una vivienda alegre, cómoda y aun acogedora por todos conceptos.

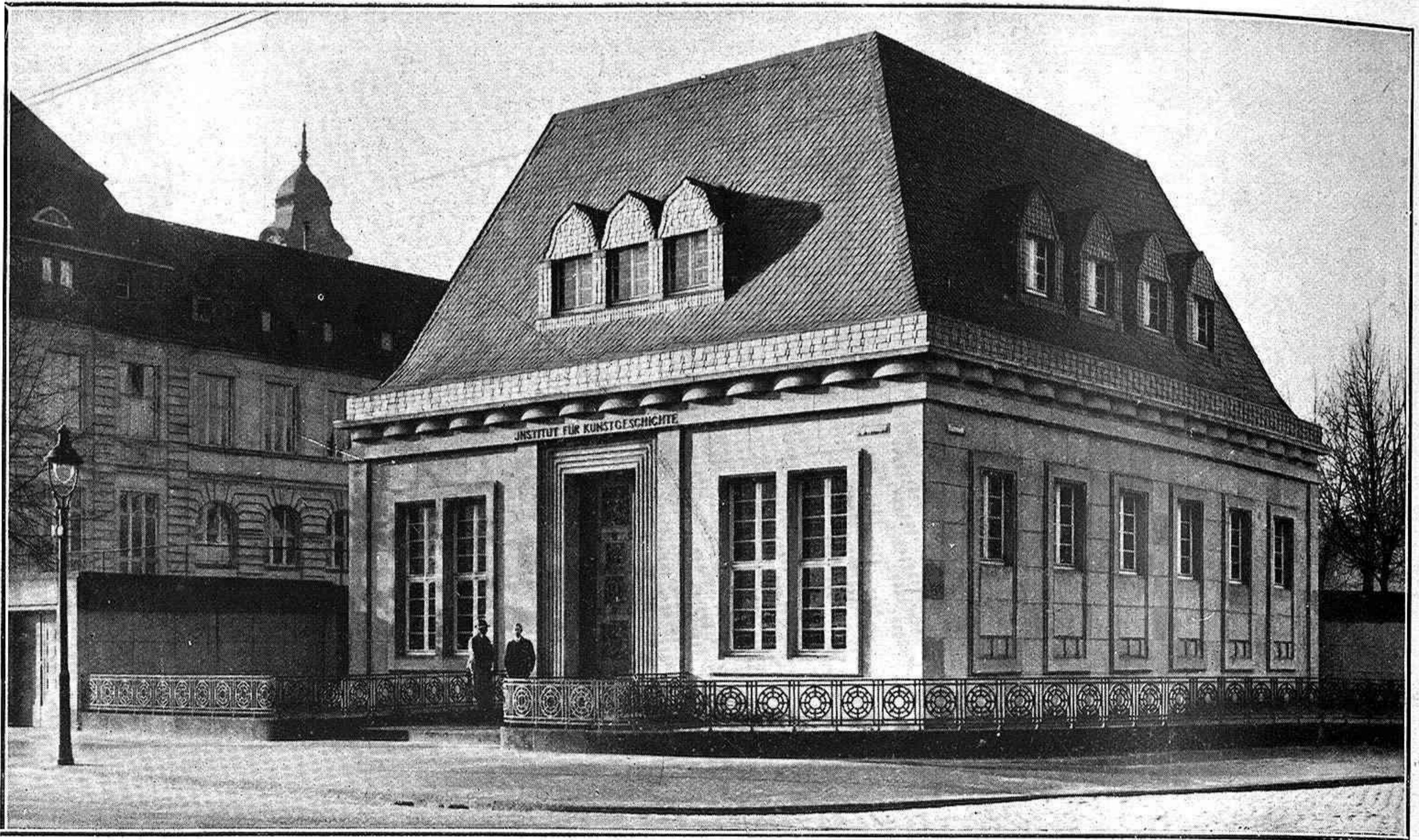
Las decoraciones murales; las alfombras y tapices; los cortinajes transparentes, casi etéreos; los cuadros, los objetos artísticos, son detalles indispensables en el hogar; ellos crean un ambiente de calma y bienestar necesarios para el cuerpo y el espíritu tras de la lucha activa de la vida.

El hall debe ser siempre de un estilo sobrio, con muebles sencillos y con una decoración mural conforme al conjunto y tono general de la pieza; el despacho ó estudio no estará logrado si no da una idea de la profesión ú oficio á que se dedique la persona que ha de trabajar en él; y la alcoba, el comedor, la habitación de estar (pieza imprescindible en nuestro moderno home), habrán de ser, principalmente, acogedoras y gratas. Cada mueble ha de ser como una caricia para nuestros ojos; entre ellos debemos sentir una sensación voluptuosa de reposo; todo á nuestro alrededor debe hacernos olvidar el vértigo constante de nuestra vida de trabajo y proporcionarnos la ilusión de que aún vivimos días de romanticismo, ajenos á estos otros en que todo es egoísmo, materialidad y locura.

ANGELITA NARDI



Vestido de lanilla á grandes cuadros en escocés
(Modelo Bernard)



El Instituto de Historia del Arte, de Colonia, que dirige el sabio catedrático Brinckmann

HISTORIA DE ARTE

La antigua y la moderna arquitectura europea

El profesor A. E. Brinckmann ha venido á Madrid, como un estudiante, á estudiar... Este profesor es catedrático de la Universidad de Colonia y director del Instituto de Historia del Arte de dicha importante ciudad.

Durante mucho tiempo, el profesor Brinckmann ejerció la carrera de arquitectura y se dedicó á estudiar los problemas de la urbanización moderna. Después se preocupó de hacer investigaciones artísticas, y en 1919 fué nombrado catedrático de *Historia del Arte* de la Universidad de Rostock, de donde pasó en 1921 á la de Colonia para explicar la misma asignatura.

Hoy, Brinckmann estudia la Historia del Arte europeo desde sus orígenes hasta el momento presente. Y le parece que este arte, desde Portugal hasta un límite que pasa por Polonia y los Balcanes, constituye una gran comunidad cultural en la que fuerzas políticas y fuerzas artísticas han accionado y reaccionado unas sobre las otras de modo consecuente.

—¿En qué sentido cree usted precisa la investigación en la historia del Arte?—le preguntamos hace días, mientras nos servían unos platos netamente castizos en un restaurant de los alrededores madrileños.

—Personalmente, opino que el objeto de la investigación científica en la historia del Arte no puede consistir en el estudio de algún detalle ó en algún descubrimiento aislado; lo más importante es precisamente el estudio y la investigación de las grandes fuerzas que han determinado la evolución del arte europeo. Y ¡cuidado!, que esto no quiere decir que desdeñe el descubrimiento... Precisamente hace dos años tuve la suerte de descubrir el esbozo de una escultura de Miguel Angel en Bayona, que actualmente se encuentra en el museo de dicha ciudad.

—La evolución del arte europeo, ¿es idéntica y general en todos los países?

—En esta evolución todos los pueblos han dado algo de nuevo y han tomado algo de sus vecinos. Por mucho que los franceses, por ejem-

plo, estén inclinados á insistir sobre la absoluta independencia del arte francés, debe de reconocerse que precisamente este arte francés, desde los tiempos de Francisco I, no se puede imaginar sin el arte italiano. El arte clásico francés de alrededor de 1670 está basado en el estudio de Bramante, de Rafael y del Arte antiguo. Sin Velázquez y Goya, no hubiera sido posible Manet. Sin el Greco, no podríamos imaginarnos á Cezanne... Italia y España han contribuido enormemente en la génesis precisamente de las mejores obras de arte francés. Solamente las relaciones intereuropeas explican la evolución de los estilos artísticos nacionales. Francia ha influido sobre el gótico español; pero este gótico español llegó á adquirir una independencia nacional completa. Francia desconoce en absoluto el gótico tardío español. Mis más recientes investigaciones demuestran claramente que este gótico tardío español ha ejercido una gran influencia en Alemania, y no al revés, como hasta ahora, generalmente, se ha creído...

—¿Y á qué cree usted que se debe el gótico tardío español?

—Solamente puede explicarse por la influencia de los árabes en el gótico español, ya nacionalmente independiente. El crucero de la Seo, de Zaragoza, es de una forma que no tiene igual ni en Francia ni en Italia, pero sí en Alemania. Ha sido posible solamente por el precedente de el *Cristo de la Luz*, de Toledo... Esta arquitectura de la Seo ha sido tomada, como puede probarse, como modelo por el arquitecto italiano Guarini, á fines del siglo XVII, para San Lorenzo, de Turín...

—¿Cuántas obras tiene usted publicadas?

—Varias... *La Arquitectura de los siglos XVII y XVIII en los países románicos*, cuya quinta edición—13 al 15 millar—estoy actualmente corrigiendo, fué uno de los motivos que me impulsaron á venir á España. *La escultura barroca*, un volumen de varios cientos de páginas con más de trescientos grabados, en la que estudio la escul-

tura española y señalo las grandes influencias recíprocas intereuropeas. También he escrito sobre temas generales de arte; así, *La escultura y el espacio*, y he publicado varias obras sobre arquitectura urbana, tanto histórica como moderna. En mi libro *Las obras tardías de los grandes maestros*, en la que comento mucho á Murillo, particularmente, estudiado hace cinco años por mí en Sevilla, hablo de interesantes problemas de la psicología del arte...

—¿A qué se dedica principalmente el Instituto que usted dirige en Colonia?

—A estudiar las relaciones intereuropeas en el Arte. Es actualmente el Instituto mejor dotado de Alemania, y eso que sólo cuenta con seis años de existencia...

—¿Y cuál ha sido el motivo de su viaje á España?

—Me encuentro en Madrid para adquirir fotografías y obras para mi Instituto, creado exclusivamente por los donativos de amigos míos y protectores de mis investigaciones, y sostenido ahora, en parte, por uno de los más ricos industriales de los Estados Unidos.

—¿Hay en todas las Universidades alemanas ese mismo ímpetu investigador que hay en su amable Instituto de Colonia?

—Ciertas investigaciones solamente son posibles en una universidad joven como la de Colonia, pues si bien existió y resplandeció en la Edad Media, fué cerrada por Napoleón I, porque se negaron los catedráticos á prestar juramento al invasor..., y hasta hace poco no fué abierta. En las Universidades antiguas no se pueden hacer ciertas investigaciones, porque se oponen á ello la tradición y las colecciones ya existentes reunidas según otros principios y con fines completamente distintos á la realización de estas investigaciones...

—¿Por qué se creó la Universidad de Colonia ahora de nuevo?

—Se debe al esfuerzo del alcalde-presidente Adenauer y del Geheimerat Eckert, con medios

económicos aportados solamente por los ciudadanos de Colonia. Teniendo en cuenta los grandes sacrificios que nos impone el tratado de Dawes, créame usted que el sostenimiento de la Universidad supone un alto grado de idealismo y un gran entusiasmo de todos los habitantes de Colonia por la Ciencia y el Arte... Y ya que hablamos de esta Universidad, quiero decirle que para el estudio de los extranjeros les damos toda clase de facilidades, y que nuestra Universidad de Colonia, que es la más cercana a España, recibiría muy cordialmente á los estudiantes españoles, que habrían de encontrar, además, la vida más barata que en Madrid.

—Hemos hablado de influencias recíprocas del arte intereuropeo antiguo. Ahora dígame: ¿Existe un *estilo moderno*?...

—Ningún estilo artístico puede ser creado de la nada. Siempre tendrá relación con alguna creación anterior. La arquitectura moderna ha de resolver principalmente problemas relacionados con la vida pública y con la industrial. Por este motivo tendrán los grandes países industriales cierta ventaja sobre España en lo que se refiere á la creación de un estilo de arquitectura actual.

—¿Cree usted que España es un país interesante para los historiadores de Arte?...

—Es quizá el más interesante de



Europa, por los múltiples problemas que plantea al investigador. Ahora bien: debo decirle que la investigación en España es más difícil que en otros países... Falta por crear un Instituto Central de Historia del Arte; no hay buenas colecciones de fotografías, ni una biblioteca completa con cuantas publicaciones y documentos existen relacionados con la historia del Arte. Sería también de desear un inventario sistemático de todos los monumentos españoles. ¡Y es una lástima que no haya nada de esto! Porque aquí hay sabios investigadores capaces de esas y más empeñadas empresas!...

Las palabras del sabio profesor alemán no tienen acento irónico; ese acento irónico que hemos escuchado muchas veces de labios extranjeros cuando se han referido á cosas de España.

Por el contrario, el doctor Brinckmann es un hispanista convencido. Convencido y consecuente. Con Fred. Reber, que es como el cónsul alemán en Madrid de los hombres de ciencia y de arte germánicos, expuso ante mí sus impresiones de España, sinceras y exactas, henchidas de cordialidad...

E. ESTEVEZ-ORTEGA

El catedrático y arquitecto alemán A. E. Brinckmann, historiador y director del Instituto de Historia del Arte, de Colonia, que está estudiando el arte gótico español y sus influencias en otros países.



Biblioteca del Instituto de Arte de Colonia, donde se llevan á cabo importantes estudios é investigaciones sobre la influencia española en la arquitectura de otros países



Avance con Mayor Rapidez

DESCUELGUE el microteléfono, pida «interurbana» y diga que le den comunicación con cualquiera de los teléfonos instalados en España, Alemania, Bélgica, Cuba, Francia, Holanda, Inglaterra, Norteamérica y Portugal, por ahora, y en pocos minutos recorrerá usted prácticamente, porque con su voz va su espíritu, distancias no concebidas ni aun por aquel que calzaba botas de siete leguas.

Acepte como lema las *botas de siete leguas* y utilice el teléfono como realidad práctica.

Porque el teléfono es su agente más eficaz, su secretario más discreto, su mensajero más rápido y diligente, su medio de locomoción más cómodo y económico.

Si no tiene teléfono, solicítelo hoy mismo.

Si lo tiene, haga uso del servicio de larga distancia.

Compañía Telefónica Nacional de España

